

Martin Cid
El Jugador ante el Espejo

Prólogo

Cuenta la leyenda que cinco hombres condenaron sus almas al mundo de las sombras.

Forman parte de una comitiva que anuncia desgracias y malos augurios.

Se la conoce como La Santa Compañía.

Si alguien los mira, morirá en menos de un año.

Al frente de la misma camina una mujer mortal portando una cruz.

La sigue el Estadea, príncipe de La Compañía...

... y cuatro hombres malditos.

Finaliza el séquito con dos mujeres que no son de este mundo.

Porta el Estadea un extraño libro bajo el brazo en el que todo lo que escribe se cumple.

Éste es el libro.

CAPÍTULO I

El Jugador

Humo. Si se mira atentamente un objeto, percibimos sus formas y gestos, su composición y hasta la última de sus deficiencias. Lo observamos casi con devoción, tratando de retenerlo para siempre como parte de nuestra imagen, como un icono inmutable. Cuanto más tiempo lo contemplemos más certero y fiable será nuestro recuerdo.

Me miro al espejo y trato de recordar mis rasgos, la expresión de mis ojos, eso que llaman “mi mirada”. ¿Qué es? Estoy frente a un cuadro que a veces esgrimo en pinceladas suaves y otras duras. Configuro mis labios mientras me veo y ahora callan secos. Mis cabellos caen ligeramente como si fueran a desprenderse. ¿Si observo el tiempo suficiente podré ver cómo crecen? Lo intentaré, pero mi mente es débil y mi pensamiento se dispersa hacia otras esferas, como si ya no me perteneciese, como si estuviera dentro de ese espejo que ahora refleja a esa otra persona que finge ser yo mismo.

Era una noche clara de luna ciega.

Sobre las nueve, ya los perros comenzaron a ladrar, despacio. Unos siguieron a otros, hasta que en el pueblo no se pudo escuchar otro sonido que el de la jauría.

Su aparición estaba próxima.

–“La Compañía” –dijeron las ancianas.

–Ya llegan los muertos –dijeron los sabios.

Anabel Rivera, la pequeña Anabel Rivera, lucía una larga cabellera negra. Se despertó sobresaltada y se dirigió a la ventana. Era la hora que había estado esperando. Dicen los ancianos que la destinada a portar la cruz no recuerda nada de lo sucedido, dicen los más viejos que se puede ver un resplandor en el cielo que a los vientos arrastra.

Huyeron las ratas, corrieron los gatos. Soltaron primero una manada de perros ya desesperados. Sólo uno regresó, el más pequeño de entre los canes, con heridas y el hocico cubierto de sangre. Aulló por última vez antes de caer desplomado.

No pudo cerrar los ojos ni parpadear porque había mirado a la muerte.

El jugador se miró en el espejo sin reconocer su rostro.

Aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido: Eduardo mantenía la mirada fija, encogida tras lo que creía adivinar como una victoria segura; da Luz, sonriente siempre; Horacio sudaba; el hombrecillo tenía suficiente con evitar que los demás jugadores se fijaran en su aguileña nariz. Wilson sonreía, demasiado amable para poder vencer.

No hay nada mejor en el póquer que poseer un defecto físico.

-Los perros han callado.

Benjamín da Luz se frotó la nariz y, despacio, lanzó las cartas boca abajo sobre la mesa... No era su mano como no estaba siendo aquélla su noche.

-Es hora de continuar la partida –dijo Eduardo.

Existe un dicho que reza que no hay desconocidos en una mesa de póquer y un proverbio que dice que no hay amigos sobre el tapete. Ninguno de los cinco se conocía pero todos tenían idéntica sensación: se habían visto antes.

Todos callan en el póquer.

-Por mucho que las mires no cambiarán, amigo -dijo Horacio Martín, inspector de policía del pequeño pueblo costero de Pontelóstrego.

Wilson permanecía callado y permitía que los jugadores adivinaran una tras otra sus manos.

-¿Tengo algo que perder? –Wilson se camufló tras su ornamental sonrisa de caballero.

-Tal vez tu alma amigo –respondió Eduardo Quiroga-, tal vez tu alma.

Ya nadie miraba las cartas porque la suerte estaba echada.

Da Luz lo observaba todo esgrimiendo una sonrisa contenida. Miraba a Eduardo Quiroga con complicidad. ¡Qué poco nos van durar estos tipos! Reventaremos esta mesa en poco tiempo. Sin embargo Eduardo parecía nervioso, no las tenía todas consigo. Veía los movimientos de aquel hombre llamado William Wilson y le parecía todo demasiado estudiado, exageradamente obvio...

-Cuando alguien interpreta el papel de primo -le había dicho Benjamín a Anabel- se evidencia... siempre se delatan los malos jugadores. No trates de buscarlos al principio, permite que se crezcan en su mascarada y nunca jamás hagas saber que eres consciente del engaño.

Se repartieron de nuevo las cartas. Póquer sin límite, cubierto, el clásico (sin naipes sobre la mesa, sin engaños, sin contar cartas, sin comodines ni malas artes). Dinero para el descarte, dispusieron las apuestas con mesura... Una para da Luz, tres para Eduardo, dos para Horacio y cinco para Wilson y para el hombrecillo.

Planteamiento lógico para una mesa común: da Luz buscaba una escalera, eran improbables las dobles parejas o el póquer de mano; Eduardo tenía una pareja (o una segunda posibilidad que incluía una figura y un as); Horacio podía tener un trío pero era poco probable, su apuesta le delataría en poco tiempo; Wilson y el hombrecillo no tenían nada (habían pedido las cinco cartas), habían tirado (seguramente) su dinero al ir al descarte.

Pero todos en aquella taberna del pequeño pueblo costero de Pontelóstrego conocían la vulgaridad del planteamiento lógico: Eduardo tenía un dos y un cinco en la mano y da Luz dos figuras, un as y un tres, todo ello

antes del descarte. En aquella mesa, sólo da Luz y Eduardo lo sabían.

-Cuando creas que algo es cierto, revisa el método – repetía la madre de Eduardo cuando apenas era un pequeño-. Has cometido un error.

Benjamín y Eduardo pasaron esperando la apuesta del resto. No convenía subir un envite en una mesa con tres primerizos o se asustarían. También Wilson y el hombrecillo de nariz aguileña..., pero Horacio apostó fuerte (no se debe pasar cuando se tiene un trío de mano, o eso era lo que quería hacer pensar al resto de los jugadores). Da Luz dudó un segundo y miró a Horacio, que situó su mano derecha sobre su labio superior... da Luz duplicó la apuesta al instante; Eduardo Quiroga arrojó las cartas; el hombrecillo igualó la apuesta con la incertidumbre del novato que lleva una pareja de figuras... Wilson sonrió porque si aquel tipo estaba a punto de jugarse un farol, su cara no lo delataba en absoluto.

-¡Procedamos, señores! –dijo Wilson exultante.

Eduardo Quiroga había nacido y crecido en Pontelóstrego. Había sido criado en una gran casa, en el seno de una de esas familias de gran apellido, los Quiroga, venidos a menos durante largos años, venidos a más gracias a la especulación (¿importa acaso el tipo de abuso cometido?). Educado como un auténtico caballero por su madre, Sara Quiroga, al chico le interesaron más bien poco las afectadas maneras y más bien demasiado las fórmulas matemáticas.

Su madre era una dama sin otra ocupación que su excentricidad, aunque también poseía otros grandes talentos. Solía pasar tardes enteras juntando las piezas de enormes puzles con los que decoraba las paredes de la gran casa (mandaba cerrar la estancia y allí se encerraba hasta que resolvía el rompecabezas). Cuando terminaba, hacía

llamar a un artesano para que enmarcase su nueva obra de arte y la colgase en la pared.

-A veces creo que estas paredes relatan mi propia historia envuelta entre las sombras.

Una a una fue llenando todas las habitaciones de la casa. La señora era feliz y de tarde en tarde también su hijo pasaba las horas en aquellas estancias, buscando la mejor manera de hacer encajar ésta u otra pieza. Eduardo aprendió de su madre que a veces son mejores los métodos menos convencionales; en cambio, su padre fue un hombre más interesado en los negocios que en la educación del pequeño, con la firme convicción de que hasta el más insignificante de los seres humanos puede llegar a convertirse en un hombre respetable gracias a una cartera repleta y a un par frases en mal francés.

Un tipo sincero.

Eduardo aprendió a comportarse como un caballero sin jamás llegar a serlo, a ser un mendigo con trajes excelsos..., las rudimentarias maneras de convertir polígonos en fórmulas y el más bello paisaje en una razón tan veraz que hasta el más dotado pintor sentiría vergüenza de la resolución.

-El mundo es como un puzle -decía constantemente su madre-. Tómate tu tiempo y obsérvalo hasta que encuentres su orden y sentido... pronto podrás escuchar sus razones. No lo olvides: no es diferente el mundo de un puzle, sólo hay que conseguir que las piezas encajen.

Mientras, la correspondencia de su padre llegaba lacónica.

Cuando Eduardo cumplió los dieciséis años se volvió un asiduo de las tabernas, en las que pasaba ya más tiempo que en su propia casa. Dejó de lado las buenas maneras y vestido como uno más, dejó de afeitarse. Pronto olvidó las palabras en francés: unos cuantos billetes proporcionaban al joven Quiroga compañía femenina y bebida hasta el amanecer.

-Pronto te cansarás de los licores, pequeño Quiroga.

Eran las primeras palabras que escuchaba de aquel Benjamín da Luz, un respetado miembro de la gran familia tabernera, un jugador de cartas tan considerado como excéntrico, de ésos que pagan sus deudas en las escasas ocasiones en las que las contraen. De aspecto cuidado, a pesar de sus ropas ligeramente raídas y desvencijadas, lucía una barba de aspecto europeo, recortada con esmero. Algunos hoyuelos surcaban su rostro dotándole de cierto aspecto comprometido. Una levita cubría su talle.

-Necesitamos un jugador, joven, ¿te interesa?

-¿De qué juego se trata? –preguntó Eduardo.

-Póquer. No te preocupes, es un juego sencillo: pareja, doble pareja, trío, escalera, color, full póquer y escalera de color. Ésas son las jugadas por orden. Te será sencillo hacerte con las normas..., sólo se necesita una cosa.

-Una cartera repleta –respondió sin dudarlo Eduardo Quiroga.

Da Luz sonrió.

Desde su tumba abierta, el padre de Eduardo también sonreía.

La sala estaba en calma, mal iluminada... apenas podían distinguirse la mesa y un par de retratos de odaliscas pintados a carboncillo en las paredes. Los jugadores se situaban en el centro, la gastada madera del piso crujía a cada paso y las desarticuladas paredes deslucían ahora en un tono amarillento.

Se trataba de un juego de cinco jugadores a los cuales se les repartían cinco cartas. Cada uno debía aportar una cantidad fijada con antelación. En la primera ronda, si se deseaba, podrían subir la apuesta inicial. Si nadie envidaba, se volvían a repartir todas las cartas. Si alguien quería cambiar cartas, se debía aceptar la apuesta de los otros jugadores. Así se cambiaban los naipes y se volvía a apostar, de tal manera que se podían subir los envites hasta lo que los jugadores desearan. Existía un turno de réplica,

en el que otro u otros podían acceder a la apuesta o subirla de acuerdo a sus intereses y cartas.

El juego era de una sencillez aplastante: el que mejor jugada tuviese se llevaba lo apostado.

-Espera una mano adecuada y apuesta sobre ella –dijo el más experimentado Benjamín da Luz-. Al menos así resistirás algún tiempo.

Observó dos manos, cómo los jugadores disponían las jugadas y las cartas, cómo se observaban unos a otros en frenético ritual: reparto, apuesta, reparto de beneficios. Parecía que todos se divertían, no importaba que uno perdiese una fuerte suma de dinero, ya existiría otra jugada para recuperarse de las pérdidas.

-Vamos, Eduardo, nadie nace sabiendo –dijo Benjamín da Luz-. Supongo que dispondrás de efectivo. Además, estamos entre caballeros, todos somos de fiar – y obsequió con una sonrisa cómplice al resto de jugadores.

Da Luz era el jugador de aspecto más respetado, mientras que Horacio y el hombrecillo de nariz curva apenas levantaban la vista de las cartas -mala señal para un jugador de póquer- y Wilson sonreía...

Porque el diablo siempre sonríe.

-¡Procedamos, señores! -dijo un alegre Benjamín da Luz.

La suerte le acompañó, apostando sólo en las jugadas en las que sabía que podía ganar.

-¿Cuántas piezas tiene el puzle, mamá?

-Es un rompecabezas pequeño... apenas quinientas piezas.

Los números bailaron mano a mano en la cabeza de Eduardo: en una baraja de cincuenta y dos cartas y repartiendo cinco cartas por jugador... existen dos millones y medio de posibilidades de combinaciones distintas.

-¡Miradle, apenas un novato y nos va a ganar a todos! - exclamó Benjamín, al que no parecían incomodar las pérdidas.

Cuarenta posibilidades de obtener una escalera de color entre dos millones y medio.

Eduardo miró en derredor y encontró sonrisas y gestos torcidos.

Seiscientas veinticuatro de obtener un póquer, tres mil setecientas de obtener un full, una entre diez mil de lograr una escalera.

-¡Repartamos fortuna!

Casi una posibilidad entre dos de obtener una pareja.

Da Luz jamás miraba más de tres segundos sus cartas. Una vez repartidas, las juntaba en un pequeño mazo y las disponía sobre la mesa, daba una calada a su cigarrillo y sonreía cada mano maquinalmente, en un ritual estudiado. Jamás se distanciaba más de tres centímetros de la mesa ni encorbaba la espalda ni hacía un gesto más allá de su sempiterna sonrisa... Jamás osaba poner la vista en otra cosa que no fuera la expresión facial del jugador que tenía enfrente.

-Sólo es un juego, amigo -dijo da Luz-. No sé qué cartas llevan, pero hay que hacerles creer que sí lo sabes. La mejor lección que puedo enseñarte es ésta: no juegues contra una jugada sino contra el adversario que tienes ante ti... que te sientan más inteligente.

Sabía en todo momento en donde se encontraba el vaso (sólo un trago por mano). Da Luz perdía su dinero, en pequeñas cantidades repartidas entre el propio Eduardo y el resto de los jugadores.

-¿No esperabas esa carta? -preguntó Horacio, ya ligeramente ebrio.

Ni el más nimio ademán de desfallecimiento por parte de da Luz.

-¡Muy bien, joven Quiroga! -sonreía da Luz y mostraba sus dientes-. ¡Así se juega!

Las cartas de Eduardo eran a veces brillantes (tríos, escaleras y fulles)... sabía las combinaciones necesarias al descarte para obtener las mejores jugadas. Era sólo una cuestión de medición de probabilidades, un aldeano de dientes carcomidos no podría jamás vencerle. Las jugadas de su contrincante no pasaban de ser simples parejas.

Sin embargo, da Luz apostaba cauto, un poco cada vez.

-Perfecto, Eduardo... ¿Me permite usted llamarle Eduardo? ¡Una bebida para mi nuevo amigo! Hoy está jugando como un maestro, como un auténtico profesional. Veo que aprendes rápido.

Y llegó la mano en la que se distingue a los buenos jugadores de los malos: Eduardo poseía un “full” de reyes y cincos y, envalentonado por la fortuna que le había acompañado toda la noche, decidió apostar una buena cantidad...

-Bueno, veo que es el fin -masculló Benjamín entre dientes-. No importa, empezaba a sentirme algo cansado, así que será cuestión de reconocer la derrota.

Ambos sonrieron. Eduardo se sentía lleno de gozo, y no podía contenerlo. Da Luz sonrió como toda la noche.

-A veces -decía su madre- las piezas no encajan como queremos.

La mano fue para da Luz, y con ello la mayor parte de las ganancias. Quiroga estaba casi en la ruina. Había logrado ganar toda la noche el dinero de los otros tres jugadores... Sin embargo, un solo póquer de doses, había terminado con su suerte... Supo entonces que estaba perdido, que aquel hombre que tenía ante sí le vencería finalmente: no, necesito sólo un golpe de suerte más, así venceré.

-Buena mano, amigo -dijo da Luz.

Mientras, Wilson aún sonreía y esperaba su turno.

Eduardo Quiroga comenzó a apostar en todas las manos casi sin importar la jugada que tuviera, esperando ese golpe de suerte que tanto anhelan los jugadores.

Da Luz se hizo con todo.

-Creo que tendré que pagar yo las bebidas después de todo, amigo Quiroga. No desespere, ha jugado realmente bien. Ya verá como la próxima vez la suerte está de su lado.

¿Qué clase de pueblerino aún cree en la suerte?

Querido hijo:

Poco queda por contar, sólo despedirme, sólo implorar y exigir no tu perdón sino tu misericordia, no tus miserias sino tus lamentos. Algún día comprenderás, hijo mío, y algún día comprenderás que no es tu madre quien escribe estas líneas manchadas de sangre y piezas rotas de la más negra bilis de ser humano alguno.

Rayaba ya la madrugada. Da Luz sonrió y se levantó de la mesa para estirarse. Eduardo permaneció quieto por unos minutos sin poder reaccionar: ¿cómo había perdido de manera tan estúpida? Habrá otras manos... habrá otras noches, otra suerte más amable.

-Tal vez sí, mi nuevo amigo -dijo William Wilson... no podría olvidar ese nombre.

Ya no hallarás mis escritos en la biblioteca, estimado hijo, ya no encontrarás mis historias fingidas ni las muertes ni las luces de los faros en la noche.

Es costumbre en el póquer hacer pequeños descansos de no más de quince minutos, dependiendo del cansancio de los jugadores.

Y a tu lado marchará una madre y su padre muerto... ella misma también acabó con su vida como yo misma me encargué de entregarte a ti idéntico presente. Mejor vivir con un recuerdo amable que con un presente muerto.

Se podía escuchar los alarmados ladridos en el exterior.

-No nos dejarán terminar -dijo a su espalda una voz que Eduardo no reconoció.

Despacio y casi exhausto, Eduardo miró por la pequeña ventana: una extraña comitiva caminaba despacio a la sombra de una gran cruz llevada por una mujer. Marchaban todos vestidos de blanco menos uno, que

portaba algo parecido a un leño o un libro. Soplabla el viento y el cortejo avanzaba cansino como en una marcha, mientras una fina lluvia los acaricia.

Llueve otra vez en esta noche clara, parece que alguien llama a la puerta.

Sopla el viento para confundir a los extraños creando una melodía que se convierte en canto en la noche clara de estrellas ajenas. Los jugadores permanecían de pie todo el rato, planeando la siguiente jugada, esperando también ahora un descuido.

-No conviene desplumarle demasiado rápido o podría llegar a asustarse y dejarte con sólo la mitad del botín. Hay que dejarle que tome confianza, que crea que puede ganar, que lo considere sólo un golpe de suerte adversa.

Los jugadores son hombres sin oficio, sin más arte que el de mirar a la cara y ver en su reflejo la debilidad del contrario. El póquer era una carrera de fondo, no importaba el número de apuestas ganadas, ni siquiera la jugada que se tuviera entre las manos... tener mejores cartas que el contrario y verte obligado a pasar, vencer sólo en el momento preciso.

El suelo estaba sucio y los zapatos se adherían constantemente al piso produciendo un molesto sonido. Cercano al quicio de la ventana, Eduardo Quiroga se giró y creyó verse justo antes de que la comitiva se ocultase tras la niebla.

El humo, zigzagueando y agolpándose en remolinos, esperando la orden de salida, comenzó a escapar presuroso de la sala.

-Nunca he ganado una sola partida, han sido ellos mismos quienes me han regalado su dinero. No hay nada peor que el contrario se sienta acorralado, deja que los demás jueguen y nunca seas el protagonista, permite siempre un espacio y nunca le ahogues con tus cartas aunque sean excepcionales.

Vestía de blanco pero podía distinguir sus andares. Ocurrió cuando Eduardo tenía trece años: no vio el automóvil y se precipitó junto con su bicicleta. No ocurrió gran cosa aparte del golpe, salvo que Quiroga arrastró una eterna cojera durante el resto de su vida.

-Expertos o novatos, todos cometemos un error a lo largo de la partida. Sólo se trata de descubrirlo.

Las sombras se ocultaron para no regresar, y con ellas marchaba ese hombre vestido de blanco en el que creyó reconocerse.

-¡Procedamos, señores!

Los jugadores volvieron a la mesa y se sentaron. Da Luz mantenía las palmas de las manos boca abajo, Horacio se rascaba frecuentemente y el hombrecillo con nariz aguilena juntaba los dedos pulgar y corazón con frecuencia. Wilson sonreía.

La iluminación de la sala era tenue y Quiroga se situaba entre Horacio y el hombrecillo, con el espacio teatral suficiente. La colocación en la mesa era fundamental, así como la iluminación.

-No, amigo mío, no siempre es mejor pasar desapercibido.

De su madre aprendió la tenacidad y el encono para llevar a buen puerto sus objetivos.

-No es diferente una mesa de juego al conjunto del universo, pequeño. Piénsalo, ¿qué son los buenos ciudadanos sino jugadores tenaces y aburridos que nunca se atreven a hacer una gran apuesta?

Había reglas que todos cumplían pero que ningún jugador era capaz de enunciar, eran sólo pistas para abordar el verdadero problema que se planteaba... La partida, el verdadero combate, comenzaba cuando todos los que se reunían conocían las reglas de comportamiento y el farol bien jugado era aquel que se realizaba sobre las normas de conducta preestablecidas y consabidas. Estaban aquellos jugadores que hacían caso omiso de toda norma:

solían perder... Luego estaban los que las contemplaban y las seguían a rajatabla: carne de cañón, todo buen jugador las sabía. Por ello, los más aventajados eran aquéllos que no planteaban partidas rápidas ni estrategias arriesgadas, sino formas comunes de aplicación de las reglas para, en un momento mágico, romper de manera excéntrica. Aquel verdaderamente inteligente era el que, observando estas directrices sabía no incumplirlas y hacer un uso personal de ellas. A este tipo de jugadores pertenecía Benjamín da Luz.

-Nunca juegues con las cartas, todo aquel que lo hace termina perdiendo una vez sí y otra también. Acostúmbrate siempre a dejarte ganar, ésa es la lección más importante que puedo darte. Déjate ganar una y otra vez..., y observa las reacciones del vencedor. No hay peor cosa para el jugador de póquer que convencerse a sí mismo de que es invencible, de que está en racha.... Ésa es la principal arma con la que cuentas en una mesa. Obsérvalos, nunca jamás dejes de prestar atención, y que a su vez ellos te miren. Esgrime una sonrisa en tus labios y que puedan ver en un par de manos, tu gesto amargo cuando se ha producido un mal descarte forzado por tu mala racha..., y que puedan ver cuando llevas buenas cartas, y pasa, para que otros jugadores accedan y así poder dejar al resto que vean tu maravillosa jugada. Muéstrate entonces eufórico y pide una copa con esmero, sé un verdadero estúpido y pierde manos frente a él, que será siempre el que más tiene... Búscate también un aliado, porque entre los dos deberéis terminar primero con los jugadores menos experimentados... Hazle ganar manos y que se confié, pero que éste tu aliado nunca sea el peor jugador de los cinco, ni el mejor tampoco porque esto te llevaría a una segura perdición.

Estimado hijo:

Tu madre ha comenzado a contar historias extrañas sobre una mujer llamada Amanda.

Horacio repartía las cartas. Eduardo recibió dos doses y un as. Después de tantas y tantas manos era su jugada más odiada: sin posibilidades y con riesgo en el descarte... siempre sería mejor pasar.

Es terrible haber empleado el mismo nombre de su hija muerta para una de las protagonistas de su patraña.

Cada jugador tiene su pequeño manual de la estupidez, consiste en jugadas basadas en el azar, que nadie conoce y por las que apuesta con fe ciega. Solía tratarse de una especie de señal de la fortuna que hacía que el juego cambiase y la rueda girase en sentido contrario.

Son historias tristes y amenazadoras sobre un faro y alguien que parece ser tú. Ella espera paciente mientras un terrible marido la amenaza.

La jugada de Eduardo era la pareja de doses.

No parece sino parte de nuestra propia historia, sólo que transformada en un terrible relato escrito por un monstruo.

Sonrió y fue al descarte, sin aspavientos ni movimientos... sabía que era su jugada. Da Luz le miró despacio y Wilson sonrió.

-¿Qué esperas, muchacho? ¿Un golpe de fortuna?

Uno tras otro, los jugadores apostaron. Ni uno solo se quedó fuera: las mejores partidas son aquéllas en las que todos los jugadores conocen las reglas... y no se debe permitir que la rueda cambie de sentido.

-Nos envuelven -dijo Sara, su madre, mientras contemplaba los puzzles que gobernaban las paredes-. Míralos un momento... no veas en ellos a una madre que se ha vuelto loca y no sabe hacer otra cosa que juntar piezas. ¿No sientes cómo se vuelcan y se precipitan sobre ti todas sus piezas...? Como minúsculos mundos que beben unos de otros.

Aquella noche le vio por vez primera, escondido en uno de aquellos rompecabezas: su sombra era alargada y su talle amplio. ¿Sonreía? Llevaba un libro bajo el brazo.

-¿Te quedarás conmigo esta noche?

-Tengo cosas que hacer -respondió Eduardo inquieto.

-¿Una partida?

-Una partida.

-Juega y gana, hijo mío -dijo su madre sin atisbo de recelo y con una gran sonrisa que cruzaba sus labios como la de los jugadores que ya no podrán jamás levantarse de esa mesa de juego.

Nunca te fíes de los jugadores.

Querido hijo:

Tu hermana ha muerto.

Y las cartas giraron y giraron y una pareja de doses tal vez no fue suficiente.

Los perros están inquietos esta noche.

Eduardo volvió a mirar por la ventana. El murmullo había cesado, la comitiva se había marchado.

En el póquer se juega por orgullo y por el placer de ganar.

Aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido. Eduardo con la mirada fija, da Luz sonriente siempre, Horacio sudaba y el hombrecillo... ese ya tenía suficiente con evitar que los demás se fijaran en su aguiluña nariz.

-¡Procedamos, señores!

Horacio agarraba convulsamente cada vaso de bebida, desesperado, pareciendo querer entablar más un combate físico que buscando una jugada juiciosa.

-Es la hora, paremos -dijo Eduardo.

Fue aquel hombrecillo con nariz curvada el primero en encender el cigarrillo, despreocupado, dando pequeñas caladas, fingiendo un estudiado gesto de alivio en cada respiración.

El jugador, ante el espejo, esperaba su turno. Se contemplaba cansado, como si ese ser que ahora tenía ante sí ya se escondiese en un momento anterior. Era en todo

igual a él, pero no era él; era en todo igual a él, pero miraba de frente y sonreía.

Porque el diablo siempre sonríe.

Da Luz disfrutaba con la preparación... Lentamente sacaba del bolsillo izquierdo la bolsa de tabaco y liaba calmado el cigarrillo que dejaba descansar algunos segundos sobre sus labios, escuchándolo, paladeando su aroma antes de encenderlo.

La niña ha nacido, aunque con una salud precaria. El médico ha dicho que con cuidados no tendríamos que tener problema, pero que tiene dificultades al respirar. Dice que el humo del tabaco dañaría sus pulmones.

El jugador miró de nuevo y sintió crecer sus cabellos mientras el humo regresaba.

Querido hijo:

Tu hermana Amanda murió ahogada. Demasiado humo.

Humo.

-Ni siquiera los fantasmas quieren estar con nosotros – dijo Sara, madre de Eduardo Quiroga y de una hija que murió ahogada en humo blanco.

-¿Qué es esa sombra en el cuadro? –preguntó Eduardo.

-Wilson, William Wilson –respondió Sara sin dudarlo unos segundos.

Eduardo recordaba los momentos en el faro, acogedores y claros... las noches de luna clara y los cigarrillos mal apagados. Casi podía verla sin cerrar los ojos, envuelta en su cabellera negra. ¿Sonreía? Callaba.

Leves soplos de luz martilleaban las densas agrupaciones de humo y podía verse el extraordinario reflejo de la luz y las tinieblas en combate. Benjamín da Luz se frotó los ojos y los cuatro le miraron. Dos ases marcaron la jugada y la rueda giró y giró y aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido.

-Cada pieza es un mundo, hijo mío, y cada uno de estos puzzles nos cuenta una historia. Cuando eras pequeño te contábamos historias... ¡Cómo reías y pedías que comenzáramos de nuevo! Eran tiempos felices, pequeño, tiempos mejores.

Tu madre está cada día más obsesionada con rompecabezas sin solución y no es la misma. Espero que abandone la biblioteca y vuelva con nosotros.

Ante el espejo, el jugador contempló su verdadero rostro y sonreía.

La partida había finalizado.

Las facciones de William Wilson manifestaban ahora una amplia sonrisa, mientras el jugador esperaba su turno para sentarse a la mesa.

-¿Nos conocemos, señor Wilson? –preguntó el jugador.

Wilson le miró extrañado y dejó a un lado el libro tratando de disimular.

-Me temo que no tengo ese placer, señor...

-Quiroga, Eduardo Quiroga.

-Nos esperan, señor Wilson –dijo Eduardo al fin.

Se dispusieron a comenzar la partida y el jugador permaneció clavado en la sombra del espejo.

-Tengo algo para usted –dijo Wilson mientras extraía un sobre de su libro.

Allí estaba su padre, para volver de entre las sombras.

Aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido... A lo lejos se escuchaba el leve repiqueteo de la lluvia que golpeaba la ventana mientras ya los muertos salían de sus escondrijos.

Era una noche clara de luna ciega y Anabel Rivera con el rostro blanquecino portaba su cruz. Sellaron sus labios y los cosieron y así la pequeña Anabel nunca pudo más gritar su nombre ni el de su amado que ahora juega una partida y ve a los muertos ya en la montaña.

-Calla la jauría —dijo el coro de ancianos-. Ha vuelto La Compañía.

CAPÍTULO II

William Wilson

El ser del espejo es, definitivamente, otro. ¿Qué pecados ha cometido para ahora tener que mirarse en mí? Es una extraña sensación y, cuanto más intento huir de ella, más cercana me parece. El hombre ante mí tiene mis mismos rasgos y mi misma complexión, pero su mirada se aleja por momentos, como queriendo ocultar su crimen. ¿De dónde vienes? Pero el ser tras el espejo permanece callado y frío, como un alma en mármol congelada.

¿Qué tendría que decirle para que me entendiera? ¿Qué lenguajes habla? ¿Es siquiera un ser humano? Su ser tiene nombre, lo percibo, quizá mi mismo nombre incluso. Sus ropas están algo más gastadas que las mías y, si miro con atención, tiene algunos años más que yo, no demasiados. Quiero saber quién es ese hombre que ahora también me mira. ¿Se hará también las mismas preguntas tras el espejo? ¿Querrá también hablar y el miedo igualmente le atenaza?

Todo estaba escrito en el libro antes de saberlo.

Antes incluso de que fuera escrito.

Y comenzó mi eternidad vencida en tus ojos hundidos.

Había sido un largo viaje, demasiado incluso para alguien que huía. Llegamos a puerto sobre el mes de noviembre, bajo una intensa niebla que me recordaba a mi país, del que habíamos partido hacía ya seis interminables meses. Por aquel entonces, la Costa Cantábrica no sólo era un lugar de obligado paso, sino un centro marino en el que, sin demasiada intromisión, poder gastar rápidamente la paga. Había conocido a muchos marinos durante el viaje pero no había trabado amistad con ninguno, quizá por tratarse de gente de muy diferente clase a la mía, quizá porque tampoco ellos respetaban mi diletante condición, quizá por no encontrar en ellos más que viejas historias

huecas. También sus ojos lo fueron, también mis recuerdos ahora lo son.

La vida en un barco, más allá de las románticas ensoñaciones novelísticas, es bien diferente a la descrita: al no poder llevar agua, cada marino tiene dispuesta, según su grado y condición, cierta cantidad de bebida que puede distribuir a lo largo del día. Como son gente fiera y realizan un trabajo arduo, ingieren grandes cantidades de ron y otras bebidas (todas ellas alcohólicas, desde luego). El estado del barco suele ser lamentable y la higiene mínima y es quizá por ello que no hay mujeres marinos, o al menos yo nunca he visto una. En un constante estado de embriaguez, rodeados por una intensa hediondez, los marineros apenas recuerdan nada del viaje, sólo alguna que otra inocente pelea y la sensación de angustia cuando llegan a puerto.

La paga es muy buena, quizás en exceso para unos hombres que una vez desembarcados no tienen otra idea que regresar al encuentro del océano y, por ello, las paradas en tierra no son sino oportunidades para derrochar sin freno: juergas, prostitutas de lujo y hoteles... Una ciudad portuaria no sólo tiene la ventaja del comercio, sino del turismo ocasional de los hombres de la mar y esas repletas carteras que terminan vacías a las pocas semanas, motivo que llena de satisfacción también a los propios marineros, que tienen una excepcional disculpa para tomar otro navío rumbo a la algarabía siguiente.

Desde mi camarote les observaba e incluso alguna vez trataba de establecer conversación con alguno de ellos: todo era en vano. No sólo era la mezcla de nacionalidades y acentos... la constante embriaguez hacía casi imposible una conversación que no terminara en una pelea por unas gotas de ron (motivo más que suficiente en opinión de todos ellos, incluido el capitán).

Me había embarcado hacía seis meses con el firme propósito de componer una obra (y es que, en mi soberana

falta de honradez, quería convertirme en escritor). Las lunas pasaron y mi compartimiento se llenaba de recuerdos que se encontraban unos con otros, palabras que se deformaban para luego volver a encontrarse a sí mismas... pero ningún personaje, ninguna historia. Escuchaba los relatos de los marineros en busca de inspiración... No, el estilo se escapaba a aquello que "yo" (que extraño me suena ahora el sujeto: muy pronto lo comprenderán) quería contar, a la empresa que me disponía a realizar. Sin embargo, y no sin cierto embarazo lo admito, he de reconocer que esas líneas me han servido el resto de mi vida para darme cuenta que esos fantasmas que viven en mi conciencia desde la infancia no se irán jamás y que, bellos o espectrales, me acompañarán durante mi existencia. Todas aquellas frases sueltas, dispersas en la infinitud de mi diminuta estancia (ahora que muchos años más tarde puedo volver a releerlas), constituyen no sólo mi herencia, sino mi propio futuro. Resulta extraño reencontrarme en aquellas líneas llenas de inocencia y voluptuosidad fingida, cargadas de sueños y esperanzas, también de ingenuidad. Quizá fue esa pureza la que me llevó a ella, la que —ya estaba decidido— habría de sellar mi perdición.

¿Quién soy? Supongo que es la respuesta que he tratado de desvelar desde el principio de mi existencia y la razón última por la que me embarqué en aquella segura locura.

La ciudad estaba en calma bulliciosa, pronto los marineros se acostumbran a esa especie de orgía continua que parece simbolizar la tierra firme: las terrazas esperando y las tabernas llenas de bellezas fáciles... y las calles llenas de mujeres, y las esquinas y los burdeles. Los había que querían jugar, los más eran los que ansiaban compañía femenina (después de seis meses embarcados, el hálito sátiro hace acto de presencia hasta en los más elevados espíritus).

Yo seguía buscando mi historia, ésa que me convirtiese al fin en novelista, la que me llevase hasta la inspiración definitiva. Apenas me quedaba dinero (era lo que ustedes podrían llamar “un caballero”, por lo que tuve que pagar mi pasaje y costear no sólo mi manutención sino también las bebidas de algunos marineros). Ellos adquirían en tierra una entidad mucho mayor que la mía: nada más desembarcar compraban elegantes trajes y distinguidos sombreros (yo carecía de fondos para costear semejante suntuosidad). El tiempo en tierra constituiría para mí una forma de evadirme del mundo y del mar –del que comenzaba a estar ya un poco cansado-. Los caros burdeles que frecuentaban mis, en otras ocasiones, burdos compañeros no podrían configurar mi ambiente, y tuve que refugiarme en humildes tabernas que –por otro lado- constituían lo más auténtico de las ciudades portuarias.

Algunos probablemente os preguntaréis mi nombre. Llamadme Wilson, William Wilson, aunque no siempre fui llamado así. Mis padres eran rusos... pronto emigramos y, debido a los negocios de él, cambiamos frecuentemente de residencia. Pertenezco a todos los lugares y a ninguno, quizá por ello –en esa ya tan alejada juventud- me planteé convertirme en narrador.

Aquel viaje desde mi país era algo así como un regalo de graduación a un joven que se había afanado en sus tareas escolares. Cuando terminé mis estudios, mi padre me hizo elegir entre seguir estudiando o un viaje por Europa y continuar con sus negocios. Elegí la segunda opción porque –estaba seguro- mi padre se negaría a costear los gastos que la carrera de escritor requiere: ¿qué mejor modo de iniciarse en el oficio que, pluma en mano, recorrer los siete mares? Ése era (ahora lo reconozco) mi plan infantil: no había escrito más que un par de páginas decentes y mi estilo era afectado y sin vida. ¿Me había equivocado? Allí estaría mi padre para recordármelo cuando regresase,

tímido y desangelado, para hacerme cargo de los negocios. No podía permitirlo, y cada noche (porque tenía la esperanza de que la Luna iluminase mi creatividad) me disponía frente a la hoja para componer una historia, mi historia.

Éste fue mi relato, y ésta es la historia que trágicamente decidió alcanzarme.

Bajo cuencas ovaladas murieron mis recuerdos culpables, bella madre y tierna amante, en la meseta de pastos ausentes, icono esquivo de virgen blanca: ojos verdes y largos y negros y sedosos cabellos que caían aceitosos y ligeros sobre sus hombros....

Ahora te odio, Sara Rivera, bajo tu rostro de ángel negro.

La escalinata del barco se extendió. Ya los marineros tenían dispuestos sus macutos. Olía a ron y deseo, olía a sudor y miedo. “Dadme un nombre”, pedía. Lo encontraría en tierra, lejos de los textos en los que tanto cavilaba y en los que tan poco me afanaba: pecados de juventud.

Esperaba en lo más recóndito del barco, más de un marinero caería por la borda en esa multitud sin freno, en esas palabras por escribir. Aún los billetes no estaban manchados de sangre. Debería escribir un telegrama a mi madre para que se quedase tranquila: otra quimera más de juventud, ni siquiera ella quería que regresase, bien lo sabía. ¿Y mi padre? Le imaginaba arreglando cuentas y anuarios, mientras esperaba a que su vago hijo volviese: también él quería atraparme con sus redes.

-¿A dónde irás, niño? –preguntó alguien.

Bien sabía que no tenía a donde ir.

-¿Aquí termina tu viaje, pequeño?

Bien conoce el ignorante todas las respuestas y finge con el gesto estúpido.

Alquilé una habitación en un barrio no demasiado lujoso de la ciudad para así disponer de algún dinero con el que paliar mis gustos. En el barco había logrado acostumbrarme a la bebida barata (aunque nunca he sido un gran bebedor ni jamás he disfrutado con la ebriedad), así que los más bajos licores de tierra firme se asemejaban a exquisitos manjares traídos de las Indias.

No se trataba de una ciudad muy grande, pero tenía el encanto de la clásica urbe portuaria. Las mañanas se hacían interminables y solitarias bajo un vulgar sol... ya esperaba la Luna a los marineros con promesas de amor y vino, ya esperaba el barco, preparándose para su próximo viaje. Solía pasear hasta bien entrada la noche bajo el cielo encapotado. Paseaba y miraba aquellos tejados contruidos con niebla y piedra, cubiertos de oscuridad y humo; las leyendas locales hablaban de brujas y espectros (las famosas “meigas”)... Había chinos e ingleses y galeses e indios y filipinos y negros y bantúes, porque el mar es el hogar de los que no tienen nación y la fría nación de los sin patria. Trataba de recordarlo todo tal y como era, en toda su miseria y grandeza para más tarde, en la terrible mañana gris, poder plasmar con palabras serenas las más cálidas noches blancas: los lentos pasos del embustero en la lejanía, el caminar acompasado del seductor, la marcha cercana del contrabandista y el usurero..., el ladrido del mendigo y el canto dulce de la prostituta; coro de la brisa y ecos perdidos en el destierro, risas distantes y lamentos presentes.

—¡Esto es —dijo algún transeúnte pendenciero y pedante—, la finita eternidad!

Éste fue el cielo del cruel narrador de ésta, la historia de mi dulce decadencia.

Regresé para tomar un callejón que me llevó hasta una gran plaza, descendí a través del angosto pasaje de la ciudad y coroné la cima. Por entre las callejas se cumplieron las

horas, y el todavía agraciado narrador comenzaba a sentirse perdido bajo el humo de la gran ciudad. Se tendió sobre una pared cercana, sabedor del peligro y de la cercanía de las malas gentes. Recostado sobre una pared mugrienta, sobre la orina de los perros y bajo la mirada de los ángeles, cerró los ojos y trató de regresar de nuevo al -como él lo solía llamar- su “pensamiento”: un silencio y un compás recio, in crescendo sobre el sonido lejano de las aguas.

Sin saberlo, había alcanzado mi objetivo.

Se trataba de una vieja taberna situada en el barrio bajo de la ciudad. Y allí entró, entré, y así observó los rostros de un enjambre sin reina y miré a los hombres que buscaban en el fondo del vaso un recuerdo amable de historias ya concluidas. La estancia era pequeña, de unos setenta metros cuadrados, torpemente iluminada con algunos quinqués que definían una clásica taberna de barrio: una larga barra de madera gastada, un patrón algo entrado en carnes y malos modos, varios clientes desarrapados dispuestos sobre las mesas, un par de camareras que lucían prominentes escotes y una tercera sirvienta añeja y malcarada... El aroma era indescriptible, no debido a la fetidez ni al perfume, sino a la desbordada mezcla de las más dispares fragancias.

El joven tomó asiento en una mesa situada en una esquina. La más anciana de entre las sirvientas se acercó hasta él y balbuceó unas palabras a las que no prestó atención, todavía aturdido por el frío. Algunos de los hombres comenzaron a mirarle fijamente, estudiando sus facciones poco curtidas, sus ropas algo gastadas pero todavía rozagantes. Allí esperó sentado algunos instantes - varios minutos o quizás horas, no lo sabía-. Algún tiempo más tarde regresó la tabernera, que sostenía una gran jarra con un licor que pretendía asemejarse en color y aroma a la cerveza. Depositó el recipiente sobre la mesa. Unas pocas monedas bastaron.

Desde lo alto, ella daría instrucciones para que ese caballero recién llegado la fuese a visitar: ¿le gustaba? Me hubiese gustado pensar que sí (y es que a todos los hombres nos gusta la mentira). ¿Me había visto ya? Con toda certeza. Había pocos clientes en la taberna y, entre todos ellos, el narrador parecía ser el más distinguido —y por ello el más dispuesto a pagar—. Me imaginé frente a ella, tal vez otra persona escondida tras el espejo. Sara, mi Sara, me susurra palabras.

Me vi apostado en el piso superior. Se trataba de un conjunto de estancias separadas entre sí por un largo pasillo, dos hileras de puertas simétricas y oscuras, dos filas de las cuales emanaban los silencios de la miseria. El largo pasillo estaba rematado con cuadros de temas libidinosos: paredes forradas de terciopelo rojo que sellaron mi última perdición.

Extrañamente, sabía que aquella mañana tendría, por fin, una historia que contar.

El despertar sería leve entre las sábanas blancas y entre sus labios húmedos, ella deslizó su mano izquierda sobre mi rostro y apartó un matojo de cabellos que caían sobre mi frente. Me contempló unos instantes y se separó de mí. Paseó por la alcoba y exhibió ante mis ojos ausentes sus vehementes formas femeninas. Sonrió por vez primera y pronunció su nombre: Sara Rivera. Unas monedas bastaron para comprar sus besos.

¿Quién eres?

Los besos fueron cálidos y cercanos, ejecutados con esmero y precisión, sin alardes, como un buen jugador ejecuta las carambolas, sin dejar que el rival se levante, embelesándolo con su bello y efectivo juego. Y así lo hizo la noche entera.

-Soy la que está dispuesta a jugar contigo, jovencito.

Se había terminado, y sin saberlo una nueva eternidad había comenzado para vuestro por entonces joven narrador.

Como había supuesto, la mañana fue efímera: las palabras se agolpaban unas sobre otras pujando por salir de entre mis pensamientos. Había tantas historias que contar, tantos juegos por imaginar... Ante el papel, y gracias a esas pocas monedas, mi timidez de escritor se había esfumado. Podía componer sin temor y sin alardes los mil vericuetos de las mil almas en un rostro encerradas. Sara me inspiraba, y sabía que así tendría que volver, ¿qué más podría hacer? Sobre las páginas desvencijadas se desamarraban historias y leyendas de marineros, brujas y magos y diosas y fantasmas y una noche en la que, al fin, la jauría de perros ladraba para encontrarse con el mal. Algo insano me poseía al imaginarla con otros hombres y otros rostros... pero no podía sino sonreír ante la idea de verla cercada por otros brazos, acariciada por otros labios. Los personajes surgían entonces, al fin... y sonreía también a mi padre que desde la lejanía envejecía más y más en sus negocios caídos. Me inventé también en mil personajes, apenas perfilados: marineros y aristócratas rusos, carceleros y proxenetas, mendigos y ladrones. Todos era yo, ahora lo sé, ahora que al fin he perdido la capacidad de imaginar porque él, el que selló mi perdición, estaba por llegar.

Regresé cada noche para comprar sus favores mientras cada tarde escuchaba los murmullos desde mis páginas. Ella guardaba silencio. Se sucedieron los ocasos y Sara comenzó a interesarse por el alma del joven caballero.

Me gustan las mentiras.

Fueron promesas buscadas y halagos fingidos, palabras amables, nunca afectadas, sonrisas ¿sinceras? Nunca. Él la escuchaba y la buscaba en sus personajes todos de rostros teñidos de azul bermejo. Sara reinaba en sus palabras.

—¿Conoces la fábula de la rana y el escorpión, joven? — preguntó.

Aún no quería conocer la respuesta.

Los cafés estaban atestados y todos susurraban política, eran los tiempos de las caídas de las grandes fortunas, los últimos años de un sistema social, también los primeros de cambio hacia un mundo aún peor. Los duelos estaban a la orden del día, y mucho más en una ciudad en la que la mitad de la población cambiaba de mes en mes. Las autoridades no se molestaban en buscar a un contramaestre perdido (habría quién le sustituyera), a una prostituta perdida o a un capitán envilecido... Se había instalado una especie de destacamento de oficiales que, por una u otra razón (no siempre dentro de la legalidad), constituían la reserva. Se podía encontrar en cada esquina mugrienta a tipos elegantes con cuidados bigotes que decían ser oficiales, siempre dispuestos a embarcar si el patrón lo requería.

El mar no tiene reglas... sólo el oleaje cansino y amenazador.

Me sentía triste, ajeno. ¿Dónde habían quedado los tiempos en los que recorría los verdes prados de Italia, los elegantes edificios de Polonia o los alegres conjuntos franceses? ¿Dónde había quedado mi pretendida nobleza? Me veía reflejado en aquellos seres que presumían de una alcurnia y un apellido que nada valían entre gente vil y sin principios. ¿Acaso podía confesarle que era mi inspiración? ¿Qué puede saber una mujer vulgar de las musas? ¿Qué puede comprender un beodo de las diosas? Mis ahorros comenzaban a ser escasos, y decidí escribir a mi familia para pedir ayuda.

Una respuesta breve y un escaso dinero: regresa y hazte cargo de los negocios.

Y fue así como sucedió por vez primera. El narrador se dirigía hacia la taberna, en donde Sara esperaba sus monedas. El viento helado rasgaba mi piel y el pavimento parecía despegarse de la tierra. Era la noche de violencia calmada que parecía querer ocultarse, el cielo prometía estrellas que jamás llegaría a cumplir. Lo contemplé allá en la lejanía, sentado en un banco de madera, mirando siempre de frente cómo las aguas acunaban a las estrellas... el cuadro poseía ese sutil encanto del viejo enmarcado de un taller, un fino acabado, notable composición, distinguida temática: sombra embutida en sombrero de ala ancha, figura azotada por los vientos y resguardada por las nubes blancas y las noches oscuras.

Me acerqué como hacen los niños, tímido y esquivo, lentamente, con cierta picardía, sin temor. No torció su mirada cuando sintió próxima mi presencia: ¿me esperaba? Levantó levemente la cabeza y pude ver por vez primera esos ojos hundidos y esa media sonrisa dibujada pálida sobre su rostro filoso. Llevaba la barba recortada con esmero, como sólo los jóvenes hacíamos en aquellos tiempos, las manos cubiertas por guantes y, en la izquierda, sostenía un bastón que hacía bailar incesantemente de un lado a otro. Sus cabellos caían ralos sobre su amplia osamenta, perfectamente recubierta por un largo abrigo negro que llegaba hasta el suelo. Con tierna inocencia y esmerada educación toqué la parte alta de mi sombrero en señal de saludo, él correspondió como un buen caballero y sonrió.

Porque el diablo siempre sonríe.

Teatral, de ademanes estudiados y fingidos, la media mirada siempre pícara, el gesto torcido, la noche que prometía besos recogía ahora palabras e ilusiones por vez primera, cuando me vi reflejado en el falso espejo que me impide reconocerme.

-El amor es algo extraño -dijo con su marcado acento alemán. Se trataba de un hombre ya hecho, pero que no obstante mantenía ciertos rasgos juveniles. Sostenía un gran cigarro. Extendió la mano para estrechar la mía, y así de la misma manera le correspondí-. ¿Quiere la gloria amigo? Todos la buscamos alguna vez, pero pronto abandonamos la idea cuando se cruza en nuestro camino una mujer hermosa, ¿no lo cree, joven? -Las pausas, esos dotes, la teatralidad en su rostro, la sátira siempre presente en la mirada perdida. Una actuación, sin duda-. Busca usted una historia, y por eso está dispuesto a fingir que ella es su historia.

-¿Quién es usted? -inquirí, ya prediciendo la segura respuesta.

-Sé muchas cosas y estoy dispuesto a entregárselas todas, ¿cree que le vendrán bien para su libro, amigo mío? Es maravillosa esa Sara -entornó los ojos y se atusó el sombrero-..., esos ojos verdosos, sí, ligeramente rasgados, la mirada que tras ellos se trasluce, sincera..., pero muy, muy profesional. Por no hablar de ese cuerpo de mujercita reciente, casi una niña... ¿Cuál es ahora la pregunta?

-¿Conoce la fábula de la rana y el escorpión?

Sonrió de nuevo el diablo.

Sería mi última noche y la primera de mi existencia. Me prometió los secretos que yo jamás me atreví a soñar y me ofreció las claves del alma humana y la eternidad sobre la conciencia y sobre la muerte, el tiempo y el secreto de la belleza, las nubes y los arroyos... Nada de eso quería, pero también me ofreció al fin el amor eterno de Sara, mi alma gemela... Y todo ello a cambio de una pequeña prestación...

-Le entrego el tiempo y las razones todas -dijo aquel hombre de ancho sombrero y fija mirada-. Y también el futuro y todas las respuestas. Será usted el último de los inmortales y el primero de los hombres... Le entrego lo que más desea: una historia y el poder de contarla.

Dudé unos instantes.

-Sé que aceptará. Disfrute de esta noche, mi querido amigo, le aseguro que la echará de menos... No hay nada peor que un escorpión enamorado.

Los besos fueron secos y alargados, estriados y rotos, fríos, prometedores, tiernos y formales.

-Mañana todo cambiará, mi querida Sara, todo será al fin diferente.

-¿Volverás?

-Mañana, Sara, conocerás lo que tu corazón encierra.

Fue larga la noche y la espera que me separaba del último espacio. Ella se sentó sobre la cama y comenzó a desabrocharse la blanca blusa.

-No, será distinto hoy.

Dispuse sobre la mesa una gran bolsa repleta de billetes, los últimos que mi padre me entregaría. Ella los miró con avaricia...

-¡Con esto compro tu alma, Sara Rivera! –Exclamé con sorna. Ambos reímos y sus labios me besaron una vez más, no por agradecimiento ni por compasión; me besó su boca con miedo y temblor, con terror y pánico, porque por vez primera me había visto tal y como era, cruel y altivo, y supo mi diosa que todo había cambiado aquella noche.

-No te muevas –le dije-. Quiero recordar este momento.

Mi tacto se deslizó seguro y desplacé su blusa sobre el hombro izquierdo, de tal manera que quedaba la zona derecha de su busto desnuda. Dispuse su cabello oscuro sobre el vestido para así poder admirarlo. La cabeza, esa fina y esbelta figura sostenida por el largo cuello de cisne, estaba ligeramente inclinada hacia arriba, permitiéndome contemplar su perfecto perfil. Sus labios se abrían ligeramente para estrecharse luego temblorosos, dibujando estrellas y formas ovales... al fin promesas. Estaban sus suaves brazos relajados y sus manos de dedos afilados

caían delgadas sobre las sábanas. Eran sus verdes ojos húmedos y centelleantes, cubiertos por media lágrima cada uno, siempre a medio abrir, rasgados y breves, efímeros y concisos... Así estaba compuesta mi Venus, y de esta manera por siempre la recordaría.

Se recostó sobre la cama, siempre en silencio, elegante y tierna, eternamente humana... Yo permanecía sentado sobre el lecho, pensativo, mirando al suelo, buscando en éste los rostros perdidos de sus amantes todos.

-Fueron muchos, sí –Sara se incorporó y habló sinceramente. Corrían malos tiempos para mí, y estaba sola..., ella se portó bien conmigo, me proporcionó un techo bajo el cual guarecerme y un oficio con el que poder alimentarme... Estoy muy agradecida, y ningún hombre ha hecho por mí nada semejante a esto, ninguno... Fueron muchos, sí, y todos ellos me han ofrecido hermosas joyas, abandonar a sus esposas, dejar a su familia..., de ellos sólo obtuve unas pocas monedas y demasiadas promesas.

En sus labios se dibujaba segura aquella sonrisa de fingida ingenuidad...

-Es cierto, soy casi una niña –me miraba ahora con unos ojos diferentes, vacíos, casi sin esperanza-. Pero han sido muchas mis miserias. No busques a una muchacha de ojos verdes porque hace tiempo que me ha dejado... Dentro de cinco años, no más, mis labios estarán acartonados y mis carnes no tendrán la fijeza de antaño... mi cuerpo todo se habrá reseado y no habrá ya más sonrisas, porque me habré cansado de fingir. ¿Volverás entonces a buscarme? Habrás conocido a muchas mujeres y muchas se habrán fijado en ti, y tendrás un buen empleo como funcionario y un par de hijos correteando sobre tu alfombra traída de las Indias, y en ti sólo quedará el recuerdo vago de estas noches blancas de juventud.

-Eso jamás sucederá –le dije mientras la miraba directamente a los ojos, como el gran mentiroso que siempre fui-. Todo será diferente a partir de mañana... No

habrá más noches blancas, porque seré por fin diferente a tus ojos.

-¿Lo serás? –preguntó mientras me besaba-. La noche es nuestra, y el amanecer rompe siempre el hechizo.

La luz penetraba certera a través del ventanal abierto, proyectándose bella en su cuerpo de reflejos pardos. Se recostó, me atrajo hacia ella y me besó en la mejilla, como sólo hace una madre: pausado, cálido, sincero. Una ráfaga de aire penetró en la estancia y algunas de las velas allí dispuestas se apagaron de improviso, tiñendo el cálido rojo de frío hielo por un solo segundo. Ella respiró humana, demasiado humana, y así se acercó.

-Todo terminará mañana, Sara –traté de concluir.

-Eres demasiado ingenuo -se incorporó definitivamente y me miró directa- y así es como ha de ser.

Se levantó y paseó ligera por la estancia, ahora a medio iluminar. Se arrastraba rozagante su blanco camisón, y la leve luz perfilaba su cuerpo fino y esbelto. Corrió hacia la mesilla y de ésta extrajo un cigarrillo. Me miró y alzó las cejas buscando mi aprobación... mi silencio se lo otorgó. Volvió a la cama, en donde el joven narrador se encontraba, y se recostó de nuevo a mi lado, sujeta por los brazos, tumbada boca abajo, mientras buscaba en el bolsillo de mi chaqueta un paquete de cerillas. El humo envolvió el cuarto, y el aroma de almizcle que su pálido cuerpo emanaba se mezcló con aquel humo rancio y estertóreo...

-Supongo que ya no importa –dijo ella, Venus ataviada de arpía-. Si es como dices, todo habrá terminado esta noche, y jamás volveremos a vernos. ¿Tendrás por fin tu historia? Cuando llegué fueron muchas las promesas de un futuro estable, y fueron también muchas las desilusiones. ¿Serás capaz de renunciar a tu historia por mí? No me arrepiento de haber tomado esta decisión, ya que en el lugar donde provengo sólo hubiese encontrado el hambre primero, y la muerte más tarde. Cuando todas mis

quimeras de adolescente murieron, cuando había ya abandonado la esperanza..., entonces apareció él. Ya te puedes imaginar: era joven pero no demasiado; rico pero no avaro; inteligente pero nunca despreciativo. Sus besos eran tiernos y apasionados y cada noche regresaba con una bolsa repleta —miró entonces avariciosa la bolsa que había dispuesto para ella sobre la cómoda. ¿Por qué continuar fingiendo?-. Nunca miraba el reloj porque las horas pasaban como minutos y las noches eran cálidas. Pero entonces llegó el terrible momento: me obstinaba en contener las lágrimas, sus manos sobre mis hombros para crear confianza, sus ojos fijos en mi rostro... Te amo, Sara, y así por siempre será, y en esta promesa juro mi vida toda. He hablado con tu matrona, y de esta manera compraré tu libertad. Y por ello, los dos seremos felices, y huiremos a una lejana región cálida, lejos de la niebla del puerto, lejos de esta miseria que nos rodea. Sus palabras parecían sinceras y su gesto se tornaba llanto, mi respuesta fue breve, sincera, ingenua: “Sí, quiero”. Se levantó con una gran sonrisa dibujada en sus labios, con los miembros en tensión todos. Yo le pedí dos horas para recoger mis cosas, tiempo que él emplearía en alquilar un carruaje. Mañana seremos por fin felices, se habrán terminado las miserias y los tormentos, y la soledad será por fin sólo un recuerdo. Aguardé varias horas bajo la lluvia su llegada, mientras mi matrona me miraba desde el interior, sonriente, complacida... Él jamás regresó, nunca recibí una nota de él, y su rostro al fin he logrado olvidar. Nunca más, no más promesas, no más futuros coloreados de blanco y tejidos con borlas. Sólo esta noche, ingenuo narrador, mañana todo habrá terminado.

Sus palabras me llenaron de desazón, ternura y compasión. Aquella jovencita a la que tanto le había tocado sufrir, esa niña que tantas calamidades había soportado, con el corazón tan joven y roto... Sara había terminado su cigarrillo y se dirigía hacia la ventana para arrojar la colilla.

-Es un problema de clase –prosiguió-. Hay personas a las que su fortuna, su ralea o su talento les conceden la promesa de un mañana... Pero aquí estamos, los seres vulgares, miserables y patéticos, a los que sólo nos es dado el poder recordar un pasado mejor. Nos refugiamos en esos recuerdos y así podemos sentir de nuevo lo que un día fueron nuestras ilusiones ya marchitas.

-No se ha terminado, es mi promesa.

-Recuérdalo: no más promesas.

Me besó de nuevo, esta vez profundo, mientras sostenía con sus manos finas mi rostro descompuesto. Me había vencido, al fin, y mis pensamientos ya se encontraban lejos, muy lejos de aquel burdel de barrio bajo.

La despreciaba.

»Érase una vez un escorpión que con desmedido afán y tierna inconsciencia deseaba el lago atravesar. Era su cuerpo duro y su alma sincera, era el lago profundo y su existencia solitaria, y la promesa de una vida mejor le esperaba en la otra orilla.

»Había en aquella charca una ranita que croaba feliz y cazaba moscas a su antojo. Vivía ésta sin preocupaciones, y nada necesitaba de otro ser vivo, salvo compañía. Se acercó el escorpión a la rana y esto fue lo que dijo:

»-Rana, ranita, deseo hablar contigo y pedirte un favor. Es grande el lago, y profundo, muy profundo. Es por esto que no puedo atravesarlo.

»-¿Cómo puedo ayudarte, escorpión?

»-Sí a tus lomos me permites montar, ranita buena, agradecido te estaré y una deuda eterna contigo habré contraído.

»-Pero escorpión, dime sincero: ¿No es acaso tu picadura mortal, y hasta los hombres temen a tu aguijón?

»-No te puedo mentir, ranita. Todo lo que tú dices es cierto. Pero razona: si mi aguijón en tu lomo clavase, al

fondo del lago iría yo también a parar. Por ello, tranquila puedes estar, ya que mi pinza en ti no se va a clavar.

»-Tus razones me han convencido, escorpión, monta en mi lomo y pronto estarás al otro lado del lago.

»Y así hizo el escorpión, en su lomo feliz estaba, mientras en la otra orilla su pensamiento tenía. Cuando se encontraban a la mitad del lago, el escorpión clavó su mortal aguijón en el cuello de la ingenua rana.

»-¿Qué has hecho, escorpión malvado? –Preguntó estupefacta la ranita-. ¿No es cierto que ahora moriremos los dos sin remedio?

»-Cierto es, ranita –dijo finalmente el escorpión-. Pero no he podido evitarlo: es mi carácter.

El hombre del sombrero de ala ancha hablaba pausado, gesticulante, seguro de sus palabras. Se trataba de una noche cálida, pacífica. No corría el viento y se escuchaba ese extraño silencio expectante que en muy raras ocasiones se puede oír.

-¿Qué significa? –Pregunté al borde del río, frente al rostro gentil de su anfitrión.

-Lo que parece significar, no hay símbolo ni misterio en esta leyenda, como no los hay en tu historia.

-La amo y jamás le haría daño.

-Serás alguien a quien te costará trabajo reconocer, y de quien en muchas ocasiones querrás renegar... ¿Quieres tu historia? Me sustituirás en mi labor y yo te entregaré el poder de verla, el poder de mirar más allá del espejo. ¿Estás dispuesto? ¿Cumplirás lo pactado?

-Lo estoy –respondí-, lo haré.

Del bolsillo interior de su abrigo extrajo dos enormes cigarros envueltos en una funda metálica. Él mismo los abrió y separó las vitolas. Con su cuidada dentadura picó uno de ellos, mientras me ofrecía el otro.

-Especialmente traídos desde el Nuevo Mundo –desvió la mirada y contempló el negro río que se extendía ante nuestros ojos-. Una verdadera exquisitez: suave, pero con

carácter; excelso, pero con personalidad —dispuso el cigarro entre los dedos índice y anular y comenzó a darlo vueltas-. Comprueba el tacto que tiene, la perfecta alianza entre la envoltura fina y el tabaco selecto, ese pequeño crujido... No hay mejor cigarro en el mundo entero.

Dispuse el cigarro entre mis dientes y así también lo piqué. Simplemente me lo llevé a la boca, sin mayor ritual, todavía desconocedor de los sutiles secretos del buen paladar. Él, ya con su cigarro bien prendido, extrajo un encendedor de oro de su abrigo y me ofreció fuego. Absorbí aquel aroma de brasa y el humo penetró fuerte, invadiendo mis pulmones. No se hizo esperar su repuesta en forma de fuerte expectoración, palabras sinceras de un cuerpo ingenuo.

—La primera vez siempre es algo extraño, ese ligero mareo, la sensación de inestabilidad en el estómago —me miró fijamente-. ¡Pronto, muy pronto, te acostumbrarás! Le habrás perdido definitivamente el miedo y así podrás saborear todos los placeres que este mundo nos ofrece a nosotros, los inmortales.

Aquel cigarro sabía a ceniza y a almizcle, a miel y a fuego. Decidí no volver a introducir todo ese humo en mis pulmones, paladeándolo simplemente.

—¡Eso es, muy bien! No lo tragues, déjalo descansar sobre tu lengua, que la acaricie como bien hace una mujer, deja resbalar el humo suave y luego expúlsalo, sin violencia... Hay que mantener un ritmo cadencioso, una rutina en cada calada y un son en cada beso... ¡Así es! Hay que disfrutarlo: tres caladas, ni una más cada vez... La primera es una prometedora presentación, un sutil beso en la mejilla, una sonrisa en la medianoche, el aroma distante del cabello fino que cae sobre sus hombros desnudos... La segunda calada es un acercamiento sutil, una seducción certera, pasos seguros hacia el éxtasis, una lenta caricia, el roce de sus labios, todavía sin llegar a tocarlos... Y llegamos por fin a la tercera bocanada, la purificación y el humo que

penetra suavemente por los pulmones, palpando levemente sus cavidades, caricias todavía ingenuas de mujerzuela, el sabor intenso y encendido de ese primer beso...

-¿Por qué yo? -pregunté, ahora sí, yo, él, William Wilson.

-Estoy cansado -torció el gesto, ya no me miraba-. Me apetece pasear por la campiña francesa y ver los molinos españoles, visitar los monumentos italianos...

-¿Por qué yo?

-También hace tiempo encontré un libro en una biblioteca. Hablaba de mí mismo y contaba mi misma historia... pero ése no era yo. ¿Quieres mirar más allá del espejo, Wilson? Me buscaba en las líneas del texto y me encontraba en cada párrafo, pero el reflejo se alejaba cada vez más.

El cigarro se había consumido, lentamente en un nuevo espacio de tiempo. Estaba preparado, y ya sólo esperaba sus instrucciones. Él se levantó y pude entonces contemplar su soberana estatura. Me miró, sonrió y tocó el ala de su sombrero y dio una última calada a su cigarro.

-Son algo difíciles de encontrar estos puros -dijo-, pero merecen la pena.

-¿Cuál es su nombre?

-Supe entonces que ese texto era mío y que, de alguna manera, desde el otro lado del espejo, yo también lo había escrito, como ahora te escribo a ti. Tu nombre es Wilson, William Wilson.

Arrojó, arrojé la colilla al río y sobre sus aguas permaneció flotando mientras mi historia se alejaba sedosa.

William Wilson, éste su tierno narrador, paseó solitario por entre las calles de aquella ciudad amable. Ahora yo, reflejo pálido de mí mismo, de Wilson, traté de volver a escuchar los sonidos que la noche entrega al paseante,

percibir los aromas de los marinos y las imágenes que la Luna me ofrecía... Había todo transcurrido certero y sin añagazas: un solo cigarro consumido entre mis labios había bastado para convertirme en él, en mí mismo, en William Wilson.

Alguien, lo supe entonces, me había ya escrito.

La noche era ahora fría, distante. No se podían escuchar ahora los murmullos de los borrachos tambaleándose ni las voces de los desamparados ni el aroma de la prostituta de la esquina ni la brisa que tantas veces había acariciado mi rostro. Todo había cambiado en unas cuantas caladas.

Me llevé la mano al bolsillo de la chaqueta para extraer de éste mi pitillera. Mecánicamente me llevé el cigarrillo a los labios y lo encendí: aspiré hondo, para percibir de nuevo el sabor del humo en mis pulmones. Lo comprendí entonces, por primera vez. El humo penetraba espeso, abigarrado, febril. Su antiguo y suave tacto, el cadencioso compás, se había quebrado. ¡El sabor! Sí, todavía hoy podía recordar el resabio de un cigarrillo cuando miraba la Luna enamorado. Aquel aroma había desaparecido, pero ya no sentía la añoranza por lo que había sido, ni siquiera tristeza por lo que había perdido, ya no asaltaban su mente los recuerdos de sus noches con ella. Sara Rivera, su Sara.

Caminó, y así transcurrieron las horas, y la noche dejó paso a la mañana y sus pasos no transcurrían cansados sino veloces, llevados por una extraña fuerza. Y miró, miré, con nuevos ojos a las gentes de aquel país exhausto. Miré a los tenderos disponer sus mercancías a primera hora y observé al tabernero abrir las puertas de su establecimiento para que así se dispersase el profundo aroma a humanidad ahogada en alcohol y mujeres fáciles. Vio a la prostituta que regresaba de sus quehaceres diarios, caminaba con paso cansado. Miraba ella con los ojos enrojecidos, siempre fijos en el piso. Miraba William Wilson y sonreía porque era ahora dueño de su reflejo y de su propia leyenda, del mundo y de sus miserias, de sus gentes y de las

que han de venir... dueño de su propia historia porque comprendía por fin.

Las horas se sucedieron, quedas, silenciosas entre el bullicio. El cielo se tiñó al fin de un azul verdoso, pálido, escuálido. Wilson se dirigió calle arriba. No sentía cansancio alguno a pesar de haber estado todo el día caminando. Presuroso, abrió las puertas de aquel lugar que en tantas ocasiones había visitado: las miradas le volvieron a recorrer como antaño; mientras antes las burlas y comentarios se sucedían, unas veces entre murmullos, otras en sonoras carcajadas de desprecio... ahora el silencio se apoderó del lugar y miré con pausa, casi retador. Subió las escaleras de madera y mis botas se pegaban al pringoso suelo. Los cuadros zumbaban y exhalaban ahora historias: la Odalisca con su mirada terrible, cuántos poetas han caído bajo tu sesgo; el opio, sí nunca suficiente porque aquel Dragón poseía unas alas demasiado excelsas.

-Ha llegado La Compañía –dijeron al fondo. No pude menos que sonreír.

Una mujer con escasas ropas, de cabellos rojizos y tersa piel se cruzó con Wilson mientras ascendía por las escaleras. Le propinó una mirada coqueta y una media sonrisa y una bella imagen. Se apartó el cabello con la mano izquierda y dejó entrever su fino cuello. Wilson le devolvió la mirada y la sonrisa. Ella torció el gesto y finalmente continuó su paso.

La mujer moriría en un año: no se debe mirar a un espectro a los ojos.

Al fin, frente a la puerta entreabierta, unas voces surgieron del interior, acaloradas, distantes. Sara y un hombre discutían sobre el precio, siempre a convenir en esta clase de asuntos. El hombre, con voz entrecortada debido al alcohol, pretendía rebajar el importe previamente estipulado, mientras que Sara se negaba. La conversación duró unos cinco minutos. Ella trató de seducirle, lo cual finalmente consiguió y el hombre convino en pagar lo

estipulado. Luego todo duró poco, casi unos segundos. Wilson esperó, paciente, al borde de la escalera... En esos pocos instantes se sucedieron las escenas dantescas: una mujer que escapaba de un hombre que pretendía... ¿Quién lo sabe y quién no es capaz de imaginarlo? La socarrona e hiriente risotada de una de ellas, los gritos de todos, el hediondo pesar, los lamentos ahogados por el vino barato, los profundos ronquidos. Wilson se atusó su traje, que ahora parecía más cuidado y se acomodaba mejor a su talle.

Esperó y pudo escuchar los lamentos del hombre y las imprecaciones de Sara, mi Sara. Nada le importaba salvo el tiempo, ya que ese era su, mi mayor poder... Recuérdalo, dentro de cinco años las arrugas vejarán mi rostro, y lo que antes era terso estará entonces descolgado, querido.

-Ya te desprecio, Sara, ya te desprecio.

Sintió la necesidad de fumar un cigarrillo, no por necesidad sino por costumbre. Decidió esperar y escuchar a la verdadera Sara y mirar la luz filtrarse a través de la puerta entreabierta. Te amo, Sara, y así por siempre será, y en esta promesa juro mi vida toda. He hablado con tu matrona, y de esta manera compraré tu libertad. Y por ello los dos seremos felices y huiremos a una lejana región cálida, lejos de la niebla y del mar, lejos de esta miseria que nos rodea. ¡Qué estúpido se sentía ahora, reflejado en las palabras del viejo pretendiente de Sara!

-Son tuyas esas palabras, William. Sólo tú las pronunciaste.

Era joven, pero no demasiado; rico pero no avaro; inteligente pero no despreciativo. Sus besos eran tiernos y apasionados, y cada noche regresaba con una bolsa repleta de rublos.

-¿Por qué te abandonó? Pobrecilla, Sara... Ahora los gemidos de él se escuchaban sonoros, estridentes.

Wilson sonrió, conteniendo la carcajada. Ella fingía y gemía también, mientras imprecaba al hombre para que terminara cuanto antes. Se escucharon un par de golpes

secos y parece que bastaron al fin para que todo concluyese. Se pudo escuchar cómo sus cuerpos se separaban al fin. No hubo palabras, sólo la respiración forzada y la insatisfacción en el silencio. Un hombre de aspecto grotesco salió de la habitación, rápido, presuroso, avergonzado sin duda.

Le miró y Wilson correspondió con una sonrisa. También él moriría. ¿Quién no lo merece?

La puerta se quedó abierta mientras Sara permanecía quieta, contemplándose en el espejo del tocador. Un suave camisón blanco de seda la cubría, liso, perfectamente encajado en su figura. El cabello le caía sobre la espalda esculpida. Se aplicaba un perfume sobre el cuello para disimular el olor que ahora la impregnaba... contemplaba su rostro en el espejo. Con el dedo índice recorrió su semblante y trató con esmero de disimular una arruga que comenzaba a asomarse. Luego recorrió asimismo sus ojos de verde espléndido. La visión era casi beatífica: ¡cuánta hermosura en algo tan imperfecto!

Pero no había malestar alguno para William Wilson.

A través del espejo, ella le miró y sonrió torciendo sus labios, pícara y sabia. Abrió sus ojos y se puso en pie. Wilson permaneció también quieto, contemplándola. Ella dio un par de vueltas sobre sí misma, para que él admirara su talle, joven, esbelto siempre, para que la recordara por siempre como un día fue. Ella procedió a emitir una sonora carcajada. ¿Qué has hecho, escorpión malvado? – Preguntó estupefacta la ranita-. ¿No es cierto que ahora moriremos los dos sin remedio? Ya estoy muerto, pequeña Sara, ya estás muerta sin saberlo. Ella revoloteaba y bailaba, al compás de una música que sólo ella parecía poder escuchar... Wilson sonreía. Ciertamente es, ranita –dijo finalmente el escorpión-. Pero no he podido evitarlo: es mi carácter. Wilson extendió los brazos en un imaginario abrazo, ella, sumida en su baile de seducción, ya no veía a nadie más, sólo su talle reflejado en el espejo. Revoloteaba

como sólo saben bailar los ángeles y su camisón de seda describía círculos perfectos en el aire. Una vuelta más mientras se aproximaba a la puerta. Sus pies descalzos se deslizaban sobre el piso, casi en un susurro... en una tierna y malvada sonrisa.

-Mírame, Sara -la ordené. Aquella noche los besos fueron fingidos y yo, por primera y única vez, confesé mi secreto a un ser humano-. Mi nombre es Wilson, William Wilson, y soy el portador de la muerte. Quien me mira perece en el plazo de un año.

Me abrazó y aquella noche sentí algo parecido a lo que sienten los seres humanos, el consuelo que siente el escorpión antes de asesinar. La miré profundamente, esperando así poder conservar su vida. Su última mirada fue para mí, su fiel narrador. Sonrió, una vez más, y así cerró la puerta.

William Wilson permaneció en el rellano unos segundos y se alejó finalmente para no volver a regresar.

A los nueve meses Sara dio a luz a una niña a la que puso por nombre Amanda, hija de William Wilson.

Dicen que Amanda nació muerta.

No estaba muerta.

Ni estaba viva.

Sara, presa de la locura, ocultó el cadáver bajo las mantas en una cuna al lado de la cama en la que ya agonizaba. Murió Sara a los tres meses.

Un sacerdote de nariz curvada y gesto torcido le administró la extremaunción. Dicen que aquella noche el sacerdote se llevó el cadáver de la niña. Como son extrañas estas tierras, conservó la niña el apellido de su madre, y es así conocida por el nombre de Amanda Rivera. Nunca más se supo de su padre, sólo ecos lejanos que hablaban de un hombre con sombrero de ala ancha y refinados modales al que no se podía mirar a la cara.

De lo contrario, en menos de un año la vida del inconsciente terminaría.

Es conocido por muchos nombres, siendo el más popular de entre ellos Estadea.

Lleva un libro consigo en el que todo lo que escribe se cumple.

No todo el mundo puede verle, sólo los malditos y los ingenuos.

Dicen que cuando se le mira, se pueden ver los pecados del que observa, como en un espejo roto.

Dicen que lleva consigo una legión de almas en pena a la que se conoce por “La Santa Compañía”.

Al frente de la comitiva camina una mujer de blanco conocida con el nombre de Anabel Rivera.

Los que han conocido al Estadea le llaman Wilson, William Wilson.

CAPÍTULO III

El Manuscrito y el Narrador

Despacio, mi alma se tuerce y se refleja y vuelve a mí. ¿Quién era ése que comenzó a mirarse, quién era el que antes imaginé? No me reconozco y me diluyo en mi sueño inventado, en lo que creía ser, en lo que yo mismo imaginé. Surge entonces la pregunta: ¿alguna vez fui otra cosa, alguna vez me creí distinto?

Me recuerdo lleno de dudas, extraño, extraviado, casi un niño, ¿o no era un niño? Las evocaciones no tienen edad, sólo persistencia, ¿acaso es más real porque lo recuerdo con mayor intensidad? Extraño, extraño y ya no me siento yo, porque estoy atrapado, ansioso y nervioso. Quiero traspasar la frontera que me separa de mi deseo y de mi escafandra. Allí está otro y estoy yo, ¿qué diferencia hay? Tiene mis ojos y mi rostro y mis labios secos y mi cabello que crece y amenaza con devorarme. Existe y me mira como yo mismo ahora le miro, como me leo en estas líneas que brotan sin conocerme y configuran mi alma.

¿Existo más allá de estas palabras?

El mar estaba en calma y la Luna le iluminaba.

Ante el espejo, el jugador encontró su rostro,
el asesino siempre olvida algo:

la carta esquivada en un bosque incierto.

La miró despacio, reflejo de un perfume derramado.

La partida estaba, al fin, ante el espejo.

Era un pasaje rugoso, estrecho... atravesó los peñascos ágiles, seguros, intentando todavía escapar de ella... Y es que no la había podido olvidar, incluso ahora que habían transcurrido ya dos años. Seguía junto a él, en sus amaneceres y en sus pesadillas. Creyó verla en la orilla, pero sólo era una muchacha lavando la ropa. Se giró sin prestar

atención: los fantasmas no son menos reales porque no creas en ellos.

La vio envuelta en aquella negra y larga cabellera, sumergida entre la espuma, retocada por sus ojos verdes rasgados, atravesados y fijos, con su delgado rostro, filoso como la hoja de un cuchillo... La vio con la mano extendida, con una vela encendida sobre la bañera, blanca en su último resplandor, blanco su blando rostro alado como la Luna de lana.

-¡Infie! —exclamó al fin.

La potente luz del faro guiaba sus pasos, allá a lo lejos, por entre las rocas puntiagudas y en la noche certera. El faro gobernaba las olas y reinaba sobre las mareas, imponiendo su esplendor sobre las estrellas del cielo. Las olas martilleaban leves las piedras húmedas, acariciándolas bajo la atenta mirada de la Luna espesa, sobre el luminoso manto proyectado desde el faro oscilante. Los sonidos de la noche se movían, crepitaban entre las luces, se mezclaban a lo lejos y se proyectaban cercanos. Era el lento ondular de las olas golpeando los peñascos, siguiendo siempre el mismo impasible ritmo, proyectándose seguro en el tiempo. Se escuchaba por todas partes su crujido y en todas partes le penetraba. Y luego la brisa fría, cortante y cálida como una noche segura dos años atrás, en el tiempo recordada.

-Teme siempre a los jugadores —le recordaba su madre desde la tumba.

Eduardo no pudo evitar sonreír mientras se deslizaba por entre las rocas amigas, con gran seguridad, apoyándose en la siguiente sin pensar en la pasada, explorando la presente. Todo seguiría allí, tal y como lo había dejado: a la derecha se extendía la gran escalera que llevaba a lo alto del faro, a la luz; a la izquierda la puerta del dormitorio, cerrada como siempre. Cerró los ojos y ascendió..., quería recordarlo tal y como había sucedido dos años atrás.

Sus pasos ascendían huecos, quedos en el silencio. La vieja madera estaba ya resquebrajada debido a la humedad. Crepitaba en lo alto del faro, ante la gruesa puerta marrón. Introdujo la vieja llave, que se deslizó a través de la cerradura mal engrasada. Con gran dificultad accionó el mecanismo y la puerta se abrió.

Se trataba de la gran estancia, del lugar principal, el cuarto más espacioso de todo el recinto. Presidido por la luz, envuelto en silencio y torpemente decorado. Sobre aquellas paredes descansaba la historia de su vida, y también lo que fueron sus últimas horas, con la luz del faro reflejando su cuerpo sin vida, con la vela extinguiéndose en la noche certera: Amanda Rivera.

El pasado se había vuelto presente en la mente de Eduardo Quiroga.

Habían pasado ya dos años y el rostro de Amanda permanecía aún grabado sobre los muros del gran faro, sobre las paredes que años atrás fueron su hogar. Había regresado para cumplir una promesa a un desconocido, a un hombre que vio sólo una vez, pero que influyó en sus vidas más que cualquier otra persona.

Tomó un periódico antiguo, fechado el doce de noviembre, hacía justo aquella noche dos años y un día.

La tragedia tuvo lugar la noche pasada, en el gran faro. Allí vivían Eduardo Quiroga y Amanda Rivera, un matrimonio tranquilo y modélico en todos los aspectos.

Amanda murió mientras dormía ahogada en la bañera. Toda la mutilación fue post-mortem. La señora, que tenía por costumbre tomar somníferos antes de dormir, se encontraba en avanzado estado de gestación. Se le extrajo el feto y el asesino se deshizo de cualquier resto, dejando el cadáver de la mujer sin vida en la bañera. Se desconoce la identidad del agresor.

El funeral se celebrará a las siete de la tarde del próximo día catorce en la parroquia. El señor Quiroga desea invitar

a todos los habitantes del pueblo, y así lo agradecerá personalmente en nombre de su fallecida esposa.

Cerró el diario y lo depositó sobre la mesilla de caoba. Debajo se encontraba una necrológica publicada el miércoles trece de noviembre.

IN MEMORIAM

AMANDA RIVERA DE QUIROGA

AMA DE CASA, ESPOSA FIEL, ESCRITORA Y
SER HUMANO.

FALLECIDA EN PONTELÓSTREGO, EL 11 DE
NOVIEMBRE.

D.E.P.

Sus amigos y compañeros de la Editorial Tabernáculo quieren compartir con quienes la conocieron el dolor por su muerte y la satisfacción por haber disfrutado de su compañía, así como el recuerdo de su amistad sincera.

A pesar del tiempo y la distancia, no lo había olvidado. Su benefactor estaría allí esperándole, porque tampoco él le habría olvidado.

Eduardo Quiroga nació en el mismo Pontelóstrego. Más de una vez trató de olvidarlo, nunca lo logró.

-¿Te quedarás conmigo esta noche? –preguntó su madre aquella noche.

-Tengo cosas que hacer -respondió Eduardo.

Dicen que nunca más volvió a verla y que su secreto descansa en un puzle o en una biblioteca de diez extraños volúmenes.

-Veo las piezas de un rompecabezas –dijo Sara.

-Yo cuidaré de ti –respondió su hijo.

-No lo olvides, mi pequeño. Desconfía de los jugadores.

Aquella noche, en la mesa de juego, Eduardo Quiroga lo había perdido todo.

Wilson se dirigió hacia el armario y con cautela lo abrió. De éste extrajo una caja de madera y cogió dos enormes cigarros. Los picó y ofreció uno a Eduardo.

-Aceptar este obsequio, amigo mío, no te compromete a nada –dijo Wilson-. Se trata de un regalo, una pequeña muestra de afecto y un principio de acuerdo..., una manera de sellar tácita fidelidad entre dos caballeros.

Eduardo aceptó el cigarro y Wilson sacó una cerilla y le ofreció fuego.

-Se trata de un buen puro –dijo mientras encendía su habano-. Sí, sin duda, Eduardo... –el hombre aspiró lentamente y exhaló, formando cúmulos uniformes de humo-. Mi nombre es William Wilson.

Hablaba afectado pero seguro, modulando cada palabra y fijándose en cada gesto, sin duda todos ellos estudiados.

-Sara es una buena mujer, la conozco bien. Sé lo de mi retrato –continuó Wilson-. Todos cometemos errores. Me hubiese gustado tener tu suerte, Eduardo, y poder también configurar el rostro de mi madre. Apenas la recuerdo.

Eduardo Quiroga fumaba lentamente. Se miró en el espejo, sabedor que cuando el cigarro llegase a su fin, el pacto estaría sellado. Lo apuró hasta el final y, en todos los años que habían transcurrido desde aquel trece de noviembre, no hubo un solo día sin que recordara aquella cita...

-Antes de irte, tengo algo para ti –dijo Wilson mientras extraía el sobre, con la última de las cartas que Eduardo recibió de su padre.

Allí estaba para volver finalmente de entre las sombras.

Frente al gran faro del pequeño pueblo costero de Pontelóstrego... había estado abandonado durante años, y ahora su única misión consistía en ser torrero de aquella torre ya olvidada por las embarcaciones y cuidar de la biblioteca del ático.

Pontelóstrego era un lugar perdido en los recuerdos de las leyendas y las viejas cartografías. Se trataba de una pequeña localidad de pescadores rodeada por un espeso bosque, alejada de todo pequeño rastro de civilización... uno de esos lugares en los que el tiempo no ha pasado y que, probablemente, nunca pasará. Los jóvenes trataban de escapar de sus leyendas para establecerse en la capital, los más ancianos aprovechaban el espacio dejado por los jóvenes para morir, los padres de familia encontraban su más segura y remunerada ocupación en escabullirse para beber. Casi todos sus habitantes vivían gracias a la pesca marítima y eran pocos los que, no siendo pescadores, permanecían allí. Era un lugar curioso, atípico y especial, como igualmente extraño era su nombre. Según dicen, el nombre de Pontelóstrego proviene de una leyenda nacida en los viejos tiempos de la Edad Media que cuenta cómo un rayo verde pudo ser contemplado desde los confines de la, por entonces, aldea. Dicen que el rayo se llevó a todos los habitantes porque ni uno solo pudo resistir su resplandor, y que no quedó del lugar más que sus casas deshabitadas. Otros fueron los que las encontraron y, sin superstición, las volvieron a ocupar. Dicen los más agoreros que, una vez cada cien años, un rayo verde atraviesa la región llevándose a todo el que lo contempla, y que es tan limpio y bello su resplandor que es imposible no mirarlo.

Eduardo recordaba con nitidez el día en el que Amanda murió. ¿Quién podría dudar de él? Aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido...

Su madre se llamaba Sara, una buena mujer aficionada a los puzles y los libros extraños.

Mientras las cartas se repartían, Amanda murió y los perros callaron. Cuando su madre murió, el mismo Eduardo la enterró.

-Será nuestro jardín, madre –se dijo.

El faro estaba dividido en dos pisos que se comunicaban por unas escaleras acolchadas en bermejo y con cuadros bastante descuidados en sus muros curvados. En el más alto se encontraba la gran sala dormitorio, un cuarto de baño y un comedor con cocina; en el bajo, el recibidor, el salón y la biblioteca

-Un buen lugar para los rompecabezas, mi niño.

-Un gran palacio, madre.

Todo estaba dispuesto para su disfrute y había sido previamente acondicionada.

-¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras de Goethe? Alzó los brazos al cielo y exclamó: “Luz, más luz”.

Había un par de sillas, y tres sillones, todos ellos perfectamente tapizados..., y había un espejo oval y espejos cuadrados y rectangulares y grandes y pequeños otros.

-Descansa, mi niño. Siempre estaré contigo.

Una mañana del trece de noviembre, Eduardo esperaba la llegada del repartidor. Cuando bordeaba ya mediodía llamaron a la puerta. Ante ésta se erguía una muchacha tímida de ojos caídos y asustados, con el cutis ligeramente rasgado, con aquella larga cabellera negra adornada por penetrantes ojos verdes: Amanda, Amanda. Ya la conocía de vista, una de tantas muchachas que caminan por el pueblo con el rostro escondido.

-Lo siento –dijo-. Espero que no se enfade por el retraso.

Amanda sonrió, complaciente. Eduardo también sonrió.

-Te vendrá bien su compañía, mi niño. Tómala como esposa, pero nunca confíes en ella.

Una boda modesta con apenas diez invitados (todos por parte de la novia), un banquete de tres horas y todo estaba hecho.

-Ten cuidado, hijo. Veo en sus ojos la mirada del jugador.

Sus ojos eclipsaban a las mañanas de tedio y su sonrisa bañaba la noche entera. Fueron días felices para los Quiroga, matrimonio elaborado con mentiras.

-¿Alguno hay que no lo esté?

Pasaron varios meses, dicen que nadie recuerda el tiempo en Pontelóstrego para evitar así la llegada del rayo verde. Se miraban y se veían envueltos y cercados por el ciclo, constante repetición de una rima anterior.

Ante el espejo, el jugador encontró su rostro,
y es que el asesino siempre olvida algo:

Dos temperamentos sencillos y poco apasionados que veían el transcurrir calmado del tiempo sin urgencias, sin pasión ni esclavitud.

-¿Qué hace durante tantas horas fuera, Eduardo?

Ahora Amanda se encargaba de las compras y de los quehaceres, de lavar la ropa y limpiar la casa. A las diez de la mañana salía, dejando un plato preparado para la comida; a las diez de la noche regresaba, con media sonrisa en los labios, con las piernas cansadas. A él nunca le importó... Sólo al principio.

-Lo sabemos.

Dividieron su espacio en dos zonas: Eduardo permanecería en la parte baja mientras que Amanda viviría en la alta. Eduardo dejó de preocuparse por mantener viva la luz del faro, y cada día se extinguía un poco más la de su convivencia. Sin contacto, sin cruzarse una palabra en varias semanas.

-Necesitaremos un gramófono, Eduardo -al fin se dirigía a él.

Eduardo escuchó a partir de entonces la música cada vez más estruendosa que provenía de la parte alta.

-¿No los escuchas reír, pequeño? ¿Has visto si entró sola?

Su risa mezclada con Las Bodas de Figaro..., carcajadas con La Patética...

Cuenta la leyenda, la antigua y única, que sólo hay una manera de que el diablo no te lleve: entregándole a tus hijos.

El inspector Horacio fumaba puros y vestía gabardina, miraba entornando los ojos y tratando de que alguien confesase. Entró en el faro acompañado de otros dos agentes vestidos “de paisano”, miró a Eduardo y se estrecharon las manos. Ya se conocían del día en el que se celebró la partida.

-Horacio perdió una hija hace poco tiempo —dijo uno de los agentes-. Una historia curiosa... incluso salió en los periódicos.

-Por mucho que las mires no cambiarán, amigo -decía Horacio entre dientes, recordando las palabras que le dijo a Eduardo el día en el que murió su mujer.

No hubo palabras entre los dos hombres. Un leve gesto de Horacio sirvió para que ambos entendieran: Eduardo no confesaría el secreto de Horacio y el inspector no buscaría nada entre su coartada. Juntos en la fatídica noche, en una mesa de póquer, los hombres sellaron su perdición.

En la mañana del trece de noviembre, Eduardo Quiroga abandonó el faro. No marchó solo.

Se dirigió hacia su el piso inferior, su antiguo espacio y refugio. Huía de la bañera decorada con luces de velatorio y ecos policiales. No lo había olvidado. Lentamente las maderas gastadas crujían inertes, sostenido el propio eco sin resonancia, recordándole que hacía ya dos años que todo había pasado: no fue duro, no hubo dolor ni sentimiento de pérdida. Había vagado como hiciera de niño por los caminos de tierra de Pontelóstrego, ahora

descendía buscando la zona ancha de los escalones de caracol..., la suya. Frente a la puerta de entrada a la zona inferior, ahora lo recordaba todo.

Y el tiempo había pasado y los barcos habían dejado de atracar en el pequeño puerto de Pontelóstrego.

Se sentó y trató de regresar en el tiempo... Se había casado para lograr el perdón. Amanda no era alguien a quien poder cuidar.

-Perdóname, madre.

Descendió y los pensamientos se agolparon, resonaban las palabras cautivas entre los muros del faro y entre las gastadas voces de los amantes. Eduardo se sentó, entre humores negro y melaza.

-No te culpes, mi pequeño. Otros ocuparon su cama.

Tomó aquel primer tomo de la gran enciclopedia y cerró los ojos mientras ellas reían, ella reía. Dos años ya, Amanda Rivera... Él la acaricia suavemente, ascendente y compasivo, mientras ella reía cada noche, cada luna con un caballero diferente, cada amanecer.

-Yo te ayudaré, mi niño. Nunca más estarás solo.

Se carcajeaba cada vez más alto y continuado, bajo la luz penetrante del faro, mientras Eduardo observa las palabras del tomo primero de la gran enciclopedia: acción, su lento acariciar; acción, ágape de fresas y palabras sin sentido; acción, áspera su piel excitada, en un amanecer de deseos y traiciones; acción, atracados los barcos sobre las luces del puerto, andares nerviosos de Eduardo por entre los escaques de su cuarto de promesas..., astutas maniobras para alcanzar su sexo seco. Él la miró una vez más y se levantó, ya exhausto. Una sola palabra: adiós.

-¿Conoces la fábula de la rana y el escorpión, Amanda?

-le preguntó Eduardo en un ocasión.

Jamás lamentó su marcha y ascendió de nuevo y descendió a través de los intrincados caracoles de recuerdos. Y contempló la puerta cerrada y los ecos de Amanda torpemente encerrados en la estructura de

madera, confundidos entre los vientos de poniente y las risas.

-Un escorpión pidió a una rana que la ayudase a pasar el lago.

Sólo veinte peldaños le separaban de su lecho.

-Y la mordedura del escorpión es mortal, mi pequeño. Nunca lo olvides.

Uno a uno, ascendía.

-E hirió mortalmente a la ranita y murieron los dos finalmente.

Y ascendía y descendía hasta que uno de los escalones cedió.

-No pude evitarlo: es mi carácter.

Su pie se encontraba atrancado. Con ambos brazos trató de sacar su pierna encallada, sin conseguirlo. Tres intentos y un pequeño movimiento a la derecha de su pie bastaron para vencer el obstáculo, por fin.

Respiró y bajó la vista, contemplando el boquete. Un pequeño rayo de luz se filtraba por la ventana y se proyectaba en el agujero reflejando un objeto de color castaño. Había algo allí debajo y debía sacarlo. Introdujo, con sumo cuidado, la mano por entre las tablas rotas y extrajo del interior una caja de madera atada con cuerdas que se cruzaban perpendicularmente, como en las envolturas de los regalos de Navidad. Sopló y liberó el polvo almacenado. Estornudó y separó los cordones. Lo abrió. Dentro había un manuscrito bastante antiguo, sin fecha, simplemente se iniciaba:

Mi nombre es Amanda Rivera...

Nací cerca del pueblo. Soy Amanda Rivera, y ha sido ésta mi vida maldita, plena de pecados, y así por ello grandes han sido mis tribulaciones y mi vergüenza. Fue la necesidad la que hasta aquí me ha llevado, y grande la penuria que he sufrido. Fueron copiosos y terribles los sacrificios que, debido a las deudas contraídas, me vi

obligada a cumplir, y he sabido por todo esto, que es el mundo un lugar oscuro cubierto por rayos de sol amables; y es que son largos y tortuosos los caminos que llevan a la salvación, llenos de esquinas ovales están los que nos arrastran hacia el infierno.

Me miro en el espejo y ya no me reconozco.

Desconozco el porqué de mi nombre y soy la hija de una prostituta, Sara Rivera, que ejerció su oficio en la capital. Murió a los pocos meses de nacer yo... dicen algunos que víctima de una enfermedad, otros dicen que se suicidó..., otros que La Compañía se la llevó. Nada más sé de la que fue mi madre.

Dicen que mi padre fue un marinero que le prometió amor eterno. Cuando supo que estaba encinta, se marchó para nunca más regresar.

Yo creo que mi madre murió de pena.

Nunca fui supersticiosa ni he creído en supercherías.

Fui acogida en una buena casa como una hija, la única mujer aparte de mi madre entre tantos hombres (mi padre y dos hermanos más). Evoco de mi infancia una sola escena: mi madre preparaba la cena, con ese pelo negro hermoso siempre recogido, siempre temeroso. Y allí estaba yo, ella, Amanda Rivera con ojos grandes y verdes y pelo negro enredado, bracitos pequeños y débiles que torpes trataban de ayudarla. Me quedaba sentada mirando con ojos enternecidos cómo se secaba el sudor de la frente, observaba tranquila e imitaba sus andares y sus gestos y sus palabras y el sentir de sus ojos. Su madre se gira y le guiña el ojo, sonríe y dispone el dedo corazón sobre los labios. La niña comprende y se zambulle en sus brazos. Aguardaban, aguardaban...

Poco tiempo más tarde llega el padre y sus dos hermanos, serios y rectos, guardando siempre las distancias, disimulando. Acudían en estricto orden hacia una pequeña palangana y se lavaban las manos. Era el padre de la niña el viejo concejal, y le ayudaban los dos

hermanos en las tareas. Eran éstos, niños que fingían ser adultos, hombres que se comportaban como muchachos. Así llegaban unas pequeñas risas y picardías que la niña no entendía, que la madre fingía no escuchar y que el padre no oía para no tener que regañar. Todos se sentaban a la mesa y transcurría la cena, en silencio. Nadie se miraba, todos se evitaban, concentrándose. Comían lentamente, ninguno podía levantarse hasta que el padre (el más pausado de los comensales) hubiese terminado. Y así se consumían: uno lento, y el otro aburrido y cansino esperando al primero, y el segundo aguardando al tercero..., y la comida siempre estaba fría.

Nunca observes el comedor, mi niña, y nunca mires directamente a los ojos del Mal.

Los dos hermanos, llamados William y Benjamín, salían de la casa y marchaban juntos al pueblo. No regresaban hasta ya bien entrada la noche. La niña preguntaba, ellos reían. Dice su madre que son almas perdidas, jugadores. El padre permanecía allí sentado, esperando el café, y fumaba enormes cigarros que invadían la casa de olores secos, que llegaban siempre hasta su cuarto apartado, enfermos y habanos. Y era Amanda curiosa y observaba aquella noche por entre la pequeña abertura de la puerta a su madre, sentada en un sofá, escribiendo, siempre escribiendo, tratando de mantener abiertos los ojos; y a su padre, que fumaba... Y ella siempre evitando mirarle a los ojos.

Pasaron dos horas y el segundo cigarro se consumía entre sus labios mequinos. La pequeña, esperando en la puerta, se había quedado dormida, pero tenía que despertar. Vio a su padre, que se había sentado junto a su madre y trataba de besarla. Ella torcía el gesto para evitarlo, él insistía y tocaba con sus manos la rodilla de ella, que forcejeaba cada vez un poco más. Sus labios se contrajeron y con la pierna izquierda trataba de apartarle, pero no lo conseguía. Forcejearon y la niña mira, ella lloraba, antes, y después también llorará. Él ya no trataba de besarla, sólo

la golpeaba con las caderas, una y otra vez, y respiraba, y respiraba. Al fin terminó.

Él se levantó y la miró y Amanda sólo podía recordar a su padre golpeándola, fuertemente, una y otra vez, mientras su madre se mordía los labios. Y él hablaba, pecado, la golpeaba con la palma de la mano abierta, pecado, y la zarandeaba de un lado a otro de la habitación y ahora él también lloraba... ¡Pequeño animal! La niña corrió a su cuarto asustada. El se volvería y lo sabría. Corrió tras ella, y la puerta se cerró, antes de que él la alcanzase, a ella, a Amanda Rivera, futura esposa de Eduardo Quiroga.

El padre esperó tras la puerta toda la noche, mientras la pequeña le escuchaba respirar. Escuchó cómo la puerta se cerraba, el hondo jadeo de su padre ya sólo era silencio. La niña salió y acudió al comedor, y allí seguía su madre, postrada. Allí estaba ella, con el gesto calmado y los brazos extendidos, desmayada en el suelo. La niña se acercó. Su rostro inerte fue el último poema que nos dejó. La niña lloró largamente hasta la mañana. Sobre la mesa, sus últimos versos:

Ante el espejo, el jugador encontró su rostro,
y es que el asesino siempre olvida algo:
la carta esquiva en un bosque incierto
La miró despacio, reflejo de un perfume derramado.
La partida estaba, al fin, ante el espejo.

El alba despuntó, y allí seguía la niña, tendida junto al cuerpo de su madre. Y la puerta se cerró tras sus pasos. Él la miró, ella se apartó, sólo podía mirarle a través del espejo.

-Nunca mires al Mal de frente, mi pequeña. Nunca.
El padre, con los ojos enrojecidos, retrocedió:
-Es una tunante -dijo-. Ya se levantará.

Pero no lo volvería a hacer. Incluso William y Benjamín derramaron algunas lágrimas. Diez días más tarde aquella niña de pelo enredado y ojos cansados huyó.

Amanda huyó pero yo me quedé encerrada en el espejo.

El manuscrito se interrumpe. El sueño había vencido y Eduardo no oponía resistencia. Mecánico, subió las escaleras que conducían al dormitorio. Con las mismas ropas, tal como estaba, se dejó caer sobre la cama, haciéndose eco de los sueños.

Y es que el asesino siempre olvida algo:
la carta esquivada en un bosque incierto

Fue una noche extraña, lo había olvidado. Eduardo Quiroga se encontraba sumido en un profundo sueño, sobre aquellas sábanas aún impregnadas con su olor. La mano del asesino se acercaba y le tocó, fría como el cuchillo. Aquella tarde de agosto el cuchillo atraviesa accidentalmente su mano. La sangre mana a borbotones. El ojo. Su madre. Grita como el lobo. El bosque. Rodeado de fantasmas que acechan. Porque los fantasmas siempre acechan. En el pueblo de Pontelóstrego, Amanda y él, el otro, William, William Wilson. Ella, con el rostro encendido, carnosos labios, con esos largos cabellos negros, ojos verdes y rasgados, cubierta por un manto. Allí está. Desconfía, pequeño, no te fíes de los jugadores. Esperándole. Los pasos suenan sin eco, sordos en el mar del sueño. Lo olvidaba. La mujer le tiende la mano. Te esperaba, madre. Ven. Una mirada y el lobo: sus dientes, la sonrisa del que olvida algo, del que ha de despertar. El lobo se acerca, deseoso, presa de la ambición. Sus colmillos se abren, la sangre brota en el frenesí, sus fauces hablan de leyendas olvidadas, de futuros derramados. La mujer cayó, lo había olvidado.

Eduardo Quiroga no podía recordar nada de aquel sueño.

Ya ni siquiera pensó en el relato que había leído el día anterior. Simplemente volvían a estar solos, él y su rutina pasada. La lluvia caía incesantemente sobre el mar, repitiendo la tonadilla. Nunca soportó los truenos, desde aquel lejano día en su infancia en el que su padre... Los truenos se ahogaban en recuerdos, en instantes de pensamientos. No podía soportarlo.

No tuve más que hacer uso de mis encantos para hacerme con su confianza. ¿Qué se podía esperar de un hombre más que estupidez? Un par de sonrisas bastaron para comprar su alma.

Eduardo buscó refugio en el pasado y abrió otro de los tomos de la gran enciclopedia: TA-TW. La abrió inconsciente, sabio. TRUENO. Fenómeno natural debido a la electricidad almacenada... Hablaba de cómo en algunas culturas del norte de Europa creían que a partir del trueno surgía la naturaleza, del fenómeno desde el punto de vista científico, de mitología y de religión, y de la simbología inherente, y de esa extraña patología de aquél que siente pánico al escuchar su estruendo...

Mi marido, el suyo, porque escribo estas líneas desde el otro lado del espejo, era espigado y con el rostro redondo, el mentón poco pronunciado, y caminaba con pequeños pasos que muy a menudo le hacían desviarse de su camino. Demasiado familiar.

Se levantó atrapado y cogió de nuevo otro tomo de la enciclopedia y se dispuso a leer. Pero esta vez ni siquiera consiguió comenzar. Una ventana se abrió, impulsada por el fuerte viento. Eduardo se dirigió rápidamente a cerrarla.

Desde el jardín, su madre le llamaba y deliraba. Aún le quedaba un último juego.

Las horas comenzaron a repetirse y a dilatarse: eran indecisas sin nada que hacer, gotas de agua que se

precipitan en un océano sin reflejos. Los años trascurrieron ni veloces ni pesados.

Al amanecer, encontré mi rostro en su espejo.

Un nuevo trueno rompió el instante. Eduardo cerró la ventana. Eran las diez de la mañana y sin embargo todo estaba sumido en la penumbra, presa de la oscuridad callada. Miró y vio a Amanda sentada, mirando un punto incierto del suelo.

-Va a perder la cabeza, mi pequeño. ¿Es lo que queremos?

Amanda se levantó y se dirigió a la cocina. Sus pasos lentos y olvidados, su mirada resplandeciente había perdido el toque seductor de antaño. Era ya sólo un recuerdo, un fantasma venido del futuro. Encendió las luces.

La tormenta no cesaba al otro lado del espejo. Contaba: uno, dos tres, cuatro, cinco... Otro trueno resonó. Uno, dos tres, cuatro, cinco... Las paredes tiemblan ante la impertinente naturaleza. Uno, dos, tres, cua...: la tormenta se acercaba.

Giró el rostro y miró hacia la ventana: un infierno rojo se reía por vez primera de la creación...

-Dime, hijo: ¿qué crees que pensaba cuando asesiné a tu padre?

Eduardo Quiroga subió. Los pasos lentos y arrogantes resonaban en la soledad, aún más tenebrosos. Uno, dos tres... Otra vez..., el estrépito creador. Cada vez más cerca, cada vez más lejos de sí. Ascendió movido por una extraña fuerza. Algo le empujaba.

-Probablemente serán los nervios -pensaba Eduardo en su delirio.

Sara es su nombre.

-No lo olvides, hijo mío. Nunca olvides el secreto. Cuenta, sabrás lo lejana que está la tormenta. Nunca te sucederá nada mientras permanezcas a mi lado...

Y abrió la puerta del baño y echó un vistazo: algo había cambiado y estaba idéntico, quizás había olvidado algo... De nuevo podía ver el cadáver inmóvil de Amanda tendido en las aguas, cubierto de sangre.

-¿Sabías que lo envenené para protegerte?

Ella yacía, sin vida al fin, en tonos grises y ámbar, tranquila ante la muerte, ahora su esposa, ahora su espejo.

-Estoy orgullosa de ti, pequeño.

Eduardo descendió las escaleras. Un paso, dos..., un rumor. Atravesó el pasillo que conducía a la entrada. Golpearon la puerta y su mano se acercó al pomo, mientras Eduardo dudaba si abrir. No conocía a nadie en aquel lugar. Era la hora.

¿Estaba allí?

Quiroga observó a través de la mirilla el jardín de rosas de su madre, su último juego.

-Nunca olvides que siempre estaré junto a ti, mi niño.

Deseaba salir de aquel faro, debía hacerlo.

-A donde quiera que vayas, tu madre estará contigo, mi cielo.

La sombra de Amanda le hubiese ayudado a escapar... El susurro resonó en los tímpanos de Quiroga como un estertor. Abrió la puerta y gritó a la sombra, a la que ya no veía... se sentía incapaz de abandonar el faro.

-Allí estaré contigo, pequeño.

Estaba atrapado. Le hubiese gustado disponer algo para beber y esperar, al amparo de una taza de té, aguardando que la tormenta se lo llevase, sin caer presa del pánico..., el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre las aguas, como un piano al que le faltan las cuerdas. Podría pensar con más calma: la tormenta no amenazaba aquella construcción firme; ni siquiera un tornado sería capaz de moverla. Un trueno más, esta vez más leve, apagado en la lejanía. Ya nada se podía hacer. Valía más no pensarlo, beber su té y afanarse en no olvidar nada...

Un ruido en el piso superior rompió la tranquilidad de Quiroga. Subió y esperó su llegada, sin olvidar una sola de las palabras.

-Lee, mi niño –volvió a repetir desde el jardín de rosas-, lee y confiesa.

Lo hiciste y ahora confiesas.

Ya no lo podías aguantar más.

Lo sabías desde hacía tiempo.

¿Qué se puede esperar de la hija de una prostituta?

Y él estaba allí, cada noche alguien distinto pero idénticos sonidos, cogiendo lo que sólo a ti te pertenecía, Eduardo, tomándola como tú jamás llegaste a poseerla.

Las páginas se rasgaban entre el libro resquebrajado, el libro de las almas muertas que porta Wilson.

Puedo imaginármelos sin cerrar los ojos, abrazados, juntos, postrados en mi propia cama... Ella ríe y habla de ese hombre al que ya abandonó... Y ese hombre soy yo, ahora humillado, ofendido por esa mujer a la que un día salvé.

Mi nombre es Eduardo Quiroga y te hablo desde el otro lado del espejo roto.

Conozco su nombre mezquino: se llama Wilson y la sedujo.

Pero no lo descubrí hasta un mes más tarde. Los vicios menores son siempre delatores del pecado.

-He empezado a fumar.

La observaba. Lo presentía, pero aún quería tener confianza en aquel dulce ángel que un día me dijo “te quiero”...

-Conozco su nombre miserable: William Wilson.

Cogió el libro y se dirigió al piso de abajo, olvidando cerrar la puerta. Los pasos sonaron sin eco. La habitación en la que su mujer dormía ahora... la tormenta había cesado.

Su bello rostro me engañaba en cada gesto, en cada mueca. Aquellos ojos que antaño me miraban con ternura,

eran ahora pupilas de falsedad. Lo sabía pero no quería creerlo... ¿Quién eres, Amanda?

Hasta que lo hice.

-Mañana saldré a las diez de la mañana -le dije-. Tardaré un par de horas.

-Está bien, cariño.

Y salí de casa y me escondí tras el pequeño bosque que rodeaba al faro, muy cerca del pozo. Allí los esperaría. Los mataría a los dos juntos, como a la bruja que ha de ser condenada mientras es presa del frenético pecado.

Y esperé, una hora, dos, incluso tres. Pero no sucedió nada. ¡Qué lista eres, meretriz infame! Sabes que te estoy espiando, o tal vez no quieras arriesgarte, o no hayas tenido tiempo de avisarle...

Días más tarde, Amanda salió de improviso:

-Vuelvo en un par de horas.

Aquel día la seguí a través del bosque.

-Va a encontrarse con su amante -dijo su madre, siempre fiel-. ¿Consentirás una vez más? También yo conozco su nombre, hijo mío, también yo.

Ella se sentó en un árbol mientras Quiroga la observaba camuflado entre la vegetación. Aquel día dudé de mí, quizá no hubiese hecho nada, quizás haya salido a dar sólo un paseo.

-Wilson, Wilson -el eco aún resonaba como un trueno en mi cabeza.

Finalmente llegó y ella se entregó, pecado. ¡Maldita!

Decidí marcharme y urdir mi plan.

-¿Alguna vez te he contado cómo murió tu padre, Eduardo? Dispuse un veneno y se lo di. Mientras le besaba por última vez, creo que sentí algo parecido al amor.

Parecería un accidente.

-El día que mi alma dejó este mundo, mi niño, tú jugabas una partida... Nunca lo olvides.

Madre e hijo sonrieron.

Aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido: Eduardo mantenía la mirada fija, encogida tras lo que creía adivinar como una victoria segura; da Luz sonriente siempre; Horacio sudaba; el hombrecillo tenía suficiente con evitar que los demás jugadores se fijaran en su aguileña nariz. Wilson sonreía, demasiado amable para poder vencer.

-No cometerás adulterio, dicen los mandamientos.

-Hasta Dios te da la razón, mi niño.

Sin embargo, todo tenía que ser perfecto. Sería mientras tomaba un baño. Subí al piso superior y rompí la cerradura

-Lo hice con veneno, mi pequeño.

La habitación en la que Amanda Rivera murió ahogada ahora sonaba plácida. Eduardo Quiroga sintió algo parecido al amor.

La tormenta volvía a acechar a Eduardo. Caminó en círculos a través de la estancia.

-No lo olvides, hijo mío. Nunca olvides el secreto. Cuenta, sabrás lo lejana que está la tormenta. Nunca te sucederá nada, nunca temas mientras estés a mi lado, nunca lo olvides...

La dama atravesaba en camisón el breve pasillo que separaba su dormitorio del cuarto de baño. Le mira. No abre los labios pero habla: "¿Por qué lo hiciste, Quiroga? ¿Por qué?"

-Perdónale. Sólo es un pequeño... sólo es un pequeño. Perdóname, espejo.

Eduardo lee y olvida cada sílaba, porque hay palabras que aún no quiere recordar.

Simplemente presionaría la cara y la introduciría en la bañera. Suavemente, como el verdugo con años de experiencia que obra ya por rutina, sin fallos, sin remordimientos: "No cometerás adulterio".

Me dirigí al piso de arriba y lo hice. Suavemente, con tranquilidad, disfrutando de un momento único e

irrepetible, porque la venganza es siempre única. Mis pasos se dirigieron pausados y acompasados como en un vals: una vuelta, dos, tres. Ese olor a frescor, suavidad y dulzura, el aroma de la mañana fresca. Abrí la puerta y allí estaba. Me miró y me habló y me pidió perdón porque Wilson, lo sospechaba, era por fin real. Abrí la ventana para poder respirar mejor, uno, dos, aspira, expira; aspira, espira... Sus ojos me miraron una vez más, rasgados y bellos como los del pecado original... Me acerqué y, guiado por la música de su sueño, introduje su cabeza en la bañera. Sin sobresaltos, sin pausa, sin rencor, querida mía.

-Siempre he estado allí para ayudarte, mi pequeño –dijo la vieja prostituta Sara Rivera desde su jardín de rosas.

-He tenido que hacerlo, tú bien lo sabes.

-Has sido un buen hijo.

Wilson había llegado por su tributo.

-He venido a por el libro –dijo Wilson circunspecto.

Amanda aún respiraba inconsciente cuando Sara extrajo del vientre de Amanda a dos gemelas: Ana e Isabel Rivera.

Al fin, Eduardo pudo ver el rostro de Sara perdido en el silencio.

-¿Te gustan los puzzles, pequeño?

La prostituta Sara Rivera se alejó hacia las tinieblas llevando consigo, envueltas en un manto, a dos gemelas llamadas Ana e Isabel Rivera.

La pluma se movía pesada, fría. Mientras escribía aquellas líneas todo se volvió claro de nuevo. Eduardo soltó la pluma, tú que ahora me lees... El jugador había despertado, al fin, entre los papeles secos de su propia alma fina, lector y narrador ante su partida en el espejo.

Y Eduardo “el jugador” entregó a Wilson el libro.

CAPÍTULO IV

El Puzle

Cuando era apenas un niño, me soñé. Creo que ahora conozco la identidad de mi inesperado visitante, intuyo que ahora le entiendo, ¿piensa él también en este mismo momento con idéntica lógica? Extiendo mi mano y él extiende la suya, asustados... su rostro refleja mi mismo temor y el mío siente el pánico más atroz.

Cuando era adulto volví a soñarle, mucho más joven y mil veces más anciano. ¿Eres tú quién todas las respuestas conoce? Yo sonrío, es ahora cuando estoy al otro lado del espejo, es ahora cuando mi sueño comienza y despierto.

Es un bosque claro en el que no existen las palabras, es un paraje incierto y una ciudad dormida, soñé mi nombre escrito en otra lengua y por otras manos moldeado, ¿aún era yo?

Estimado hijo:

Siento no poder asistir a tu final de curso, ¿en qué año estás ya? Supongo que te habrás convertido en todo un hombre. Junto con la carta te envío un daguerrotipo que, espero, te acompañe en los momentos de mayor pesar.

Cuéntame de tus compañeros y tus estudios, por favor, cuéntame también de tus pillerías pero, por favor, no lo hagas con tu madre, ya sabes lo nerviosa que se pone. A ella dile que estudias mucho y que todo va viento en popa, aunque no sea así. ¡Cómo me recuerdas mi propia juventud, hijo mío...! ¡Cómo me acuerdo de cuando marchábamos al campo y alguien traía brandy birlado..., a los chicos mayores y algún que otro desliz! ¿Tienes ya novia? Seguro que sí, si es que realmente te pareces tanto a mí como dice tu madre.

Los negocios me impiden prestarte la atención que sin duda te mereces... pero estoy siempre contigo, te tengo

presente tanto en mi corazón como en mis oraciones. Tu madre me habla de tus felices progresos. ¿Querrás seguir también mi carrera? Te espero, hijo mío, te espero con los brazos abiertos y deseo que, algún día, podamos llevar los negocios, padre e hijo al fin.

Tu madre está cada día más obsesionada con esos rompecabezas sin solución y no es la misma. Espero que vuelva con nosotros y abandone la biblioteca, de la que no sale más que para dar algunos paseos por el jardín. Me ha dicho que has heredado su afición por los animales. Me alegro mucho: es una buena mujer que no desea más que nuestra felicidad.

Tuyo siempre,

Tu padre que te quiere

-Toma este anillo, pequeña, te traerá suerte –le dijo su madre a la pequeña Sara Rivera-. Cuenta y sabrás lo lejana que está la tormenta. Nunca te sucederá nada mientras estés a mi lado...

Sara Rivera poseía un drama convertido en obsesión y liberación: los puzles. Desde que era pequeña, casi como en un recuerdo forzado, solía resolverlos junto a él, el único hombre al que realmente pudo estimar (si es que se puede llegar a tener cariño verdadero por un hombre): su padre. Juntos comenzaron a entablar las primeras batallas con las piezas. Primero, pequeños rompecabezas para niños; más tarde, miles de piezas desperdigadas en una gran mesa de caoba dispuesta especialmente para la ocasión; luego, llegarían los juegos esféricos.

-Todo es un juego, mi niña –decía su padre frecuentemente. Sólo años más tarde pudo comprender con exactitud la belleza, complejidad y exactitud de sus palabras-. Piensa en Dios, ¿no está acaso jugando con nosotros? La ciencia sólo es el estudio de ese juego planteado para que nuestra inteligencia pueda desentrañarlo.

Aún lo recordaba envuelto en tinieblas antes de escapar del reflejo, como en un sueño evanescente.

...Y eran puzles sobre el mar y las olas y sobre la capital y sobre un hombre con capa y finas maneras que, inconsciente, se repetía en la parte más oculta del rompecabezas.

Años más tarde, ante sus hijos, recordaría la maldición y buscaría en sus vestigios una respuesta.

-Háblales, ¿qué te dicen?

¿Cómo hablar a unos pedazos de cartón?

Su padre sonreía, al otro lado del espejo, mientras la joven Sara escuchaba con atención y admiración. Su padre resolvía un puzle de mil piezas en pocas horas y pasaba el resto del día leyendo filosofía e historia. Por las noches, daba un beso a Sara y tomaba el caballo. Su madre dormía sola, nunca pareció importarle.

Sara le esperaba hasta que el sueño la vencía..., hasta que, de nuevo, el hombre presente en sus sueños de marioneta volvía.

-Separa primero las piezas del borde y luego observa –decía su padre. Sara miraba los pedazos, esperando no decepcionarle.

-Volveré, mi niña –dijo finalmente a modo de despedida mientras cinchaba el caballo-. Volveré.

Esperó un momento antes de terminarlo, buscándole de nuevo en las piezas. Había estado allí desde el principio sin poder encontrarlo, como siempre que resolvía uno de aquellos rompecabezas, como siempre antes del principio. ¿De dónde sacaba los puzles su padre?

Pero los relinchos del caballo nunca más se escucharon y no regresó, y así Sara Rivera creció en la soledad de un salón de época (su madre ordenó que, hasta el regreso del señor, no habría cambios en el mobiliario de la casa), rodeada de libros de filosofía –los únicos que merecían la pena en opinión de su padre-, y buscando una respuesta en

las piezas que, intransigentes, se obstinaban en mantener su forma.

Sólo faltaba una pieza para terminarlo: se trataba de una calle de la capital, a unas dos horas a caballo del pueblo. La Luna iluminaba unas aceras atestadas de marineros y mujerzuelas, colmadas de luces y colores. A la izquierda del cuadro, un reflejo dorada iluminaba la estancia, en la que casi se podía entrar. Un hombre de rostro pálido que no parecía un marinero se dirigía al interior. Vestía elegante pero un poco raído. Le había llamado la atención desde que las primeras piezas se perfilaron... pero él no estaba aún allí, como si esperase el último momento para entrar.

Estimado hijo:

No te escribo para contarte alegres noticias, sino para – muy egoístamente- hacerte compañero y depositario de mis más hondas preocupaciones.

Creo que he dado con la raíz de todo el problema, y no es otro que la obsesión de tu madre con su padre, tu abuelo. He mandado hacer averiguaciones y, me temo, ha muerto. Desconozco los motivos que le llevaron a abandonar a su familia, pero confieso que puedo llegar a comprenderle como ser humano y sentir su pesar.

No existe mayor dolor en el mundo que abandonar a un hijo, aunque sea para que éste siga su propio camino. Sé lo que piensas, hijo mío, como sé que tus reproches son tan sinceros, admirables y tiernos como lo son mis esfuerzos. Espero que cuando crezcas y te conviertas en un hombre, puedas comprender mis razones y, si no justificarlas, al menos sí valorarlas, llegar a entenderme y sentir el mismo pesar que hoy yo siento por tu abuelo.

Él no volverá y temo que la cordura de tu madre no haga sino empeorar.

No podré estar contigo estas vacaciones. Por favor, cuida de ella como yo mismo lo hago en tu ausencia. Es nuestro deber y sé que, como hijo mío, no existe en tu corazón más pensamiento que la felicidad de tu madre.

Tuyo siempre,
Tu padre.

Fue sólo cuando la última pieza se ajustó con maestría, en ese último acto que llena de satisfacción y gozo al jugador, cuando Sara Rivera le vio una vez más, siempre embutido en oscuros vestidos. Observaba su gesto y no lo reconocía, estaba cubierto de pinceladas negras debido a la sombra que proyectaba su sombrero. Era ese hombre siguiendo a su héroe, que en tantos y tantos puzles volvía a aparecer.

Cuando la enfermedad atacó violentamente a su madre, Sara apenas tenía trece años (la edad justa para no odiarla aún, la edad justa para conservar un buen recuerdo).

-Sífilis –dijo el médico-. Debería recibir medicación y cuidados constantes.

Volvió a su cuarto y desenterró algunos rompecabezas que guardaba afanosamente debajo de su cama: estaba su héroe en el mar, encerrado en un camarote, con aire pensativo escribiendo en un gran libro... con aires distantes de joven señor, de romántico y soñador, de ingenuo bohemio. Tenía el rostro claro y sin barba, y las olas rompían con fuerza sobre las ventanas de su camarote. Un quinqué iluminaba el libro y sus facciones, que parecían querer ocultar la verdad. ¿Le estaba esperando? En la pared, como consumida por el reflejo, había una sombra: ¿era él? ¿Era el hombre que acosaba a su héroe?

Su madre se negó a tomar cualquier tipo de medicación y por doquier se escuchaban los gritos de dolor. Llamaba a su esposo y llamaba a un hijo que perdió cuando aún la pasión corría sus venas.

Había otro puzle: su héroe había llegado a puerto junto con otros compañeros. Llevaba una gran maleta y aquel eterno libro que pendía de su brazo. El semblante era amargo pero sereno, como queriendo buscar entre mujerzuelas y borrachos las respuestas. Estaba perdido y Sara lo percibía en su rostro, también en su reflejo. Aún la

esperaba, como en las novelas que tanto le gustaban... un hombre que encuentra el amor en las cuencas ovaladas de una mujer íntegra, que sufre y muere por ella, para lograr por fin estar juntos. ¿Lo lograría su héroe? Allí estaba de nuevo, esta vez ataviado de marinero, casi imperceptible como siempre. Lo vio sólo en el último momento, con gesto aterrador pero distante, con la mirada difusa del que acecha sin ser visto desde el otro lado del mundo.

Su madre murió a los pocos meses. El matrimonio de la joven Sara Rivera había sido ya planeado.

Estimado hijo:

Te escribo esta vez feliz, exultante. Sara, tu madre, está otra vez encinta. Sólo Dios conoce los milagros de la naturaleza, y sólo a Dios corresponde este bello milagro.

No sé cómo decirte lo feliz que me siento, no sé cómo decirte lo mucho que te añoro y lo feliz que me hacen cada una de tus cartas.

Tu padre.

Esperó frente al altar a que él regresase e impidiese todo aquello. Esperó en el banquete a que él llegase y trajese un puzle envuelto en seda. Esperó durante la luna de mil a que saliese el sol y él llamase a su puerta. Esperó cuando se instalaron en Pontelóstrego, un pequeño pueblo costero.

Esperó cuando nació su primer hijo, Eduardo Quiroga.
-Ya eres abuelo.

Desde la lejanía, quizás él también sonrió y la ayudó a resolver el más intrincado de los puzles.

Estimado hijo:

Tu hermana ha nacido, aunque con una salud precaria. El médico ha dicho que con cuidados no tendríamos que tener problema, pero que tiene dificultades al respirar. Dice que el humo del tabaco dañaría sus pulmones, ¿te lo puedes creer? Los médicos, siempre tan cuidadosos con todo.

Tu madre está feliz por primera vez en mucho tiempo, y espero que pueda, gracias a estas líneas, transmitirte sólo parte de esta felicidad que ahora sentimos.

El resto, la dejo para cuando conozcas a tu hermanita.
Siempre tuyo,
Tu padre.

Un puzle es un juego que consiste en componer determinada figura o dibujo combinando cierto número de pedazos de cartón o madera, en cada uno de los cuales hay una parte de la figura.

¿Se parecía a ella o era su imaginación? Sara Rivera, mujer casada, buscaba aún la verdad de su existencia. Allí estaba ella, no podía creerlo, entre las piezas del rompecabezas: eran sus facciones pero no era ella la que, directamente y sin complejos, la observaba a través de las piezas. Lo primero que compuso fue su rostro, haciendo caso omiso de las precisas reglas para resolver puzles que le había enseñado su padre. El resto de la habitación se compuso lentamente: un tocador y las paredes teñidas de rojo. Los ojos de la muchacha se entornaban ligeramente hacia la izquierda, como esperando la llegada de su caballero. Sobre el tocador había perfumes y ungüentos. Tenía el rostro limpio pero triste, era ella misma.... Las líneas de la propia Sara convertida en una mujerzuela que esperaba a su caballero... Y allí estaba de nuevo. Tuvo que observar detenidamente para encontrarle, oculto bajo uno de los ojos de la propia Sara (así decidió llamarla a partir de ahora). Podía ver su sombrero y humo, siempre humo, porque el Mal siempre vuelve envuelto en hollín.

-Ya cuando era niña, ya cuando mi padre no miraba – decía la aún joven madre al pequeño Eduardo-, comencé a escribir historias que escondía entre las páginas de alguno de sus libros.

Un hombre miraba a través del espejo y la mujer estaba tranquila. Era yo misma en otro tiempo y en otro lugar, era yo misma pero no era yo. Una vez, también yo me miré desde el puzle, en un extraño juego: era yo pero no era yo, y los puzles continuaron y allí estaba su imagen, esta vez hablando con su hombre cerca de un río. Ella los

observaba desde su tocador y se preparaba para el próximo cliente. ¿Quién puede imaginar una vida tan dura? Noto sus párpados llorosos porque ella ya adivina que su marinero la va a abandonar... lo sabe pero día tras día le recibe y le adora y le besa y cada día una pieza de su puzle se compone, Sara Rivera.

El pequeño Eduardo sólo balbuceaba, aún sin poder comprender. No le importaba a su madre que confiaba que, de alguna manera, pudiera recordar sus palabras. Y la pequeña Sara continuó creando historias que nunca más leía porque le daba vergüenza. Hablaban de un hombre que se casa con una mujer a la que no conoce... viven en un faro y un fantasma los acecha.

La otra Sara quiere tener un jardín de rosas... lejos del puerto y del burdel en el que trabaja. La pequeña Sara quiere escapar con el marinero y confiar en que no mienta. Yo, la verdadera Sara, lo sé y trato de avisarla a través de mis páginas y a través de mis sentidos trastocados. No escuches al marinero y piensa en la niña que ya llevas dentro. ¿Cómo has podido dejarte engañar de esa manera, pequeña? Sara compone las piezas de otro puzle y observa a la otra Sara esperando en su última noche al marinero sin nombre.

—¿Conoces la fábula de la rana y el escorpión, pequeña? —preguntaba su padre.

La rutina era sencilla en aquellos tiempos: Sara decidió hacerse cargo de la instrucción de Eduardo, su pequeño benjamín, ante la inutilidad de su ausente marido. Las clases comenzaban con algunas lecciones de lenguaje y matemáticas (ciertamente, un tanto rudimentarias teniendo en cuenta los conocimientos de la madre), para más tarde continuar con lecciones de piano y un breve paseo por el jardín —la parte preferida del chico, al que le gustaba observar las flores, afición que conservó (aunque en secreto) durante toda su vida—.

-¿Por qué papá no juega con nosotros? –preguntaba el pequeño

Querido hijo:

Tu hermana ha muerto.

Sin más noticias,

Tu padre.

-Es un hombre ocupado, Eduardo, muy ocupado.

-¿No nos quiere, mamá?

-No, claro que no –Sara sonrió por primera vez desde que era aún una chiquilla-. Cuando seas mayor, quizá lo comprenderás. También tú serás un hombre, también tú te casarás y tendrás una mujer y un hijo pequeño como tú lo eres ahora.

-No, eso jamás sucederá –dijo Eduardo, notablemente enfadado-. Me quedaré siempre contigo.

Sara baila entre las piezas y, sobre la mesilla, ha dejado un juego de relatos, mira directamente a la otra Sara y baila y danza y la ranita deja que el maligno escorpión la muerda. Vuelve el marinero y ya tiene nombre pero ya no muerde porque ya está muerto.

-Tu padre ha dicho que tenemos que mandarte a la escuela. ¿Quieres eso, Eduardo?

-Quiero quedarme en casa contigo, como siempre.

Bailan en su última noche, como en el cuento que la misma Sara dejó escrito para su Eduardo. ¿Otra mujer? No recuerdo haber estado embarazada, maridito, no puedo recordarlo. ¿No sería otra? ¿Con quién te ves últimamente?

-Tu padre ha dicho que debes ir a la escuela. Allí conocerás a otros niños y podrás jugar con ellos.

-¿Los otros niños también hacen puzles? –preguntó el muchacho.

-Algunos sí, otros no... pero jugaréis a cosas muy interesantes y cuando vuelvas a casa, podremos volver a hacer puzles juntos.

Querido hijo:

Tu madre no ha podido soportarlo, ¿sería posible que vinieses a pasar con ella algunos días? Creo que no ha podido superar la muerte de tu hermanita y temo, de nuevo, por su cordura. Habla con tu abuelo en sueños, yo mismo puedo escucharla desde el otro lado de la casa, yo mismo puedo sentir como la tristeza la devora mientras se refugia en los rincones más tenebrosos de sus recuerdos.

Te necesito, hijo mío.

Tu padre.

El marinero se ha marchado y Sara está enferma y encinta. La imagen ha desaparecido de los cartones y Sara mira el único recuerdo que conserva de su marinero: un daguerrotipo antiguo realizado antes de embarcar, cuando aún era él y no el otro, cuando aún existía en este mundo y no se había tornado escorpión.

Aquella tarde, Sara Rivera escribió acerca de su marido, le aburría todo aquello. Acudió a su dormitorio y abrió un anillo que su madre le dio siendo aún una niña y, despacio, vertió el venenoso contenido en el vaso de vino cercano a la mesilla.

Sí, lo había adivinado: se trataba de un puzle pequeño. Ya quedaban pocos para descubrir la verdad... También la Sara que habitaba en sus puzles llevaba un anillo como el de ella en el dedo anular. ¿También a ti te lo entregó tu madre para protegerte, pequeña? Desde el cartón, Sara la miró y suspiró. ¿Podría resistir los embates del tiempo? ¿Moriría antes de dar a luz a su hija?

Permaneció despierta Sara esperando la llegada de su marido. Como cada noche, regresaba aturdido, un tanto ebrio. Casi pudo escuchar cómo se desplomaba en el piso y exhalaba sus últimos estertores. Quizá lo imaginó o quizá quiso imaginarlo.

El puzle siguiente era, sin embargo, diferente al resto: no quedaba rastro de la prostituta enferma sino que era ella misma la que, a través del reflejo encerrado, vertía el contenido del anillo en el vaso para acabar con la vida de

su marido. En otro espacio del cuadro era él el que se desplomaba rezando gritos terribles contra su hijo. Le había salvado, sin duda... y ahora Eduardo podría soñar con el nombre de su hermana: Amanda, Amanda Rivera, porque el hombre al que Sara un día amó no tenía nombre.

Acudió a la habitación de su hijo y le ayudó a ultimar la maleta.

-Tu padre ha dicho que no quiere volver a verte..., estaré aquí cuando regreses. Estudia mucho y piensa que tu querida madre siempre estará contigo, cuidando de nuestro jardín de rosas.

Querido hijo:

Nuestras almas son fuertes como el roble y puras.

No me juzgues imprudente y confía en tu padre que te quiere. Fue sólo debido a mi preocupación por lo que rebusqué entre los papeles de mi esposa, sólo ello y la desesperación me condujeron a tales hallazgos.

Tu madre ha comenzado a contar historias extrañas sobre una mujer llamada Amanda. Es terrible haber empleado el mismo nombre de su hija muerta para una de las protagonistas de su patraña. Son historias tristes y amenazadoras sobre un faro y alguien que parece ser tú. Ella espera paciente mientras un terrible marido la amenaza. No parece sino parte de nuestra propia historia, sólo que transformada en un terrible relato escrito por un monstruo.

Ella misma se hace presente en el papel de una madre celosa y hostil que quiere, desde el infierno, arrastrar el alma de su hijo. No puedo contarte más porque el propio relato se torna confuso.

Creo que la línea que la unía con la realidad se ha cortado. El otro día me habló de ese hombre, Wilson lo llama ella. He pasado tres días sin despegarme de la habitación contigua a la biblioteca y nadie entró ni nadie salió. Sin embargo, el lunes habló de la presencia de su amigo.

Temo que vaya a hacer algo horrible.

Tu padre.

Su marido jamás despertó de su sueño. Tendría toda la casa para ella sola, para soñar y hacer puzles y esperar el desenlace de la historia que, a la vez, plasmaba la otra Sara sobre el papel torcido. Las criadas fueron despedidas, una sola señora se encargaba de la limpieza de la biblioteca y de sus cansadas dependencias.

Clausuró el resto y esperó.

Como en el puzle la otra Sara esperaba, postrada en el lecho, la llegada de la muerte. Amanda nació, alguien se la llevó entre los sollozos de su madre.

Mientras Sara Rivera esperaba a que su padre resolviese con ella el último puzle.

-¿Es cierto? –preguntaba un Eduardo de diecisiete años.

-¿Qué sucede, mi pequeño?

-En las cartas de mi padre se habla de amantes...

Sara se echó las manos a la cabeza y fingió, por vez primera en su vida, llorar.

-¿Es cierto? –inquirió Eduardo.

-¿Qué podía hacer? Tu padre nunca ha estado con nosotros, bien lo sabes... ¿Cuántas veces ha ido a visitarte?

Sara se giró y se tapó el rostro para que su hijo no la viese llorar.

-Sí, Eduardo, mi pequeño. He sido una mala mujer y no he cumplido con mis obligaciones de esposa..., pero nunca, ni un solo día, he dejado de cumplir con mis devociones de madre.

-Las cartas, madre... las cartas. Dicen que él no ha tenido más remedio que marcharse, que no podía soportarte un momento más.

-¿Por qué ha querido hacerlo, Eduardo? –Se giró hacia su hijo y le miró directamente a los ojos-. ¿Por qué ahora?

-Tengo que dejar esta casa, madre. No puedo seguir viviendo así.

-¿Acaso le has visto en todos estos años? ¿Acaso ha estado el día de tu cumpleaños? Dime, hijo... dime.

No tuvo más remedio que reconocerlo: desde que se había marchado al colegio no había vuelto a ver a su padre. Sólo las cartas, enviadas sin remite y franqueadas desde una localidad cercana, parecían hablar de su existencia. ¿Cómo puede un padre olvidarse así de un hijo? ¿Cómo puede un padre menospreciar a su mujer y abandonarla a su suerte? Sí, sin duda... él era el culpable de todo: culpable de haberse casado con una mujer a la que no quería, de haberla tenido como trofeo y de haberla despreciado.

-¿Estás bien, madre?

-Estoy bien, hijo mío -dijo su madre ya recuperada-. Ahora tranquilo, mi pequeño. ¿Dejarás que esta pobre vieja cuide de ti por unos días? Dime que sí, dime que no me guardas rencor..., dime que otra vez tú y yo volveremos a ordenar el más difícil de los puzles.

-Lo resolveremos, madre, lo haremos.

Sara sonrió contenta, esta vez incluso sincera.

Mientras los puzles desaparecieron, sólo hubo rostros nublados y quedos.

Querido hijo:

Por tu madre he tenido noticias de tus recientes éxitos. Quiero felicitarte y anunciarte mi intención de -tras todos estos años- reunirme contigo. No faltes, hijo mío. Próximamente te escribiré contándote la fecha. Yo mismo te buscaré. Me ilusiona enormemente volver a reunirme contigo tras todos este tiempo en el que, extrañamente, no he sido yo.

¿Has sentido alguna vez que otra persona, con líneas torcidas, compone tu propia historia? Así me siento, extraño. Quizá, cuando sepas la verdad, podrás comprenderme y perdonarme por el terrible daño que te he causado y por mi inexcusable ausencia.

Te echo de menos, hijo mío.

Tu padre.

Aquella noche eran Eduardo, Benjamín, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz aguileña y gesto torcido.

-Wilson, Wilson... extraño nombre –dijo Eduardo al terminar la partida-. ¿Nos conocemos?

-Permítame dudarle, caballero... -respondió el veterano jugador, ya ganador de una partida que nunca debió comenzar-. Permítame dudarle.

-He leído sobre usted. ¿Conocía a mi madre?

Wilson sonrió, sin excusas, sin motivo.

-Hablaban de usted con entusiasmo y admiración. ¿Se ha sentido alguna vez verdaderamente extraño, señor Quiroga...? ¿Ajeno a su propio cuerpo? Sí, con su misma expresión ante el espejo, con el mismo rictus y las mismas ojeras... hasta la misma voz. Pero se mira a los ojos y sabe, seguro, que ya no es usted, que algo ha cambiado... que su alma no le pertenece.

Las palabras resonaban como un eco sobre el alma de Eduardo Quiroga, testigo expreso de un drama creado para él.

-Es usted un buen muchacho, le he visto con la baraja –continuó el insólito interlocutor-. Sé que acude a esta misma mesa cada noche y que se siente atrapado por un juego urdido fatalmente para usted... como si nunca se hubiese levantado de delante de las cartas.

Eduardo le miró de soslayo, temiendo la respuesta que ya conocía.

-¿Qué es lo que teme, Eduardo? –y Wilson sonrió-. ¿Teme la locura de su madre? Déjela escribir, señor Quiroga. ¿Tiene otra manera de escapar? También yo en otros tiempos soñaba con narrar la historia de mi vida de aventuras y... ¡Míreme ahora! Sólo un jugador de una partida que nunca debió celebrarse. Conozco a dos mujeres, en realidad a una sola... Ana hablaba como si fuese su hermana Isabel. Sara soñó una noche y poco a poco el sueño se tornó realidad y la realidad se perdió para

siempre. Se decía: mírala, está loca y greñosa Isabel, ya nadie quiere ir con ella en el pueblo... los muchachos la desprecian y es la vergüenza de la familia. Viven ahora en las afueras, avergonzadas de sus actos. ¿No es triste la locura de quien ya no existe más que en su reflejo?

Eduardo esperó unos momentos antes de poder reaccionar. Conocía la verdad sobre su madre, y también la mentira montada sobre todo y sobre él mismo. ¿Por qué seguir haciéndolo? ¿Por qué mantener la ficción? La quería, a pesar de los embustes y engaños... la quería. La primera correspondencia era amable y sincera... luego la letra cambió y se tornó femenina, llena de reproches hacia su mujer, hacia ella misma. ¿Lo sabía aquel hombre que ahora estaba ante él?

Aquella noche volvería a casa, ya bastaba de pulular entre tabernas y dormir en el piso de arriba de algún antro. Aquella noche, al fin, regresaba el hijo. En silencio lo había soñado: sí, esta noche me volveré a encontrar con mi padre. Lo había soñado, casi para poder despertarse y enfrentarse a su triste realidad. ¿Lograría que así su padre apareciese? La comprendía también, embutida en puzles. Sería aquella noche en la que, otra vez juntos, compusiesen el último, también el más cercano.

-Me esperan, señor Wilson –dijo Eduardo al fin.

-Claro, señor Rivera. No tenga reparo. Yo aún permaneceré unos momentos más por aquí. Al igual que usted, también yo espero a alguien. Todos lo hacemos en algún sentido, ¿verdad?

No le faltaba razón a aquel hombre. En algún lugar de sus ojos, Eduardo Quiroga pudo leer también su historia, la del señor Wilson, enviado especial a un teatro de marionetas sin público.

-Antes de irse, tengo algo para usted –dijo Wilson mientras extraía la última de las cartas que Eduardo recibiría de su padre. Allí estaba, para volver de entre las sombras.

Querido hijo:

Desde las sombras, yo te llamo... desde los confines del tiempo, te busco. ¿De qué me quieres acusar? Llené su vaso con el veneno del odio. ¿Cómo perdonarle? Escucha, hijo mío, mi lamento.

Le vi agonizar. Me escondí justo para que no pudiera verme, justo para poder escuchar sus pequeños estertores de hombre ruín y mezquino. Ése, sólo ése, era tu padre.

Fue mi historia como tantas otras: mi madre también agonizaba cuando fue acordado mi matrimonio, también yo soñaba, como tú ahora, con volver a encontrar a mi padre. Sí, no sólo heredamos el rostro y las facultades, también la peor de las miserias y la más sublime de las bondades. Cuando era niña juntos, él y yo, componíamos rompecabezas, bien lo sabes. Ahora le espero y escribo como si fuera tu padre, como si fuera el mío. ¿Me engaño? Eres demasiado joven para poder aceptarlo, demasiado mayor para querer comprenderlo. ¿Has conocido ya al señor Wilson? Una noche le conté mi historia en pasos quebrados y juntos terminamos un rompecabezas. Fue hace mucho tiempo, en la misma noche clara en la que tu padre murió.

Poco queda por contar, sólo despedirme, sólo implorar y exigir no tu perdón sino tu misericordia, no tus miserias sino tus lamentos. Algún día, hijo mío, comprenderás que no es tu madre quien escribe estas líneas manchadas de sangre y piezas rotas, de la más negra bilis de ser humano alguno.

Ya no hallarás mis papeles en la biblioteca, ya no encontrarás mis historias fingidas ni las muertes ni las luces de los faros en la noche. Contigo marchará una mujer obsesionada con un padre muerto, porque muerto está... ella misma también acabó con su vida como yo misma me encargué de entregarte a ti idéntico regalo. Mejor vivir con un recuerdo amable que con un presente muerto.

Llueve otra vez en esta noche clara, parece que alguien llama a la puerta. Creo que sé quién es.

La carta terminaba ahí. Wilson le miró fijamente, como si conociera ya de antemano el contenido del mensaje. Se estrecharon los dos hombres la mano, como viejos amigos. Wilson se embutió su sombrero y su capa, Eduardo partió hacia esa noche clara, quizá llueva esta vez en la biblioteca, quizás el rabino cuente la historia de Isabel y su padre, que hace mucho tiempo partieron hacia un lugar remoto para olvidar su pasado.

Fue quizás en ese momento cuando recordó aquella ya lejana primera carta, junto con la carta te envió un daguerrotipo que, espero, te acompañe en los momentos de mayor pesar. ¿Era ése su padre? Le había reconocido antes de que entrase, antes de repartir los naipes en la mesa. No, un padre jamás perderá en una mesa de juego, como un escorpión jamás permitirá que no triunfe su carácter. Extrajo la vieja fotografía de su americana y se dijo lo que ya sabía, lo que nunca había olvidado.

Allí estaban los rasgos y la conciencia de Wilson, del mismo hombre que, minutos antes, los había “desplumado” en la mesa de juego. ¿Su padre? En aquel momento la pudo entender... tantos y tantos años ocultando la verdad a su hijo... ¿Una asesina? Una madre, al fin y al cabo. Esperaba que, quizás algún día, volviese a reunirse por fin con él.

-¿Aún le esperas? —preguntaría por última vez, antes de marchar, esta vez para siempre.

-Como tú, aún le espero.

-Gracias —y Eduardo besó el rostro sincero de Sara, su madre. Gracias, madre, gracias.

Sobre la mesilla de la sala de espera depositó la fotografía de Wilson, quizá la única que se conserva. Sara le reconoció al instante y también ella, por un momento, pudo soñar con su padre muerto.

Sara Rivera compuso mil historias que, aún hoy, se guardan en aquella gran biblioteca. Murió un día, también de fuertes toses como su madre. Dicen que la noche de su muerte recibió una visita, y que la anciana se tornó en niña por unos momentos.

-¿Lo solucionaste al fin, pequeña?

-Lo logré, papá. Lo logré.

En un volumen perdido, aún yacen las historias de Amanda Rivera y su esposo, las de sus madres, sus desagradecidos maridos, y las historias de un tal William Wilson que, dicen, siempre se cumplen y vuelven para no ser leídas.

-Los libros mienten, mi pequeña. Nunca lo olvides... pero no hay mayor verdad que la que se encuentra en ellos encerrada, aunque a veces seamos incapaces de escuchar sus palabras.

-¿Mienten los puzles, padre?

-No, mi niña, no pueden mentir.

Eduardo Quiroga tomó las cartas y las dejó en la biblioteca entre los papeles de su madre. Salió de la casa una mañana clara, mientras Sara aún dormía. Llegó al pueblo y miró por última vez la bruma, por última vez la Luna y el mar.

¿Volvería a encontrar a Wilson?

Quizá no.

CAPÍTULO V

Dos Hermanas

Era un lugar perdido en mi memoria y allí estaban todos los que alguna vez había conocido, en sus ojos tristes y esplendorosos, más allá del espejo ante el que comenzó ya mi débil historia. Me pienso ajeno, como en el reflejo del agua de la que un día nací, hace ya más de mil años cientos.

Las paredes se doblan y los bordes del espejo se despegan de mi piel, qué placer poder arrancármela. Ahora vuelvo, entre esos dos mundos que me pertenecen, entre las sombras y el cielo. ¿A dónde fue mi sombra? La busco en los rincones de mi ciudad y en esos mis recuerdos culpables. Ya soy presa y cazador, y sé que ese reflejo que al principio del relato me contemplaba, ahora escapa de mis palabras y entendimiento. Ahora comprendo y ahora me huyo, más tarde sus palabras me encontrarán en sus recuerdos.

Creo que alguien me acecha.

Cuenta la leyenda que al frente de la comitiva de La Santa Compañía camina una mujer humana portando una cruz.

Cuenta que aquélla que la cruz ha de portar ha nacido de un demonio y que ha sido criada por Lilith, reina de las lamias todas.

Fue extraída del vientre de su madre desgarrada.

Y criada en el reino de Azilut, entre remolinos y huracanes que arañan la piel, en un lugar en el que sólo los malditos pueden habitar.

Algunos han escuchado su nombre: Rivera, Anabel Rivera.

Dicen que es la hija de dos hermanos y que por eso dos hermanas es.

Su alma no pertenece a este mundo pero en la tierra seca tiene su sello.

La noche centelleaba, palpitante de reflejos y pálida, iluminada siempre por el reflejo de la Luna sobre sus aguas. El camino se extendía llano sobre la costa, conduciendo hacia el faro, desde hacía ya muchos años apagado. En un viejo reino junto al mar, el aire estaba apagado, henchido de humedad sin viento, suspendido en las tinieblas del faro imponente, casi invisible. Las aguas silenciosas apenas permitían entrever algunos ecos, monocordes, casi crepitando en un susurro.

Isabel aceptó y le confesó su secreto, ahogado hacía tiempo en el agua, donde yacía por siempre Anabel Rivera.

A la sombra del faro, una casa, una luz en la ventana. Una puerta entreabierta....

-Esta vez será la última —dijo Benjamín da Luz con el acento propio del ebrio-. ¡Nunca más! Será una última vez..., por los viejos tiempos.

Un hombre de fina capa y bellas maneras,
con viles misterios y entretejidos argumentos,
propone un mismo juego a dos hermanas:

Ana le miró fijamente, tratando de escuchar más allá de sus palabras.

un alma a cambio de un secreto.

A las dos el mismo juego,

las dos igual respuesta.

-Todo ha salido mal, Ana —repetía Benjamín-. Lo tenía hecho, estaba bien atado, sólo una mala mano en el último minuto y se terminó... Pero Ana, ahora he de pagar mi deuda, te ruego me ayudes... ¡Será de veras la última vez!

-Siempre es una mano, Benjamín —Ana Rivera hablaba tranquila, pausada, buscando un atisbo de comprensión en su rostro-. Si no es una mala jugada es alguien que ha hecho trampas, desde luego..., pero al que sólo tú en la mesa debes dinero.

Anabel Rivera era hija de campesinos y criada como campesina, algún día encontraría a ese hombre de pelo cano, amable con sus hijos y comprensivo siempre con su esposa... Un hombre de su casa, un buen hombre.

-Te lo ruego, cariño... Debes ayudarme sólo por esta vez, debemos encontrar una solución. Podríamos al fin ser felices, mucho más allá de este lugar... los dos solos.

-Hace tanto tiempo que repites lo mismo, Benjamín. Hace ya tanto tiempo que vengo escuchando esta misma cantinela.

Contaba con catorce años y paseaba sus mejores vestidos por el pueblo, orgullosa siempre. Eran prendas sencillas, propias de una campesina... y caminaba entre el gentío a la distancia suficiente para ser observada, eternamente coqueta. Miraba Anabel Rivera de reojo mientras una tonadilla entonaba.

-¡No esta vez, Ana, no esta vez!

-¿Volverás a jugar, Benjamín? -preguntó Ana.

-Nunca más -Benjamín se llevó la mano al pecho y cerró los ojos-. Prometo nunca más volver.

-¿Quién es? -preguntaba algún muchacho.

-Es Anabel Rivera, la chica más hermosa del pueblo, desde luego.

-¿Tiene ya quien la corteje?

-Todo el pueblo la corteja. Ella es la gran belleza y no pertenece a nadie porque nadie de entre nosotros la merece.

-Dicen que tiene una hermana, pobrecilla...

-¿Qué le sucedió?

-La criatura de Dios nació algo retrasada...

-Y parece que la cosa empeora...

-Y ni siquiera ha conseguido articular una sola palabra desde el día en que vio la luz. Sólo balbucea y corre, siempre corre como escapando de un fantasma.

-No permiten que nadie la vea, dicen que es como un animal desenfrenado y que incluso atacó una noche a un hombre.

-¡Pero mírala a ella! Parece tan normal, tan hermosa y lozana, Anabel Rivera... Cuesta creer que del mismo seno puedan surgir dos criaturas tan diferentes...

Ana se levantó en silencio y, muy lentamente, caminó unos pasos hasta un biombo cercano. Benjamín permaneció inmóvil, sonriente, mientras Ana corría las paredes de la pantalla para evitar ser vista. Tras unas cajas se escondía un pequeño sobre del cual extrajo algunos billetes. Se dirigió de nuevo a la estancia, en la cual esperaba Benjamín haciendo ímprobos esfuerzos por mantenerse erguido.

-La última vez, Benjamín -dijo Ana circunspecta.

Benjamín da Luz sonrió, la partida aún no había terminado.

Anabel Rivera caminaba feliz, ajena a los comentarios, a veces malintencionados; otras, compasivos. Era muy joven, demasiado para comprender la naturaleza de las habladuras y demasiado hermosa como para ignorarlas, con esa picardía tan pubescente que sólo a esa edad es todavía inmaculada. Se mostraba radiante mientras deambulaba alegre por las calles y eran alegres cuando canturreaba alguna cancioncilla.

La luz se filtraba tenue por el leve espacio entre la cortina y la ventana, dejando la habitación casi en penumbra. Apenas se dejaban ver dos sombras, Ana y su hermana, Isabel que, como era muda, se comunicaba escribiendo sus mensajes en una libreta.

Todo cambiaba al regresar. Su madre había muerto al nacer ella y su padre se había convertido en un individuo taciturno, triste a causa de la extraña enfermedad que mantenía a su hermana indispuesta..., ninguna esperanza

restaba salvo la de esperar su muerte. Dijeron los sabios que no viviría más de diez años, que su cuerpo estaba demasiado contrahecho, y que ya era un milagro que hubiera nacido... pero allí continuaba un año tras otro.

-¿Terminaste cediendo, verdad? –escribió rápidamente Isabel en una libreta no más grande que su encanecida mano.

-Será la última, esta vez le he creído – respondió Ana tras leer la nota de su hermana y hacer una larga pausa.

-Querida Anabel –decía su padre-, no sabes la desgracia que nos ha tocado, apenas puedes verlo... Tu hermana es una muchacha “especial”. A veces, el Cielo nos condena con cargas demasiado pesadas para nuestros hombros. Nos lo muestra la Biblia, Anabel, en el libro de Job, entre el de Esther y los Salmos: Job era un hombre bueno, pero Dios quiso poner a prueba su fe arrebatándoselo todo... Así Dios nos ha puesto esta prueba ante nosotros para probar nuestra fe.

-Nos utiliza –el lápiz se deslizaba frenético entre sus dedos ancianos pero enérgicos. Isabel miraba fijamente a su hermana y no necesitaba descansar un solo momento, escribiendo sin mirar al papel.

-Esta vez sí, hermanita.

-¿Por qué es así mi hermana, papá? –preguntaba entonces una pequeña Anabel Rivera.

-¡Idiota! –escribió Isabel lacónica.

-Me ha dicho que podremos irnos juntos los dos, alejarnos al fin de este lugar.

-Nadie lo sabe, Anabel, nadie lo sabe. A veces el cielo nos condena por nuestros pecados. Son nuestras faltas y las de la humanidad entera y por eso es tan difícil soportarlo, mi niña.

-Sólo quiere tu dinero –escribió Isabel.

-¿Sería mejor que estuviese muerta, papá? –preguntaba con inocencia la bella niña.

-¿Acaso no puedes creer que él me quiere y que sólo está atravesando un mal momento? –protestaba Ana.

-Ellos lo saben –volvió a escribir la hermana muda y dejó caer la nota en el impoluto suelo de la cabaña.

-A veces pienso que sí, pequeña. Todos los días me hago esa pregunta y sólo puedo llegar a una respuesta –sentencio su padre pensativo.

Anabel era sólo una niña y apenas llegaba a entender el verdadero significado de las palabras que su querido padre pronunciaba.

-¿Qué saben, hermanita, qué necesitan saber? Ellos deberían callarse y olvidarse de los demás.

-Ellos lo saben, Ana.

-¿Quiénes son ellos? ¿Los del pueblo? ¿Quiénes, Isabel?

-Lo saben –rezaba repetida la nota.

Anabel comenzó a pensarlo poco a poco. Sus paseos era cada vez más silenciosos. Ahora caminaba cavilosa, sumida en sus pensamientos, recapacitando y madurándolo. No se trataba de una cuestión moral, ni siquiera ética, sino de un problema práctico que había que solucionar, y todo sin que nadie se enterara ni sospechara. No iba a cometer un crimen ni a hacer una travesura de niña, iba a cumplir con lo que había que realizar para liberar a su hermana y a su padre de su carga... y a ella misma de los comentarios maliciosos que pesaban sobre los suyos. ¿Cómo puede una chica encontrar un buen marido con una hermana así?

-Se ríen de nosotras, sí. ¿Por qué no iban a hacerlo? ¿Qué puedo hacer con una hermana impedida y muda? ¿Quieres arrastrarme contigo, hermanita? ¿Eso es lo que quieres? Además de una tullida vergonzosa eres una desagradecida... tantos y tantos años cuidando de ti. ¿No merezco acaso un buen hombre que me quiera por mí misma? Se me escapa la juventud... Y tal vez ahora tenga una esperanza.

—¡Vieja loca! —borroneó Isabel en su papel, ya casi a punto de agotarse.

¿Por qué esperar? La propia naturaleza sin duda lo haría más tarde o temprano, se encargaría de finalizar su propio error, el que cometió dejando que su hermana naciera... ¿Qué había de malo en ello? Nada. Su padre le había enseñado eso.

—Lo único que no soportas es que sea a mí a la que él quiere, Isabel... Eso te carcome cada día y no puedes olvidarlo.

—Compórtate siempre como dicten tus sentimientos, mi ángel —decía su padre—, y no dejes nunca que nada ni nadie gobierne tus actos..., ni aquéllos que te critiquen, ni los que amarás, ni los que alguna vez te den consejos. Ni siquiera escuches mis tristes lecciones, escucha sólo tu corazón.

—¡Borracho! —Concluyó Isabel, marcando el punto final con arrogante gesto.

—Así lo haré, papá, así lo haré —dijo Anabel Rivera en silencio—. Cumpliré con lo que está establecido.

—No eres más que una tullida vieja y envidiosa. ¿Vas a retenerme de nuevo, hermanita? Me gustaría verlo. Volverá, claro que Benjamín volverá. ¿Sabes por qué? Porque a pesar de que eres un lagarto tienes razón en algunas cosas. Sí, es un borracho y un pendenciero, lo sé... y por eso sé que volverá.

Aquella hermana era como un animal. ¿Acaso temía una oveja su propia muerte? Era poco probable, así como tampoco imaginaba que llegaría el día de ser trasquilada, ni temía asimismo la llegada del lobo. No había nada malo, no. Luego ya no habría nadie que perturbase los sueños de su padre ni los suyos... Y pronto la hierba volvería a crecer, y las vacas volverían a dar leche. Están asustadas, Anabel Rivera, no dan leche porque están asustadas.

—Sólo quiere tu dinero —garabateó Isabel en un nuevo papel.

-Es mi poder, hermanita... y por eso sé que nunca me dejará marchar, y que cada noche volverá a mí para pedir más y nunca sabrá si lo tenemos o no. Es mi poder y lo usaré como tú usas el tuyo, vieja muda.

-Pronto todo sería diferente, muy pronto –se decía una niña llamada Anabel Rivera.

Isabel permaneció inmóvil y pensativa.

-No creas que no te tengo calada, tullida –continuó Ana-. Sé lo que piensas y sientes porque, nunca lo olvidas, somos hermanas hasta la muerte. Te carcomes de envidia por no poder tenerle y por ser una meretriz que no puede ejercer su oficio... ¿Querías estar ahora junto a él? Dime qué sientes cuando me abraza, dime qué sientes cuando permaneces escuchando desde la otra habitación, cuando me dice palabras de amor y cuando nos escuchas gemir... ¿No eres tú la que quiere estar entre sus labios de mentiroso?

Pero, ¿cómo hacerlo? Su hermana era una chica estúpida, pero también era un animal sin domesticar, una auténtica fiera salvaje. Tan fuerte era que ni los hombres más enérgicos osaban acercarse a sus tierras. Debería engañarla, sí, pero: ¿cómo? Aquel ser no entendía una sola palabra de lo que se le decía, sólo era capaz de emitir leves balbuceos, gemidos a veces... No obedecía, tan sólo a sus instintos más primarios..., comer, beber y poco más, muy poco más. Habría que atacarla en sus inclinaciones primeras. ¿Bastaría un mendrugo de pan? ¿O acaso sería mejor un poco de fruta? ¡Sí, eso sí le gustaba! Recordaba como su padre había instaurado, hacía ya algunos años, un sistema de premios y castigos para tratar de instruirla en las costumbres de los seres humanos. Fue todo inútil y fracasó estrepitosamente, pero había algo de lo que ahora podía sacar una enseñanza: a aquella bestia le encantaba la fruta, había que haberla visto devorar los racimos de uvas, enteros, casi sin masticarlos. Le pareció algo irónico, al fin y al cabo su anárquica hermana poseía un fondo dulce.

Isabel guardó la libreta y apartó la mirada.

-Por buscona te arrancaron la lengua y sellaron tus entrañas, hermanita -sentenció Ana mientras cerraba la puerta. Isabel permaneció postrada, inmóvil.

Benjamín se apresuró por entre la vereda rodeada de densos matorrales, queriendo escapar rápidamente de aquel espectáculo dantesco que había tenido que soportar.

-Unas pocas palabras -pensó- y harán lo que yo desee que haga....

Su destino se divisaba. Se podía escuchar ya el leve murmullo de las gentes en el interior del local, los gritos de algunas mujeres, la algarabía general. Benjamín da Luz entró. Se trataba de una típica taberna: la barra al fondo, los borrachos de siempre en primer plano. Nada había cambiado mucho, eran los mismos rostros que había dejado hacía apenas un par de horas. Se abrió paso entre la multitud, entre las mujeres que prometían cariño por media hora, entre los borrachos que prometían compañía a cambio de una bebida.

En la trastienda esperaban ya cuatro hombres.

-¿Has traído el dinero, Benjamín? -preguntó el peor encarado de ellos-. Ya sabes que sin dinero no hay partida.

-Por supuesto -respondió Benjamín da Luz-. Espero que tengas tú también mi dinero, esta noche pienso recuperarlo.

-Claro. Nuestra suerte cambiará tarde o temprano -sonrió su interlocutor, todavía con ganancias en el bolsillo.

Aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido

-Tenemos un nuevo compañero de mesa -dijo Horacio-. Espero que no te importe. Se trata de un nuevo jugador, el señor...

-William Wilson -interrumpió éste presentándose.

-Es un placer, señor Wilson -dijo Benjamín mientras le estrechaba la mano, sin mirar nunca su rostro, como los

jugadores que se sienten intimidados desde un principio, a los que sólo resta esperar que las cartas sean repartidas para perder la mano.

-Espero que sea una buena partida, mi nuevo amigo – dijo William Wilson.

-Lo será, créame –finalizó Benjamín.

William Wilson vestía elegantemente, casi a la antigua dado los tiempos que corrían.

Rallaba ya la madrugada y los jugadores lucían rostros de cansancio, todos menos William Wilson. Benjamín da Luz lo había perdido todo, también sus compañeros.

Anabel Rivera sonrió ante su pensamiento.

Ana soñó aquella noche con una mujer que lentamente deslizaba sus dedos sobre las aguas de ritmo suave. Se tornaba su negra cabellera poco a poco blanquecina, envejeciendo rápidamente. Miró la mujer finalmente a Ana y, al pronunciar su nombre, despertó. ¿Lucía el sol?

Pero, ¿cómo? Su hermana tenía al menos la fuerza de diez hombres. Podría utilizar una azada de su padre y golpearla en la cabeza: ¿y si no se desmoronaba? ¿Y si se mantenía en pie tras el golpe? Incluso ayudada por un instrumento contundente, Anabel carecía de la fuerza necesaria... Probablemente se tambalearía un poco y luego se levantaría, tras lo cual se abalanzaría sobre ella con su descarnada animalidad. No, un golpe no bastaría. Además, ¿cómo sabría si estaba muerta? Fue algo que siempre la había intrigado.

Ya asomaba el rayo verde en la casa de Ana e Isabel Rivera.

-Cuando una persona buena muere, mi niña –decía su padre-, se ve en el cielo un resplandor, un gran rayo verde que cubre el horizonte y entonces las nubes se disipan, mi pequeña Anabel.

-¿Y qué sucede cuando una persona mala muere?

-La tierra tiembla, pequeña Anabel, porque va al infierno... Tu hermana no es ni buena ni mala, es un ser sin la conciencia sobre el bien y el mal, por eso, debemos mostrar compasión con ella, porque no nació con la misma virtud con la tú fuiste bendecida: el alma –vagas explicaciones que no resolvían su problema: ¿Cómo saber si su hermana estaba al fin muerta?

-Papá, ¿un perro tiene alma como tú y yo?

-No, Anabel, un perro no tiene alma.

-Pero los perros son buenos, porque cuidan de las ovejas y nos ayudan y nos quieren. ¿A qué sí, papá?

-Pero no tienen alma, eso nos enseña la Biblia, que es el libro de Dios.

-¿Cómo mi hermana? ¿Un perrito no tiene alma como le pasa a mi desalmada hermana?

-Así es, Anabel, así es.

-¿Entonces porque nuestro perro es bueno con nosotros y ella nos causa tanto mal?

-Tienes que ser buena y compasiva con tu hermana, Anabel, porque también es hija de Dios, y con tu perro, porque cuida de las ovejas y de nosotros. Los dos son buenos, Anabel.

-¿Irá al Cielo entonces mi hermana aunque asuste a los vecinos y seque las vacas, papá?

-Claro que sí, mi niña. Tu hermanita irá al Cielo porque no puede elegir, como tú o yo.

¡Qué niña más buena eres, Anabel, qué niña más preciosa!

Ana preparaba ya la cena mientras Isabel permanecía sentada contemplando el exterior. Sentía cómo el mar estaba enfurecido aunque todavía se manifestara tranquilo, curiosamente reposado, con esa calma tensa que siempre precede a la tormenta. Ana e Isabel Rivera.

-¿Volverá él hoy, Ana? –escribió Isabel segura en una nota a la que su hermana apenas prestó atención-. ¿Aún le

queda dinero? –volvió a preguntar mientras ya escribía la siguiente.

Después de tantas preguntas, todo había quedado aclarado. Su hermana iría al Cielo. Por eso, resplandecería y un rayo verde eclipsaría el horizonte. Así sabría si aquella fiera estaba muerta o no. La noche sería el momento ideal, ya que podría ver con total claridad el resplandor.

-Hoy vendrá, pero sólo para verme a mí, Isabel.

-¿Matrimonio tal vez? ¿Será hoy el gran día? Ése que tanto has estado esperando –y Ana calló.

Un golpe con la azada no podría ser, porque quizá sólo se desplomase. Entonces lo recordó: había un pozo muy cerca de su casa, en medio del bosque, rodeado por árboles. Un lugar por el que nadie se acercaba de noche por miedo a los lobos.

-¡Corre a por el vestido novia, Ana!

-Tú sí vestirás de blanco, Isabel, sí... muy pronto.

-Tú bordarás mi mortaja –la muda entregó esta nota despacio, con tiempo y teatralidad.

-¿Recuerdas a nuestra madre?

-No –fue la breve nota de su hermana.

-¿Qué pasaría si me caigo al pozo que hay en el bosque y nadie me encuentra, papá?

-Ese pozo está seco, Anabel, más de una vez he dicho que deberían tapiarlo. Es un peligro para todos: cualquier persona que se cayera moriría por la caída, está totalmente seco, Anabel.

-Yo tampoco recuerdo a nuestra madre. En el pueblo dicen que era una bruja venida del mismo infierno.

-Habladurías de aldeanos.

-Lo sé, mi querida Isabel, lo sé –dijo Ana segura-. Entiendo que no te gusten las habladurías, es normal.

No hubo nota esta vez.

Rodeado por mil veredas, oculto entre los árboles, donde sólo los seres más viles se atrevían a adentrarse... En lo más profundo del bosque, el pozo esperaba.

-¿No fueron las habladurías las que hicieron que te cortasen la lengua, Isabel? Yo estaba allí ese día, mirando desde abajo. Leyeron las acusaciones en la misma plaza, ante nuestro padre.

-No era nuestro padre —rezaba la nota.

-Lo sé, pero nos crió bien. ¡Fíjate... a mis años y a punto de casarme! ¿Te lo puedes creer, hermanita?

Ana se echó a llorar fingidamente, bajo la mirada impertérrita de Isabel, que escribió una nueva nota.

La noche cayó sobre la cabaña y la hermosa Anabel permanecía despierta, sentada sobre la cama en posición erguida. Era una noche despejada y las aves estaban en calma. Sólo se escuchaban los lamentos de su endiablada hermana en el establo, emitiendo sonidos y gritando, como hacía cada noche hasta caer rendida por el cansancio.

-¿Cuánto dinero nos queda? —escribió con tristeza Isabel.

-Suficiente, hermanita, suficiente. Si no, siempre puedes volver a tu antiguo oficio —respondió Ana-. ¿Cuál era? Ah, sí, ya recuerdo... ¿Prostituta? —Ana, que seguía preparando la comida, ya no miraba a Isabel-. Eras buena en tu trabajo, hermanita, muy buena... Los más viejos aún te recuerdan..., suelen comentarlo en la taberna..., ¿habladurías?

-El borracho te arruinará —la nota estaba escrita con letra torcida y nerviosa.

Anabel Rivera salió con pasos temerosos de su habitación y recorrió las escaleras descalza, confiando en que el crujir de las maderas no despertase a su padre. Se adentró en su dormitorio y cogió el juego de llaves. Se dirigió a la cocina y tomó un plato, no demasiado pequeño ni excesivamente grande..., abrió la cerradura de la despensa y dispuso algunos alimentos: dos fresas, algún mendrugo de pan también, un pequeño trozo de tarta, varias cerezas y un saquito de azúcar (tenía presente que a

su amargada hermana le encantaban los dulces). Cerró con esmero y tomó un candil que encendió.

-Lo sé, hermanita, lo sé... pero es nuestro dinero, recuérdalo. Una vez estuvimos ante un pozo, ¿te acuerdas?

Salió y se dirigió al establo. Frente a la puerta de entrada, depositó el plato en el suelo y abrió lentamente, con cuidado y casi mimo, para evitar que su hermana la golpease y se escapara. No hubo ningún ruido: aquella fiera dormía plácidamente. Los ojos de los animales, aún asustados por los chillidos de su hermana, permanecían impávidos, inmóviles pero atentos. Cerró la puerta tras de sí después de volver a coger las frutas y dulces. Dio dos vueltas a la llave para asegurarse de que la cerradura no cediese. Al fondo, una larga escalera de mano ascendía hasta el pajar. En lo alto, estaba el lugar donde descansaba su hermana, allí suspendida. Depositó el plato sobre el piso y ocultó con su mano las dos fresas.

-No.

-Yo sí, querida Isabel, lo recuerdo perfectamente. ¿Por qué no gritaste, hermanita? ¿Por qué no alzaste tu estupenda voz pidiendo ayuda? Ah, sí, ya me acuerdo... te cortaron la lengua. Una mujer sin lengua resulta aún menos atractiva y, sobre todo, mucho menos mentirosa, ¿tengo razón? Tendrías que haber visto la cara de nuestro padre, tendrías que haberla visto... No pudo mirar cuando sellaron tu sexo, eso sí que no pudo soportarlo. Pero era un buen hombre y se mantuvo firme hasta el final, sin desfallecer en ningún momento. ¿No fue él mismo parte del jurado que te condenó, querida?

Esta vez, la vieja muda entregó una nota en blanco a su hermana acompañada de una sonrisa.

-¡Hermana, hermanita! Tengo algo para ti.

-Él mismo te condenó, Isabel. Aún puedo escucharlo sin cerrar los ojos... ¡Prostituta!, gritaban todos... ¡Bruja!, maldecían otros. Yo estaba tranquila, hermanita, porque sabía que no te iban a condenar por brujería.

-Gemelas –dijo Isabel Rivera sin palabras.

Se escuchó un ruido, un fuerte golpe. Pronto se pudo divisar un movimiento en la parte superior del establo. Una figura gigantesca surgió del pajar y, embutida en un largo camisón blanco, con el pelo enmarañado y largo hasta casi los tobillos, la figura de la hermana descendía ágil por la larga escalera de mano. Los pies descalzos estaban colmados de astillas y rozaban cada travesaño, arañándolos con sus largas uñas.

-Tienes razón. Mientras tú eras sólo una vulgar fulana yo era la chica más envidiada del pueblo... ¡Qué gracia y distinción! Ciertamente es que ninguno de estos pueblerinos podía darse cuenta... Sin embargo es algo que se nota aunque no se vea, hermanita... ¡La clase!

Ana sirvió finalmente un plato de sopa a su hermana. Ésta lo miró y permaneció en silencio durante varios minutos.

Cuando se encontró en lo más bajo de la escalera, giró su rostro encolerizado. Divisó la bestia la comida, dispuesta sobre el plato. Miró por un segundo a Anabel, Anabel Rivera, con las fresas aún embutidas en su mano derecha. Se dirigió corriendo hacia los manjares y, rodilla en tierra, los engulló. Anabel se dirigió a la entrada del establo e introdujo la llave, dos vueltas. Abrió la puerta.

-Sé que no es gran cosa, Isabel... pero me veo en la obligación de recordarte que no tienes lengua. ¿A qué sabe la nada, hermanita?

Fue entonces cuando Anabel, la bella, extendió la palma de su mano y mostró las fresas a Anabel, la bestia, y los ojos de la horrorosa muchacha parecían salirse de sus órbitas.

Sonoramente, Ana tomó un gran sorbo de sopa.

-A pesar de ser una tullida, no cabe duda de que sigues conservando la razón, chiquitina: esta sopa es repugnante. Espera, Isabel –continuó Ana mientras retiraba el plato de

sopa de su hermana-. ¡No te tomes eso, por favor! ¿Te gustaría un poco de fruta, pequeña? Dime, ¿te gustaría?

-Ven aquí, hermanita, y te daré las fresas.

Anabel Rivera echó a correr y se internó en el bosque. Corría rápida para evitar ser alcanzada por su hermana pero no huía, porque la otra era más rápida. Debía engañarla, hacer que jugaba con ella para evitar de esta manera ser abordada a mitad de camino.

Ana tiró los dos platos de sopa al fuego y salió de la habitación. Regresó a los pocos segundos con un gran bol repleto de golosinas y caramelos.

Al fin llegaron junto al pozo y las dos hermanas se detuvieron respirando profusamente por el esfuerzo de la carrera. La hermana fiera sonrió a su hermana Anabel, Ana e Isabel Rivera. La hermana dulce tomó un largo tronco que había dispuesto allí la noche anterior y lanzó las fresas al fondo del pozo. La fiera miró asustada y se inclinó para observar, momento que aprovechó la bella para golpearla con el tronco en la nuca..., se precipitó al interior del pozo.

-¡Un regalo para mi hermanita! ¿Te gustan los dulces, verdad?

Extendió el plato para que su hermana cogiese uno. Ésta no lo dudó y tomó algunos.

-Come con cuidado, Isabel... no vayas a atragantarte.

Isabel los metió en su boca. Los masticaba sonoramente. A veces, en secreto, comía algunos y movía la cabeza para tratar de encontrar en su saliva una pizca de sabor. Buscaba ese punto interior en el que se alojaba un minúsculo trozo de su lengua: todo era inútil.

-¡Cae, hermanita, cae por fin y déjanos en paz! – Exclamó Anabel Rivera.

Pero la otra Anabel Rivera se agarró a las comisuras de los ladrillos con sus largas y fuertes uñas. Pendían sus largos cabellos. Dicen los sabios que las bestias no sonríen: mienten los más sabios. Y así, se aferró con fuerza a los

brazos de su hermana, que se precipitó también al interior del pozo.

Ningún rayo verde surcó el cielo aquella noche clara de estrellas huecas.

El cielo escuchó el relato en silencio hasta que Ana, Isabel, Anabel Rivera hubo... hubieron terminado.

Desde lo más profundo del pozo, la pequeña Anabel Rivera aún recuerda a un jugador del que se enamoró.

Que juega eternamente una partida que no tiene fin.

Porque no hay tiempo en un juego que se repite, porque no hay espacio en los confines del pozo.

Anabel, la pequeña Anabel Rivera ya no tiene lengua porque las habladorías se la cortaron.

Dicen que los que la contemplan morirán porque es hija de las tinieblas, porque es hija del miedo y porque sueña, eternamente encerrada en un pozo, con un hombre que juega y una partida.

Y en sus sueños busca a su madre verdadera, y en sus sueños se sueña como niña enferma a la que su padre cuida, a la que su padre adora, a la que su padre odia porque no puede morir, porque nadie puede escuchar sus gritos desde el interior del pozo gris en la noche de luna clara.

Y en sus sueños mira y recuerda como, una vez cada siete años, lleva la cruz de La Santa Compañía.

CAPÍTULO VI

El Opio

Mi sombra tenía doce años, me temo. También ella tenía su noche y también ella dialogaba conmigo. El encuentro fue breve, como suelen ser los duelos. Cada noche esa sombra que ahora ha vuelto para destruirme se soñaba también, como ahora yo mismo me sueño. También la perseguía su quimera y también consigo mismo decidió terminar.

Mientras su cazador dormía, se acercó lento y silencioso y de sus ojos retiró las gafas que pendían. Sobre la mesilla las depositó, como un breve trofeo. Respiraba tranquila la sombra, soñando plácida con una pradera sin reflejos. ¿Soñaría conmigo? También yo recuerdo ese sueño de estrellas vacías. Tomé la almohada y la ceñí sobre su rostro para ahogarla.

Mientras agonizaba aún podía verme.

Dicen que tiene aspecto anciano y lava su ropa tejida de sangre.

Dicen que su hijo ha muerto.

Dicen que vaga entre dos mundos y que a ninguno pertenece.

Nunca mires de frente.

Aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido. El humo pesaba sosteniéndose, certero. Nubes informes ascendían, quedas. Horacio aspiraba una y otra vez, incesante, el humo que brotaba de su pipa.

Humo, sólo humo rodeaba a las paredes, permaneciendo un segundo o una eternidad, ascendía y jugaba entre las figuras imposibles, plasmando círculos y metáforas, intensamente grisáceo, apático como una veleta

jugando entre los querubines y lavanderas y brujas esquivas. Aspiró de nuevo, en un susurro, dentro, muy adentro, dejándose impregnar por aromas de almizcle y fresas y absenta y flores silvestres y siempre carne muerta. Dicen que viene la muerte cercada en humo.

Horacio había empezado a fumar desde el día en el que la miró a los ojos.

Era autógenes-ayin un rayo de luz sin fin en el perpetuo vacío y en su rostro sin símbolo todo y los diez atributos sin viento ayin sof or y la verdad como el universo en diez potencias de luz. Y así se llamó La Palabra y se hizo él voz en construcción, movimiento perpetuo sin dirección, sentido ni voluntad.

Es eso que llaman humo.

No había firmamento ni existía la Luna, sólo El Ser que se contemplaba a sí mismo, en el nacimiento de La Voluntad... Y así se creó.

Horacio se desplomó sobre el diván como otras tantas veces. Era la primera de las sensaciones que acompañaban a la fumada, La Palabra toda reunida en un segundo. Una ola apacible recorría su cuerpo entero en un instante y era todo su organismo uno, demasiado frágil y honesto, infalible en un solo punto de concentración. Carecía de tacto en sus extremidades mientras el opio poseía sus sentidos: El Todo llamado a manifestarse en misericordia, severidad e indulgencia, La Palabra mantenida en y por La Voluntad.

Y así se dio forma.

Antes de sentarse a la mesa de juego, Horacio sabía que estaba perdido. ¿Quién puede vencer al Estadea? No existía el mundo y así lo imaginó y le dio aliento, y se hizo verbo y acción, ceniza en una partida de cartas.

Horacio podía ahora concentrarse en uno sólo de sus órganos y escucharlo pacientemente: el oscilar constante de su corazón pleno en cada contracción; la cadencia sonora de sus pulmones en cada nueva bocanada; el suave

respirar, casi cansino; o cómo su estómago se contraía levemente dejándose acariciar también por la suave ceniza. Y Horacio imaginó el mal y se hizo La Tiniebla, y por ello fue que la justicia fue creada, y por ella La Ley y el hombre manifestado. Y así la llamó, la creó, así le dio forma, y así se hizo. Y Él mismo cumpliría La Ley, y a ella se sometería, y a ella quedarían atrapados el viento y las estrellas, las tierras y los seres que en ella habitasen.

—Un opio excelente —pensó Horacio Martín, inspector de policía de Pontelóstrego. Depositó la pipa, alargada, negra, sobre la mesa, dispuesta a medio metro del diván.

Se recostó cansino y surgió la duda debido a La Tiniebla por ley divina y por fin contemplaba su propio rostro reflejado en la creación, en las diez formas sagradas, en el alfabeto de veintidós símbolos y cada dios se llamó y se dio forma, ya creado, y en la representación se nombraron los dioses de acuerdo a La Ley, tanto La Luz como La Tiniebla. Una mujer de rasgos orientales y cabello azabache se acercó. Vestía un shen-i es, prenda intermedia entre el pien-fu y el traje largo: dos piezas cosidas entre sí en oscuro profundo. Llevaba los labios generosamente pintados de rojo y estaba impregnada por un suave perfume de esencia de flores. Y así surgió La Forma y así hubo tiempo, y todo estaba sometido a su Ley.

Y en el tiempo nació el ciclo y con él la idea, naturaleza diseñada. Y se miró en todo y vio El Rostro y por el pensamiento surgió el gran fuego en colisión. Así se creó El Caos en la materia.

No pudo evitarlo. La mujer se sentó frente a Horacio y desabrochó dos de los botones de su camisa. Se frotó ambas manos entre sí y acarició entonces su pecho lentamente, describiendo círculos. La observaba sin inmutarse. Horacio no podía moverse porque estaba la Tierra encinta de la materia. En el inicio era voluntad, y de ella surgirían los monstruos y los dioses, por medio del Caos. La Madre de Todas las Cosas surgió desnuda de La

Luz y separó al mar del cielo. Bailó la Madre sobre las olas y se levantó así creando el viento y su propio hijo viento la fecundó y de ella surgió la gran serpiente llamada Leviatán . Fue Leviatán quien puso el Huevo del Mundo del que todas las cosas surgieron: Sol, planetas, estrellas, ríos y árboles...

Se escuchaban los pasos de los nuevos clientes que entraban, tacones sonando confiados. Se acomodaban en un diván y una mujer les ofrecía una pipa y compañía; pronto sus espíritus enmohecían, sumiendo la estancia en su connatural silencio.

-El sonido de los muertos –dijo Horacio entre risas, y es que no había sobre la Tierra criaturas vivientes, excepto la gran serpiente, y la Madre de Todas las Cosas miró todas las formas y vio que no estaban sometidas.

Un rojo espeso recorría la sala, una taberna de opio en las afueras de Pontelóstrego. Quedó el Leviatán enfermo y se hinchó desproporcionadamente. Cuando su cuerpo no lo pudo soportar más reventó, y una progenie de monstruos similares a la gran serpiente surgieron de sus restos. Eran éstos de cuerpo alargado y escamoso, pero respiraban el aire a través de unos orificios situados en su rostro. Poseían patas con las que caminaban, y su cuerpo finalizaba en una larga cola coronada en punta. Abrieron éstos los ojos y se miraron los hermanos de raza, y vieron los restos del Leviatán entre el rojo y negro de la estancia. Varios vasos sobre alguna de las mesas para los más tímidos, absenta para comenzar la cruel función en aquéllos que no osaban probar placeres más recónditos. Eran estas primeras criaturas voraces y no contemplaban La Ley . Emitían gemidos y se retorcían de dolor porque sus cuerpos estaban hinchados y purulentos.

Allí, donde habitaban los peores temores de Horacio, manaban los monstruos sangre de sus innumerables heridas y enloquecían de dolor. Murieron uno tras otro. Unos devorados por sus hermanos y los que los

exterminaban fenecían a consecuencia de las profundas heridas. Agonizaron hasta que el último que aún quedaba se introdujo en las aguas, en las cuales todavía vive. Es éste el segundo Leviatán.

Una oriental deja que los curiosos acaricien sus pechos, pequeños y erguidos. Diez clientes tumbados sobre los divanes... diez mujeres más junto a ellos, sentadas en banquetas allí dispuestas para contemplar al durmiente. Gobernaba la tierra El Caos y el universo no tenía orden. Miró la Madre de Todas las Cosas a La Ley y entonces se desgarró en dos mitades, una masculina y otra femenina, cumpliendo así con La Palabra .

La oriental le acariciaba suavemente. Fueron las dos mitades a la Tierra y se llamaron éstas Apsu "el Engendrador" y "la Madre" Tiamat y vieron que la Tierra no tenía orden y que los vientos gobernaban la creación. Atraparon a los vientos, y sobre éstos se mezclaron caóticamente y produjeron Apsu y Tiamat la generación más joven de dioses. Nacieron crecidos con los órganos ya ordenados, infinitos en número e iguales a sus progenitores por especie.

Sometidos todos a La Ley, sólo se escuchaba el rechinar de la puerta y los nuevos clientes que entraban. La luz, tenue, varios candiles dispuestos matemáticamente a cada extremo de la habitación y mandaron los dioses que el cielo mandase sobre los vientos, y que la tierra se encontrase situada bajo el cielo y que los vientos la azotasen. Rodearon la tierra por los mares, y dejaron que el Leviatán los gobernase según La Ley. Dieron forma a los planetas y los ordenaron según el plan: llamaron a los tres planetas principales Shemesh , Yareah y Kiyun , y ocultaron los nombres de los siete astros menores restantes, y fueron sus nombres desde entonces secretos.

Un profundo hedor cargado de opio y almizcle.

-La única manera de evitar que el diablo te lleve es entregarle aquello que más quieres –pareció decir la oriental.

Y gobernaban Apsu y Tiamat sobre todos los dioses y éstos obedecían sus mandatos. Y todo estaba sometido a La Ley. La mujer se acercó lentamente y dispuso la pipa alargada sobre la boca del policía, que aspiró por dos ocasiones y tosió fuertemente. Sucedió entonces que se abrió paso La Tiniebla entre los cielos, y éstos se oscurecieron. Eligió La Tiniebla a uno de los hijos de Tiamat y se apoderó de él haciéndole su esclavo. Se llamaba este dios Ea , y era conocido entre los suyos por su gran sabiduría y su extremada bondad. Guiado por La Tiniebla, tomó Ea a las aguas como aliadas y, mientras dormía, ahogaron a Apsu "el Engendrador". Se recostó Horacio Martín sobre el diván y cerró los ojos para concentrarse en su ensoñación.

Se retiró Ea a una cueva sobre las aguas, y allí se juntó con La Tiniebla, que tomó características y forma femenina, y juntos engendraron legiones enteras de seres que podían sumergirse y respirar bajo el agua, así como respirar los vientos del cielo. De esta manera se hicieron poderosos y gobernaron los mares y sometieron a los dioses.

Horacio trataba de asir los mil nombres y las mil imágenes que se agolpaban serenas entre sus sucios ropajes. Se sintió caer sin movimiento, frenético en una nube de tiempo sin nombre y absenta.

-Aún te recuerdo, mi diosa, aún te recuerdo, asesina.

Eran sólo unos pocos los que no habían sido sometidos al poder de La Tiniebla, “la Madre” Tiamat, después de que Ea ahogara a Apsu “el Engendrador”, había yacido con Kingu “el Justo”, un hijo especialmente valeroso y conocido por su extraordinaria medida. Tenía el cabello rojo del guerrero y el rostro templado y sereno del juez. Juntos se prepararon para la venganza, engendraron

nuevos dioses y de entre ellos nació el que habría de liberar a todos del mal: un hombre valeroso y fuerte, de miembros ya crecidos, con las extraordinarias facultades de poder respirar bajo el agua y gobernar los vientos. Era su nombre Samalo .

-Por ti jugaré por siempre la partida, y por ti perderé todas las jugadas. Y es por ti que a ella entregué, y es por ella por la que te desprecio y deseo.

Sucedió un día que Samalo se topó con uno de los hijos de Ea "el Sabio". Se llamaba éste Marduk y era de estatura media y ojos pequeños, cabello rasurado y raquíuticos brazos. Desafió Marduk a Samalo que, viendo las escasas virtudes físicas de su oponente, rehusó combatir. Tomó entonces Marduk una piedra y la lanzó contra Samalo, hiriéndolo en la cabeza. Se enfadó éste, y preso de cólera, se precipitó sobre Marduk, quien le derribó con habilidad. Samalo dio con su cabeza sobre una piedra del suelo y la sangre manó de su rostro y se desangró. Bebió Marduk la sangre de Samalo y así tomó sus fuerzas, creciendo también su cabello. Desde entonces se conoce a Marduk con el sobrenombre de "el Guerrero".

Sonreía al fin Horacio y la miraba desde la lejanía cuando se presentó Marduk ante Tiamat y Kingu, y vieron éstos que era Marduk fuerte y valeroso y que su corazón no albergaba deseos de venganza y fue nombrado dios-hijo de Tiamat y se le preparó para enfrentarse con su padre Ea. Tiamat le enseñó a controlar los vientos y las mareas y los poderes de la tormenta. Le mostró el camino verdadero y, finalmente, La Ley. Cuando partió Marduk a la caza del traidor Ea, Tiamat le confió la palabra de cuatro letras con la que habría de derrotar a Ea "el Sabio".

-Vuelve y acaríciame de nuevo, mi pequeña Lilith, vuelve.

Mandaron Tiamat y Kingu a sus ejércitos a luchar contra las legiones de monstruos surgidos de La Tiniebla y salió Marduk a la búsqueda del traidor. Tras mil días de

búsqueda y combates, alcanzó Marduk a su padre Ea. Contaba éste con grandes poderes, y gracias a La Tiniebla controlaba a su antojo los cuatro elementos. Envío Ea una gran bola de fuego hacia Marduk, al que hirió mortalmente. Ya moribundo pronunció la palabra de cuatro letras que Tiamat le había confiado y retrocedió Ea y huyó La Tiniebla, que conocía el poder de las cuatro letras. Cayó fulminado Ea "el Sabio", disperso también en cuatro pedazos, uno por cada letra del nombre.

-Vuelve, Lilith, y cuéntame tus secretos todos.

Se curaron las heridas de Marduk por el poder de La Palabra. Cada uno de los cuatro trozos de Ea cayó en un lugar, dando origen a los cuatro mundos y desde entonces se les llama Azilut, Beriah, Yezirah y Asiyyah . Quedó reservado Azilut a las bestias que sobrevivieron a la batalla, mientras que permanecieron los dioses en el reino de Beriah. Fue el mundo de Yezirah reservado para los espíritus de los dioses muertos, y conservaron el mundo de Asiyyah para la existencia de los nuevos seres que habrían de nacer, según decía La Ley. De esta manera quedó todo definitivamente ordenado según La Ley y, desde ese momento, ya los padres no podrían engendrar con su natural descendencia.

La oriental se precipitó sobre el pecho desnudo de Horacio: aún respiraba. Tiamat tomó a su dios-hijo Marduk y se unió a él, cumpliendo con esto las exigencias de no procrear con ninguno de sus hijos naturales. No pudo éste fecundar a su madre Tiamat, por lo que se disfrazó La Tiniebla con las formas de dios de Marduk y con la voz más bella que jamás había escuchado Tiamat, la tomó. Surgió de esta unión Lilith .

Se retiró sin mediar sonrisa la mujer y Horacio permaneció sereno y fijo su pensamiento en los ojos desnudos de esa su Lilith que había nacido desde La Tiniebla, de esa Lilith por la que su alma entregó.

La primera vez que probó el opio había sido la mejor: el humo ascendente, La Luz y La Tiniebla y la paz final. Ahora lo recordaba, envuelto también en la niebla que se escapaba entre sus dedos. Aquella noche estaba también Wilson, ¿cómo no lo había reconocido?

No era Horacio un hombre supersticioso ni irracional. Nacieron una noche de luna clara los dioses, pero ya éstos no pueden recordarlo.

Junto al cuerpo de Amanda encontraron ropa tejida de sangre. ¿Quién podría haber cometido semejante barbaridad?

Tenía Lilith el cuerpo costroso y los ojos encendidos como los de La Tiniebla. Poseía orejas puntiagudas y de su coxis surgía una pequeña cola. Nada más escapar del cuerpo de Tiamat, hablaba ya doce lenguas todavía no inventadas, aunque no podía comprenderlas. Poseía idéntica fuerza que Marduk y tenía la capacidad de efectuar los mismos prodigios que su madre La Tiniebla y “la madre” Tiamat. Salió del vientre y se la bendijo con la palabra oculta, haciéndola de este modo inmortal.

Fue su primer llanto una dulce canción, y con sus largas uñas desgarró el cuello de “la madre” Tiamat y separó el vientre de Marduk, quedándose entonces la humanidad sin padres.

-¿Qué deseas, ciudadano? –Preguntó Lilith, que no esperó a obtener la respuesta-. ¿La felicidad o el perdón?

Horacio, adormilado por el humo y hastiado por el olor, de soslayo miraba ésos sus ojos desnudos.

-Deja de mirarme, Horacio.

Como era hija de La Tiniebla, era Lilith voraz como un animal, y no contemplaba La Ley. Devoró los restos de sus padres y se escondió para no ser capturada por los dioses desolados.

-Dicen que lloré sangre y que comprendí lo que había hecho.

Y entonces tomó definitivamente la forma humana y decidió huir, avergonzada de su naturaleza.

-Mintieron.

Hacía años que Horacio no frecuentaba la compañía de prostitutas, mucho antes de estar casado, antes de que su mujer viviera y que su hija naciera.

-Deja de mirarme.

-Mis pequeñas, demasiado frágiles para este mundo.

-Nunca mires a la lavandera –dijo entonces la prostituta-, o sobre ti caerán los peores tormentos. Podía ver el inspector los pechos de la meretriz mientras se inclinaba.

-Yo también perdí a una hija, mi pequeño... también yo comprendo lo que sufren los dioses.

Aquella noche, sus ropas estaban manchadas de sangre. Sobre la luz del faro iluminada cayó la maldición de nuevo y se repartieron las cartas.

-Ahora te ven, mi pequeño –dijo la prostituta-. ¿Sientes vergüenza?

-¿Cuál es tu nombre?

-Muchos tengo –respondió Lilith-. Llámame Sara.

Y fue esa noche cuando Sara extrajo del vientre de su hija Amanda a las gemelas Ana e Isabel Rivera. Porque ella habrá de llevar la cruz. Así está escrito.

-Habían sido abandonados los dioses en el reino de Beriah, huérfanos de su creador –continuó Sara mientras acariciaba el pecho del inspector-. Cumplían todos La Ley, mi pequeño. Se encontraba el reino de Beriah en una enorme montaña, situada sobre una gran llanura guardada por una fuerte puerta. Estaba comunicado por un largo camino, que unía de forma natural las zonas. Todo el reino estaba repleto de árboles de cuyas ramas manaban frutos, de los cuales nacían otros árboles. Había también mil especies distintas de flores, y mil especies de aves surcaban los cielos, y mil dioses todo lo contemplaban. Tres brazos de un gran río recorrían el reino de Beriah, y sus cursos

constituían los caminos que conducían a los otros tres reinos. Habían estado allí desde el principio, habían visto crecer los árboles y nacer las flores de las semillas caídas. Decidieron enterrar a los dioses muertos, y de las entrañas de la tierra surgió entonces una nueva progenie de seres sin cabellos sobre la cabeza nacidos puros. Desconocían los dioses el arte de la procreación, por lo que fueron envejeciendo uno a uno y murieron y la Tierra quedó gobernada por seres nacidos sin pelo.

Y en la noche se escucharon los ladridos de los perros que ya traían la maldición. Sólo uno regresó, cubierto de sangre y lodo.

-La Santa Compañía –dijeron los más viejos.

-Mil noches caminé desnuda a través del Mar en el reino de Azilut –respondió Lilith-. Era éste un gran mar recorrido por fuertes mareas en forma de remolinos. Eran sus aguas densas como el plomo y gélidas como el hielo, y sus fuertes corrientes desplazaban a los monstruos más débiles que habitaban los remolinos. A medida que se avanzaba, la marea se proyectaba con más violencia y los torbellinos se iban haciendo más y más pronunciados, descendiendo poco a poco hasta llegar al principio del océano, en el gran fondo donde se originaba el remolino primero, donde sólo existía La Tiniebla.

Ya cerraba los ojos Horacio.

-Mírame, pequeño, mírame –dijo Lilith-. Los seres más débiles y aquéllos que no soportaban el insomnio eran precipitados hacia las orillas donde sus cuerpos quedaban destrozados debido al impacto de las rocas. Por ello, nadaban constantemente los hijos de La Tiniebla en la noche cubierta de luna clara hacia el interior de aquel gran remolino. Gobernaba el Leviatán el reino de Azilut, y todos los seres de aspecto monstruoso que allí moraban cumplían La Ley. ¿Qué te prometió, Horacio?

-Aquella noche perdí algo más que dinero. Aquella noche eran Wilson, Eduardo, da Luz, Horacio y un hombrecillo con nariz curvada.

Dice La Ley que, una vez cada siete años, una partida será celebrada. Serán cinco los jugadores y, desde la montaña, una mujer de negros cabellos engendradora de dos hermanos de la misma sangre velará por el resultado.

Se unió Lilith en pecado con los pocos monstruos y dragones engendrados por La Tiniebla que todavía continuaban vivos. Copulaba como las bestias y paría bajo grandes gritos y fuertes convulsiones.

-Y de mi vientre surgían animales envueltos en una tela viscosa y verde que desgarraban nada más nacer. Nacían algunos ya muertos para así servir de alimento a sus hermanos. Eran monstruos voraces que cuando habían terminado con la carroña, se despedazaban unos a otros los miembros, devorándolos inmediatamente. Éstos eran mis hijos, mi pequeño Horacio.

Carecían estos seres de nombre, porque Lilith no había aprendido a utilizar el lenguaje y los signos misteriosos que conocía. Parió durante mil años a una progenie de dragones y monstruos igual a los anteriores, de los cuales sólo unos pocos sobrevivían. Pasadas diez mil noches, e incapaz de mantenerse despierta, pronunció Lilith la palabra de cuatro signos que había escuchado por boca de su madre Tiamat, y de esta manera escapó Lilith del mundo de Azilut. Los monstruos la escucharon:

-Una vez fui mujer y también yo sentí amor. ¿Qué fue de tu hija, Horacio?

Y Horacio callaba.

-Porque así está escrito, aquella noche en el faro extraje del vientre de mi hija a la que ha de portar la cruz: Anabel Rivera —dijo Lilith— ¿Qué fue lo que hiciste, Horacio?

Y Horacio callaba.

Cuando Lilith llegó al reino de Beriah, donde en otro tiempo habitaron los dioses, y se encontró en la falda de la

montaña ante la fuerte puerta que guardaba aquel lugar maravilloso, vio que su borde estaba recorrido por unos signos que ella conocía, pero cuyo significado le resultaba incierto. Leyó en voz alta y la puerta se abrió. Del interior, surgió una luz brillante y cálida que la embargó y casi dejó ciega, porque había estado sometida a la noche demasiado tiempo. Traspasó Lilith el umbral y se encontró ante el enorme jardín del reino, henchido de olores y pleno de árboles frutales como joyas radiantes. Había en el jardín animales que nunca antes había visto y que no sabía nombrar. Corrían éstos a través del enorme huerto, y ninguno atacaba a sus hermanos y el cielo resplandecía sobre aquel río que, dividido en tres brazos, conducía a los mundos de Azilut, Asiyyah y Yezirah.

Tenía Horacio los ojos cubiertos por las tinieblas, porque también él había estado sometido a la noche. ¿Quién puede vencer al Estadea? Wilson llevaba un libro y Eduardo confiaba en ganar. La misma noche abandonó a su madre y Amanda murió a manos de su sombra y huyeron las ratas y corrieron los gatos. Soltaron primero una manada de perros ya desesperados.

-¿Qué puedo prometerte, Sara Rivera?

-Sólo uno regresó —continuó la meretriz—, con heridas y el hocico cubierto de sangre. Era el más pequeño de entre los canes. Aulló por última vez antes de caer desplomado. No pudo cerrar los ojos ni parpadear porque había mirado a la muerte.

-¿Qué puedo prometerte, Sara Rivera?

-Cuenta la leyenda que sólo hay una manera de evitar al diablo: entregándole a tus hijos. ¿Qué fue de tu hija, Horacio?

El opio vuelve al tiempo contra sí mismo, como si la historia pasada se volviese presente, como si el futuro fuese pasado... aquella noche eran Wilson, Eduardo, da Luz, Horacio y un hombrecillo con nariz curvada.

-Se llamaba Virginia como su madre –dijo Horacio Martín, inspector del pequeño pueblo costero de Pontelóstrego-, y era su rostro blanco y fino como una mañana de primavera.

-Existía en el jardín un hombre Kadmon –dijo Lilith-. Lo observé durante largo rato: brillaba como el mar su cuerpo lampiño, y con su gran estatura podía alcanzar los frutos de los árboles; poseía largas extremidades que le permitían moverse con rapidez, y en su boca se perfilaba un extraño gesto, una mueca recurrente que empleaba muy a menudo. Sentí deseos de procrear con él, mi pequeño, y me acerqué. No se asustó Kadmon, puesto que nunca había sido atacado por bestia alguna. ¡Qué ingenuos los hombres! Le acaricié como ahora te acaricio a ti, mi Horacio, con largas uñas y abrí la boca y sentí su lengua. Me aparté finalmente de él y bailé durante horas. Nunca habló mi marinero. Luego le tumbé boca abajo y le poseí como también ahora te poseo a ti. Extendí mi mano y traté de introducirla bajo el pecho de Kadmon para arrancarle el corazón.

-Habías quedado encinta –concluyó Horacio.

-Me arrepentí, mi pequeño, porque hasta los demonios podemos amar... y una noche cada siete años te sientas en una mesa de juego dispuesto a perderlo todo por deseo.

-Me enamoré –respondió Horacio.

Al cabo del tiempo regresó Lilith con un niño entre los brazos y habló con la voz más bella que jamás tuvo criatura, pero no entendió Kadmon lo que decía. Había perdido la débil criatura los atributos de los dioses. El niño se llamó Nilen y fue el último hijo descendiente de dioses y el primero engendrado por los hombres. Regresó Lilith al mundo de Azilut, entre los remolinos y los gritos de los condenados, donde todavía mora y reina sobre un ejército de lamias que seducen con sus dulces cantos a los hombres mientras duermen.

-Acudió a mí una noche envuelta en sangre y deseo y no habló –dijo Horacio.

-Porque nadie puede entender sus palabras, porque nadie salvo los condenados pueden escuchar el lamento de Lilith, la lavandera.

Prometió besos y opio y cantos y venganza.

-Mientras extraía de su vientre a mi nieta sentí lástima por la mujer que portó a mi creación, porque no puedo escapar de la rueda de Azilut, porque sólo los malditos conocen mi nombre, querido Horacio.

Al otro lado del espejo, también se recuerda a Lilith como una ranita asustada. Llegó el escorpión y prometió velas y noches blancas y rosas y una sola picadura.

-También tú tenías una amante, Horacio. ¿Te la arrebató la enfermedad? Pobre animal encarcelado. ¿Qué fue de tu hija, Horacio?

Te presentaste bajo la más bella forma concebida y podía escuchar tu canto limpio y tu piel sedosa y podía tocar tu alma. También tú habías perdido al que amabas y también tú habías mirado a través del espejo.

-Mira de nuevo, Horacio.

Era una noche de opio y luna y me ofreciste una pipa repleta de manjares y fríos saludos. Me contaste la historia de tu vida y de tus otras leyendas y mi corazón se enterneció porque habías sufrido tanto y también tú intentaste amar. Y una noche de opio, me prometiste compañía y yo te creía aunque bien sabía que alto era el precio y miré más allá de tus secretos y en este espejo que ahora me contemplo sin tiempo ni imagen ni reflejo. Eres Lilith y Sara Rivera y otras muchas que habéis sido antes que tú. Eres la que regresaste del mundo de los muertos y eres lamia que a seducirme acude, ¿quién puede escapar del canto de las sirenas? Tenían las sirenas escamas y sus rostros eran deformes y purulentos y de entre sus heridas la sangre no paraba de brotar y sólo con su canto podían a cien hombres encandilar y a mil hacer perder el control. Y

no tuve valor para atarme al mástil ni gravedad para soportar tu canto. Regresaste del reino de las sombras para llevártela y a cambio me ofreciste una noche cada siete años y una partida que estaba destinado a perder y morir cada vez, porque no existe tiempo en este espejo en el que ahora me miro y no existe imagen que me refleje. Me veo en la partida y te veo esperando, porque una vez cada siete años te entrego a mi Virginia para que te la lleves al reino de las sombras y allí sufra los mayores de los tormentos. Lilith, mi Sara... dame otra calada con la que poder aplacar mis males, dame otra bocanada fresca y déjame beber de nuevo tu sangre, porque sólo así puedo permanecer entre los muertos sin estar vivo y entre los vivos sin sufrir aún más. ¿Dónde te has llevado a Virginia?

-De mis brazos surgen heridas que no se cierran como las del mismo Leviatán y ésta es la historia de mi vida: regresé para arrebatarte lo que más querías, y ahora es ella mía y yo tuya por siempre.

Lilith acarició de nuevo el pecho desnudo de Horacio y le miró a los ojos lentamente como los escorpiones.

-Bebe mi sangre, Horacio, bebe de nuevo.

Y Lilith introdujo sus garras y arrancó el corazón de Horacio. Siguió respirando mientras aún la miraba a los ojos, mientras aún recordaba el rostro de Virginia en sus ojos.

-Porque soy todas las mujeres –sentenció Lilith-, porque soy todas y ninguna, porque en mi rostro caben todas las maldiciones y los placeres todos... Bebe mi sangre, mi pequeño, bebe de nuevo.

Y Horacio acercó su rostro a las heridas que manaban sangre y gustó de los tiempos todos y las horas y los mil demonios y las diez formas. Y miró el rostro de Lilith y vio a su pequeña Virginia y se miró a través del espejo en el reino de Azilut, entre demonios y ángeles y dioses y ya no la miraba a los ojos porque había pecado, porque se sentía solo y porque su propia hija le despreciaba y entonces

intentó arrancar su propio corazón pero no podía y una mujer con formas orientales le ofreció la solución a sus miserias y males.

Y así yació Horacio con su hija Virginia por el resto de la eternidad y engendraron demonios y todos ellos murieron al nacer porque así dice La Ley y así está escrito en el libro que lleva Wilson y así bebió de las heridas de Lilith por siempre.

-Porque soy todas y ninguna.

-Porque te presentaste bajo la más bella forma y me ofreciste el perdón.

-Bebe, Horacio, bebe de nuevo.

-¿Cuántas cartas quieres, Horacio?

Horacio se desplomó y cayó rendido, ya sin fuerzas por haber luchado contra los remolinos de Azilut.

-Saquémosle de aquí –dijo da Luz-. Está acabado.

Aquella misma noche, la Compañía regresó para llevarse las almas de los condenados. Dicen que sobre el cielo se pudo contemplar el rayo verde, porque por fin Anabel Rivera había regresado portando la cruz, porque por fin Amanda había nacido, porque por fin la partida había concluido.

Una bocanada más, Horacio, sólo una más.

Y el humo ascendió en aquel local y el humo ascendió de nuevo antes de volver a repartir las cartas y la vio frente al espejo, otra vez, la que nunca pudo regresar.

Y lavó Horacio sus manos tejidas de sangre en el lago y miró su imagen en el reflejo.

Y los muertos callaron.

Y la partida volvió a comenzar.

Dicen que tiene aspecto anciano y lava su ropa tejida de sangre.

Dicen que su hijo ha muerto.

Dicen que vaga entre dos mundos y que a ninguno pertenece.

Nunca mires de frente.

CAPÍTULO VII

El Rayo Verde

Basado en una Historia de Jaime Herández.

En mis sueños vuelvo a encontrarme con ella. Es idéntica a mí pero me huye y escapa y vuelve cada noche y se encuentra en mi espejo porque ahora es sólo nuestro. ¿Quién eres, lector? Te siento y te encuentro en cada línea y cada reflejo y cada cadáver que contemplo. ¿De dónde surgen mis reflejos opacos?

Creo que hay alguien ahí fuera que me controla y me tienta y me huye y busca y me encuentra una vez más. Mi sombra tiene una ciudad y una identidad y, como yo mismo, también tiene una vida que finge vivir y disfrutar pero siente que no le pertenece y también ella se mira en el espejo intentando escapar.

Es su ciudad de sueños y parece irreal, pero mi sombra la reconoce y siente, como un libro que no existe y en el que sus personajes han perdido el sentido y no recuerdan haber vivido el infierno.

בראשית

-Cuéntenos, Padre –dijeron los niños al unísono- la historia de “El Rayo Verde”.

-¿No preferís escuchar la historia de un buen hombre llamado Job ? –respondió el cura.

-Ya la conocemos del colegio –dijo uno de los pequeños-. ¡Es tan bonita “El Rayo Verde”!

-Está bien –cedió finalmente el sacerdote de curvada nariz y gesto torcido-. Acompañadme, niños.

El sacerdote era un hombre afable que tenía mejor humor con los niños que con los adultos..., los pequeños se encontraban encantados con él.

-Suelen hacer preguntas más inteligentes que las ancianas –solía decir el sacerdote.

Los niños se dispusieron en torno a la gran mesa del estudio en las dependencias del cura. Era un lugar pequeño, de unos diez metros cuadrados. Sin embargo, se trataba de un espacio acogedor, rodeado de libros y escritos, que olía a tinta y a tabaco, a hogar y a modestia.

-Cuéntenosla –insistieron los niños.

-Empezaremos, queridos, porque ya sabéis que a Dios le gustan las historias.

נִבְהוּ תְהוּ

Es el Leviatán un ser con forma de serpiente y una fuerza tan increíble que ni todos los ángeles ni todas las tropas divinas podrían derrotarlo. Así se cuenta en Bereishit, y es por eso Palabra de Adonai .

Existen muchas historias que hablan del Leviatán, mis niños. Los hombres que vivieron antes que nosotros contaban que de su boca surgía fuego y que su nariz humeaba. Sus ojos irradiaban luz brillante y ascendía a voluntad desde las profundidades, vagando sobre la superficie del mar, dejando una estela resplandeciente a su paso. Ninguna de las armas inventadas por el ser humano podría traspasar sus gruesas escamas.

Fueron originalmente creados dos Leviatanes, uno macho y otro hembra. Vivían pacíficos en el fondo del mar, donde ningún ser humano osaría jamás adentrarse. Los dos se alimentaban de los peces que voluntariamente se introducían en sus poderosas fauces. Dios, al crear el mundo y los animales, creó también los peces del mar para servir de alimento a los hombres, y permitió al Leviatán gobernar las aguas sentado sobre una enorme piedra junto a su compañera..., porque así es como ha de ser el equilibrio, mis niños.

Pero Dios mató al Leviatán hembra porque dos monstruos de semejante fuerza podrían aniquilar la Tierra.

Y fue así como el Leviatán macho enfureció y clamó venganza contra el Dios de los hombres, porque le había arrebatado a su compañera. Se volvió una criatura malévola y destructora de manera que hasta el mismo Dios temió por la vida de la humanidad.

Por esto Dios creó a Behemoth , un animal terrestre con la misma fuerza que el Leviatán. Lo creó Dios con igual fuerza, pero no le proporcionó la capacidad de amar con la que, sin embargo, había dotado al Leviatán. Y así habría de llegar el día en el que el Leviatán y Behemoth se enfrentasen en combate. Mandó a sus ángeles luchar primero contra la criatura marina para debilitarlo. Perecieron los ángeles uno a uno, cien a cien, mil a mil. La criatura fue matando a los ángeles más bellos de entre las cortes celestiales de Adonai y lucharon éstos con fuerza y valor pero la bestia, llevada por el odio que sentía hacia el Dios de los hombres, los mató a todos y cada uno.

La lucha con Behemoth fue terrible y duró mil días. Pero Dios había creado al monstruo de la tierra para que aniquilara al Leviatán, porque así estaba escrito. En lucha encarnizada debían morir los dos monstruos para que la Tierra quedara libre y los hombres pudieran vivir al fin en paz. Tras los mil días, las dos bestias cayeron derrumbadas, cubiertas de sangre y exhaustas. Behemoth cayó muerto y las gentes de Jerusalén hicieron un gran festín con su carne que mil días duró, como así está escrito que debe durar, porque esos fueron los días que duró la terrible lucha. Sin embargo, el Leviatán no murió y se retiró a su gran roca bajo el mar, donde hasta hoy allí vive, tiñendo de rojo las aguas por la sangre que no para de brotar de sus costados debido a la gran lucha.

אֱלֹהִים וְרוּחַ

Dejaron los peces de acudir a las fauces del Leviatán porque repudiado por Dios y vencido, había dejado de ser temible. Fue entonces un ser viejo y torpe pero doblemente vil y vengativo. Los seres del mar revoloteaban en torno suyo y bebían la sangre del animal cansado, eternamente malogrado. El Leviatán sólo se alimentaba ya de los marineros que caían al mar. Éstos, al no tener las capacidades ni la rapidez de los peces, no podían huir de las fauces del animal, que los devoraba.

Cuentan que una mañana de otoño el mar estaba en calma tras una larga tormenta. Los restos del naufragio estaban desperdigados por entre las aguas. El Leviatán pudo escuchar los restos de las tablas sobre el mar y acudió a la superficie. Vagó por entre las tablas y cofres y alhajas no hallando más que pobres restos que no calmaban su eterno apetito. Allá a lo lejos divisó la figura de un hombre y se acercó a él. Éste, exhausto por la cruel lucha contra el imponente mar, abrió pesadamente los ojos y pudo ver, entre sus ojos fragmentados por la sal del mar, el rostro del Leviatán que se disponía a engullirlo. Habló entonces el hombre al monstruo.

-Tú eres el Leviatán, a quien el Dios de los hombres quiso dar muerte por medio de Behemoth.

La criatura, sola en la inmensidad del océano por siempre, miró los ojos del hombre y le dejó continuar.

-Se te concedió el mar y así lo habrías de gobernar por siempre hasta que Dios decidió acabar con la vida de tu compañera.

El monstruo rugió y trató de escupir fuego como antaño, pero su morro estaba cansado y su cuerpo maltrecho. Cayó desmoronado sobre las aguas teñidas ahora con su propia sangre, que jamás paraba de brotar.

-Mi nombre es Low y soy rabino. Conozco los secretos de los números y las letras. Así, Leviatán, si tú me perdonas

la vida, yo te concederé esos secretos, que son los arcanos de la tierra y del mar, y así podrás volver a reinar sobre tu roca y sobre los seres que habitan los océanos todos.

El Leviatán accedió y perdonó la vida del náufrago, condenado a morir a la intemperie en el mar. Low habló todo el día y toda la noche y relató al monstruo los secretos de los números y de las veintidós letras y cómo éstos habían sido creados por Dios para inventar el mundo, y cómo sólo mediante éstos podría hacerse con el alma de los seres humanos.

A la mañana siguiente, la bestia depositó a Low sobre la playa, y así le salvó la vida, como había sido convenido, porque hasta las bestias han de respetar los pactos, porque así está escrito.

אמת

Esperó el Leviatán y, con restos de seres humanos y fragmentos de estrellas caídas, conjuró el poder de los números y las letras e insufló vida al que habría de ser el más vil de entre los seres humanos. Y así le dio inteligencia y discernimiento y, como su creador, ordenó a éste obedecerle por siempre. No puso nombre a su creación, porque el ser podría adoptar muchos nombres y ninguno .

Depositó a la criatura de forma humana en la orilla de la playa, como había hecho con Low días atrás. El nuevo ser fue dotado con una inteligencia despiadada y las artes más viles del ser humano, pero carecía de alma. Tenía como misión arrebatarse las almas de los seres moribundos, y entregárselas así en la mañana al Leviatán, para que éste por fin pudiera recuperar su fuerza.

Vagó la criatura durante días, durante meses, años también, lustros quizás... arrebatando a los moribundos sus almas y entregándoselas en la mañana al Leviatán. Fueron hombres..., niños más tarde, rancias mujeres y ancianos borrachos... Nunca nadie se extrañó porque

imitaba a la perfección las costumbres y las formas de los hombres, y así sus familiares quedaban agradecidos por haber asistido y proporcionar consuelo al desamparado en sus últimas horas.

Y así los ojos de la criatura se tiñeron de negro profundo, porque así son los ojos de los que contemplan la muerte.

צדקה

Sucede nuestra historia una mañana en el mes de Tishri , en el día diez. En esta fecha, como bien sabréis mis queridos niños, se celebra la fiesta del Yom Kipur .

La criatura, que el Leviatán creara, se apostó frente a la puerta y llamó. Un hombre de mediana edad abrió. La criatura habló, con esmerada educación y cuidadas maneras.

-Hermano –comenzó-, porque así me permito llamarle en este día de oración, ayuno y retiro. He tenido un accidente y no tengo techo bajo el que cobijarme en un día tan especial. ¿Me concedería el honor de acompañar a usted y los suyos en esta fecha en que, así como Dios perdona nuestros pecados y faltas, nos es dada la gracia de conceder el perdón a nuestros semejantes?

El hombre accedió y le permitió morar y rezar con él. La noche se hizo en el lugar, y las oraciones tocaron a su fin. La criatura se mostró como una gran conocedora de sus plegarias y costumbres, y fue por eso que ganó la confianza de aquel hombre.

-¿Vive usted solo, mi querido nuevo amigo? –preguntó la criatura.

-Con mi hija, Anabel. La pobre tiene una terrible enfermedad que la impide levantarse siquiera de la cama... Así, la pobrecilla aguarda el último estertor porque ya no queda esperanza. Son sus noches terribles y llenas de

llantos, y debo acompañarla a la diestra de su lecho para hacer más soportable su dolor.

Los ojos del hombre se humedecieron y, avergonzado, se levantó para ir a por alimentos, ya que el Yom Kipur había finalizado. Desde la cocina, el hombre habló:

-¿Desea algo de comer?

-No es necesario, amigo –respondió la criatura.

-Es una obligación para mí –respondió el humano-. Ha rezado usted conmigo y hemos compartido juntos el día de la expiación, un día de ayuno. Ahora debemos comer.

El hombre dispuso los alimentos sobre la mesa y ambos comieron. La criatura escrutó los ojos del hombre y explicó:

-Mi nombre es W..., W... W... y es para mí un honor compartir mesa con un ser tan considerado. En agradecimiento a su hospitalidad, me sería grato velar junto a su hija esta noche, acompañarla en su dolorosa enfermedad y que, de este manera, usted pueda descansar al fin.

-Es usted bueno, señor W... Seguro que mi hija agradecerá su gesto y le recordará en sus oraciones.

בְּלִיעֵל

La criatura penetró en la sala acompañada de su nuevo amigo.

-Mi querida niña, este buen hombre es el señor W... W... y te acompañará esta noche.

Anabel tenía el rostro blanquecino por la enfermedad, con los ojos inyectados en sangre y las extremidades caídas... Miraba a W... fijamente, por entre las sabanas dispuestas hasta la parte del cuello.

-Es un buen hombre –dijo su padre-. Cuídalo bien.

El padre dio unos pasos, se situó junto a la criatura y puso su mano sobre el hombro de ésta:

-Que nuestro buen Señor se lo pague, amigo mío –dijo con tristeza antes de salir de la habitación.

La muchacha, casi una niña, tenía el cabello negro, espeso y lozano. Sus labios, ligeramente entresacados del rostro, estaban quebrados por la larga enfermedad. Sus ojos, entreabiertos, miraban al techo de la estancia.

La criatura dispuso una silla junto a la cama de la joven. Anabel lo miró.

-¿Ha venido a buscarme, verdad? –preguntó la muchacha.

-Sí –respondió la criatura.

-Hacía ya tiempo que esperaba esto... Supongo que es en cierto modo una liberación.

-¿Por qué dices eso, niña?

-¿Conoce mi historia, señor W...?

-La conozco, muchacha –respondió segura la criatura.

-Antes la cara de mi padre era la de un hombre feliz. Comenzó a cambiarle cuando perdí a mi madre, eso fue el primer golpe. Luego vino mi enfermedad, y eso terminó con él.

-Tu padre es un hombre misericordioso, Anabel.

-Lo es –respondió la muchacha, que hablaba sin mirar a la criatura-. No lo dude por un instante. Él adoraba a mi madre y me adora a mí, porque así es como ha de ser.

-Todo está escrito, mi niña. Así nos lo dice nuestro Dios, porque lo gobierna todo y todo lo sabe.

-¿Y por qué nuestro Dios nos hace sufrir de esta manera, señor W...? Una vez, creo recordar, tuve una hermana.

-Nadie lo sabe, ni siquiera los hombres más sabios, pequeña Anabel.

-Pero usted no es un hombre, señor W...

La criatura miró a la niña, embutida en las sábanas, sudando abundantemente. Anabel se volteó y lo miró por un instante, esperando una respuesta.

-Así como las estrellas brillan y mueren, así lo hacen los seres humanos –dijo la criatura-. Es algo difícil de entender porque los seres humanos se apegan a la vida como una estrella de mar se pega a una roca, porque así es el carácter de los hombres, y porque así está escrito que ha de ser.

-He soñado con mi hermana, señor W... –comenzó a hablar la niña-. Era una muchacha mala, que pegaba a los perros y envenenaba a los caballos. También sueño con una niña buena y su padre. Juntos la arrojaron al pozo, pero ella consiguió escapar. ¿Por qué lo permitió nuestro Dios?

-No es tan sencillo de explicar, Anabel. El mundo está hecho de números y todo tiene un orden..., para que exista el Bien, también tiene que existir el Mal. De esta manera, mi niña, es como se consigue el equilibrio.

-¿Por qué no murió mi hermana entonces?

-Porque no tenía que morir.

-¿Y por qué mi final será esta noche? –preguntó de nuevo la niña.

-Porque así está escrito, Anabel –respondió la criatura.

La muchacha giró su rostro y W... pudo ver la misma escena que tantas veces había contemplado, el dolor y la aprehensión humana ante la muerte.

-¿Qué sucederá con mi padre?

-Llegará el día en el que morirá también, y allí estaré yo para asistirle en sus últimas horas.

-¿Se llevará usted su alma?

-Sí, y se la entregaré al Leviatán.

-Dicen que vive en una roca, en la inmensidad del mar, en el lugar más recóndito del océano, en un lugar en el que la luz no se atreve a traspasar.

-Exacto, mi niña. Pero el Leviatán no es malo, tan sólo fue creado así. Él vivía tranquilo, en el fondo del mar, hasta que nuestro Dios le arrebató el amor del ser al que él amaba, su compañera.

-¿Por qué hizo eso Dios?

-Porque dos Leviatanes podrían fácilmente acabar con la humanidad, y así mató a su compañera hembra para que la humanidad estuviera a salvo de sus feroces garras.

-Dicen que el Leviatán vivía tranquilo y que los peces se introducían voluntariamente en su boca, y que nunca antes había atacado a un ser humano...

-Igual que a la mañana sigue inevitablemente la noche, así hasta la más vil de las criaturas debe obedecer los mandatos de Dios, porque así está escrito.

-Pero si Él no hubiese acabado con la vida de su compañera usted no estaría aquí y yo podría ver la luz del día. ¿Me mata Dios por capricho?

-Tu vida ha de expirar esta misma noche, porque así fue expuesto al principio de los tiempos. No depende de mí ni del Leviatán: tu alma expiará al despuntar el alba. Me la llevaré conmigo y se la entregaré para poder cerrar sus heridas que no paran de manar sangre por el resto de la eternidad.

-¿Podría abrir la ventana por favor? Quiero ver la noche.

Sólo se escuchaban en la lontananza el canto leve de los grillos y el murmullo pausado de los árboles, como una melodía.

-Es un bello momento, disfruta de él.

-¿A cuántas personas ha visto morir?

-Demasiadas ya, Anabel. Hace mucho tiempo que estoy en la Tierra acompañando a los hombres.

-¿Y cuándo se cerrarán las heridas del Leviatán?

-Nadie lo sabe, porque el propio Leviatán no tiene conciencia del tiempo, ya que no distingue la mañana de la noche. Su vida es tiniebla perpetua porque así ha de ser desde el día de la lucha contra el Behemoth.

-¿Y por qué lo permite Dios? ¿Por qué no acaba también con la vida del monstruo?

-También Dios cumple sus propias reglas. De no ser así, el mundo no tendría sentido ni orden y el caos se

apoderaría de las gentes y no habría Luna ni Sol ni estrellas y todo tendría su propio orden... porque Dios se habría traicionado a sí mismo.

-Dios creó dos monstruos y se equivocó —dijo la muchacha-. Y por eso mató a la hembra y los seres humanos sufrimos la condena. Fue Él quien dejó libre a mi hermana y es Él quien me condena.

La criatura se levantó, incómoda, y contempló una vez más el rostro de la muchacha que, sin embargo, parecía un poco mayor que antes. Sus ojos, antes de un verde oscuro, estaban ahora más abiertos, surcados por pequeñas estrías casi imperceptibles. Un par de comisuras se podían distinguir en torno a los labios, llegando hasta la nariz. Pero la muchacha seguía allí.

-Es una bonita noche —dijo la criatura.

-Cualquier noche es buena para morir, mi nuevo amigo.

La muchacha se incorporó y se retiró la sábana. Por entre el camisón se distinguían sus formas aún por desarrollar. Dispuso sobre sus hombros una pequeña chaquetilla y se levantó hasta alcanzar la ventana en la que se encontraba la criatura.

-Ciertamente, es una noche hermosa —dijo la muchacha, que dejaba caer su negra cabellera sobre su espalda-. Mire a los árboles, en esa quietud, se diría que es imposible que algo malo pueda suceder en una noche como ésta... ¿Sabe? Paso los días enteros tendida bajo las sábanas, las mismas cada noche... ¿Qué diferencia habrá? Ninguna. Lo siento por mi padre, que se quedará solo.

-Será por poco tiempo, pequeña Anabel. Se reunirá muy pronto contigo.

-Pero sentirá dolor cuando me vaya...

-Estará aliviado —respondió la criatura-. Han sido muchas noches en vela, muchos negocios perdidos, demasiadas decepciones: primero su esposa y luego su hija, loca..., ahora su única hija... Y ya espera lo inevitable, no te engañes.

Anabel miró fijamente a la criatura.

-Lo sé, señor W... Espera mi muerte y la desea en secreto. Cada noche reza para que mi alma descanse en paz, pero esconde su verdadera plegaria... Sus ojos no son humanos, señor... pude verlo cuando penetró en la habitación. Sin embargo, existe algo curioso: un extraño brillo, algo...

-Fui creado sin alma, pequeña Anabel.

La criatura se giró para evitar ser contemplado por la muchacha. Ésta se sonrió.

-Dicen que cuando el alma de un justo va al Cielo se puede contemplar en el firmamento un resplandor. Ocurre a primera hora de la mañana, y si ésta es clara, se tiñe de colores y su brillo se asemeja a un rayo verde... ¿Qué sucede cuando un alma cae en las garras del Leviatán?

-Sólo existe la tiniebla donde él vive. Nada se ve cuando un alma va a parar a su oscuro reino.

Anabel tomó de la mano a la criatura y la trajo hacía sí.

-Sería una pena desperdiciar una noche como está, y más aún cuando es la última noche que paso en este mundo. ¿Quiere dar un paseo conmigo, señor W...?

Anabel apagó el candil y condujo a la criatura escaleras abajo, sin cambiarse el camisón, sin cubrir sus pies, todavía lozanos y de un blanco casi cegador. Llegaron al exterior, y ambos, cogidos de la mano, se introdujeron en el bosque.

השנה ראש

Anabel danzaba por entre los árboles, jugando y brincando, rodeando la maleza. Sus pies, cubiertos ahora de zarzas, se elevaban cada vez del suelo. La larga cabellera negra, desprendida sobre sus hombros, reflejaba el eco de la Luna. De pronto, se detuvo ante un árbol, escondiéndose de la criatura, jugando a no ser vista.

-¿A cuántas almas como la mía ha visto expirar usted, señor W...? —se escuchó.

-A más de las que desearía.

Cercano al árbol en el que se escondía Anabel Rivera, un pozo. Dicen que el alma de su hermana escapó de sus profundidades y que aún vaga libre por los bosques.

-¿Acaso percibo un hálito de humanidad, mi extraño amigo? -rió sonoramente y corrió hasta que sus fuerzas maltrechas se lo permitieron. La criatura siguió sus pasos y se detuvo ante Anabel, que yacía en suelo, respirando sonoramente. Ésta se levantó rápidamente, como si su cuerpo estuviera hecho de aire.

-Venga conmigo, tengo algo que enseñarle.

Caminaron y llegaron a la orilla de la playa. El siseo del mar se percibía claramente, y el reflejo de la Luna iluminaba el rostro de Anabel aún más claramente.

-¿Había visto el mar alguna vez tan cristalino? - Preguntó la muchacha, que miraba de reojo el faro apagado hace ya tantos años-. Hubo un tiempo en que la luz del faro guiaba a los barcos en la oscuridad.

Anabel Rivera miraba claramente el faro. W... reconoció al instante su historia.

-Mi padre dice que yo nací allí.

En la lejanía, se podía ver la sombra de la sangre que manaba de sus carnes: el Leviatán ya esperaba la llegada del primer rayo de sol para calmar su apetito.

Con gesto de complacencia Anabel contrajo la frente y la criatura la miró de nuevo: una pequeña arruga pero pronunciada, se erguía imponente en medio de la frente. Los hombros se había ensanchado un poco más, y los pechos caían ahora ligeramente.

La luz del faro se iluminó, como queriendo guiar así al Leviatán.

La joven introdujo los pies en el mar y siguió caminando hasta que las aguas rozaron sus rodillas. Allí, extendió el brazo y señaló con el dedo índice lo inaccesible. Giró su rostro y miró a la criatura, que no se atrevía a introducir en el mar.

-¿Es allí donde vive? Dicen que un instante cualquiera es más profundo y diverso que el mar.

-Eso dicen otros que escriben cuentos sobre números también.

-¿Estamos viviendo un instante cualquiera, señor W...? -continúo la muchacha, mucho más envejecida-. Si en algún lugar he de morir, me gustaría que fuera aquí, sobre esta agua y en una noche como ésta. ¿Aún falta mucho?

-Queda poco tiempo, Anabel.

La joven se agachó ligeramente y deslizó sus dedos por entre las saladas aguas, los movía con un ritmo cadencioso y suave. Llevó sus manos mojadas hacia su cabellera negra y la mojó volviéndose ésta compacta. Sobre un mechón de pelo, pudo distinguirse un matojo de cabello blanquecino.

-Tengo frío -dijo la mujer.

-¿Hay algo que quieras hacer antes? -preguntó la criatura.

-¿Es esto la muerte? ¿Es así?

-Así debe ser.

-Es extraño, no me siento enferma sino calmada.

-Así debe ser.

El rostro de Anabel envejecía más y más por momentos, cada vez a un ritmo más acelerado. Lucía su rostro ya numerosas arrugas y el mar estaba teñido por algunos de sus canosos cabellos. Sin embargo, sus ojos seguían siendo los mismos, luceros de niña. La contempló por última vez mientras apenas se tenía en pie y miraba al infinito, a la Luna que engañaba. Una vez más Anabel señaló al lejano horizonte y sonrió a la criatura que ya se acercaba.

La anciana había muerto.



Depositó el cuerpo de Anabel junto a la orilla mientras las olas aclaraban su faz. La criatura retiró los cabellos de

su cara para que pudiera por última vez contemplar el amanecer. Miró sus ojos abiertos y sus inflamados labios, que esgrimían, aún en la muerte, una sonrisa juvenil.

Restaba poco tiempo para la llegada de la mañana. Era ese instante, el más profundo y diverso del mar, cuando el alma de los mortales expira.

Tomó la criatura el alma de Anabel, su Anabel, y la miró.

Cuando las primeras luces de la mañana apuntaban, un rayo verde iluminó el mar entero por un instante, alumbrando hasta los confines del océano. Así el Leviatán pudo ver aquel magnífico rayo verde y su rostro pudo contemplar, por un último momento, la inmensidad del mar en un instante.

La criatura permaneció en la playa, solitaria, esperando el seguro desenlace: nada sucedió.

El sacerdote cerró su libro.

CAPÍTULO VIII

El Sabio

Cuanto más me miro en el espejo más quiero escapar de él y más quiero entrar en su sueño. Mi sombra me observa e intenta huir, buscándome como su salvador y amigo. Noto que es su reflejo pálido y que mil fechorías ha cometido porque mil pecados llevo bajo mis espaldas. Mi sombra es lozana y sencilla, pero conoce también la verdad que hay bajo mi fachada, ¿cómo puedo ocultarme ahora que he visto mi sueño?

Quiero escapar del mundo de sombras y refugiarme en esa ciudad de alabastro y miel. ¿Acaso mi sombra querría vivir mi vida? Me gustaría poder hablar su lenguaje y buscar entre esos recuerdos que ya se escapan, porque perdí la memoria, porque hay un libro en el que me siento existir y me siento desaparecer despacio.

De alguna manera, siento que también mi sombra quiere escapar.

¿Fui yo quién la llamó o ella la que me ha buscado? ¿Si muevo una mano hará ella lo mismo? ¿Estará pensando lo mismo que yo en este momento? ¿Será por ello que se mantiene inmóvil y no quiere apartar su mirada de mi rostro avergonzado?

Si es así, mi sombra ha sufrido y pecado y ha matado en otro mundo idéntico de rosas blancas y muertos. Siento que mi cuerpo envejece por momentos, ¿podría vivir eternamente en ese otro mundo oscuro y mantener mi aspecto?

Agonizó durante tres meses tras dar a luz a su hija Amanda.

Dicen que Amanda nació muerta, y que un hombrecillo con nariz curvada se llevó el cadáver.

No estaba muerta.

Ni estaba viva.

Dice la leyenda que existe una religión perdida de los que rindieron culto a Lilith, los malditos que aún hoy creen en su venida.

Fueron tres en Roma y en tierras celtas y en Grecia. En alguna región olvidada recibe también tres nombres: Sara, Amanda y Anabel Rivera

Siendo Sara la madre de Amanda y ésta de Anabel.

Cuentan que existió un hombre sabio que todos los secretos quería aprender y con saña y maledicencia trató de engañar a la diosa, siendo eterno su castigo, siendo terrible su tormento.

Se separó del resto de sus compañeros y pudo verlos, envueltos en blancos mantos... era ella quien portaba la cruz, pudo reconocerla al instante por sus largos cabellos negros y su tez blanquecina. Conocía la historia desde que era un pequeño: almas muertas que vagaban de un lugar a otro sin otra misión que reprender a los vivos alguna falta o anunciar la muerte. Al frente, caminaba una mujer que portaba una cruz (o un caldero de agua, dependiendo de las versiones). Era ésta mortal y debía pasar el testigo a otro ser humano antes de perecer de agotamiento.

Siempre en un lugar preferente, marchaba el guía de los muertos, que era conocido como el Estadea. Algunas versiones de la leyenda apuntan que porta un libro en el que todo lo que escribe se cumple, porque fue ése su deseo cuando se unió a la comitiva.

El grupo era conocido como “La Santa Compañía” (o simplemente “La Compañía”) y dicen –aunque debido a las múltiples variaciones de la misma leyenda este dato resulta inconcluyente- que el número de integrantes del grupo es fijo y suele ser éste siete.

Cuando era niño, aquel hombrecillo con nariz curvada contempló a La Compañía, pero calló por miedo a que los otros le llamaran loco.

Todas las almas de La Santa Compañía buscan desesperadamente en sus viajes otras almas atormentadas a las que traspasar su condena (su pesada cruz) para así poder liberarse.

Las apariciones de la lúgubre comitiva vienen precedidas de un fuerte olor a cera quemada, porque los muertos viajan de noche portando velas para iluminar su camino. La portadora de la cruz (a veces, puede también ser un hombre) no puede girarse ni mirar a los muertos. A veces el grupo viene acompañado por el lento ulular del bosque, en una especie de música leve, de angustiosa letanía. Dicen que los animales huyen, porque no hay, ni entre los humanos ni entre las bestias, ser alguno que pueda sobrevivir a su mirada.

Aquel pequeño con nariz todavía espigada los había visto. ¿No se habían apercebido de su presencia? ¿Acaso no había llegado su hora? El Estadea pareció huir de su presencia... fue la primera vez que pudo contemplar, de primera mano, el preciado objeto que sería su obsesión durante largos años: el libro que el paladín portaba bajo su manto negro.

Muchas de las versiones de la leyenda con las que entró en contacto a lo largo de su vida hablaban de mantos blancos pero, sin embargo, no fue ésa su visión. Aquella lejana noche, el Estadea, con capa negra, caminaba junto a la portadora de la cruz. Los cinco muertos caminaban detrás, en dos filas de irregular número. Tras las dos filas, caminaban dos mujeres totalmente vestidas de blanco (de ahí que siempre se hable de las siete almas en pena, pues no se tiene en cuenta ni al estandarte ni a quien camina a su lado).

El pequeño con nariz espigada había nacido muy cerca del embalse en el que contempló la aparición). Era un lugar triste, pero estaba relativamente cerca de la capital, lugar de paso de medio continente y centro cultural del país en aquellos tiempos. Mientras jugaba con sus compañeros,

mientras corría de un lugar a otro del monte y escapaba de los bastonazos de las ancianas (siempre tan reconocidas por su escaso sentido del humor) ocurrió el hecho que cambiaría su vida: algunos eclesiásticos llegaron al pueblo para seleccionar chavales más o menos espabilados a los que poder llevar al seminario. El pequeño con nariz espigada (al que por otra parte sentarían muy bien los anteojos) realizó unas pruebas mediocres.

Dicen que fue su padre quien habló con el examinador y logró que su pequeño fuera admitido en el seminario.

El padre de aquel pequeño con nariz todavía espigada y gesto aún tranquilo murió a los nueve meses.

Las aspiraciones religiosas del muchacho eran todo menos profundas: no creía en la existencia de Dios ni en el infierno. Sus creencias –y las de otra mucha gente en la región– transitaban entre un oscurantismo ateo y supersticioso y una mitología más celta que judeocristiana.

–¿Vendrá Dios a ayudarme hoy en el campo? Entonces no me interesa –era la frase más común entre los paisanos.

Sin embargo, cualquier lugareño tenía en alta estima tener un pariente seducido por alguna lamia o algún amigo marinero que hubiera visto islas invisibles a los ojos de los cartógrafos. El visionario era considerado loco, pero siempre está bien visto tener algún toque de exotismo entre los conocidos.

–Un loco siempre es una bendición: te mantiene activo todo el día –solían repetir.

Terminó los estudios con más o menos fortuna, realizando la última parte en la Universidad Pontificia. ¿Dios?

–No lo he visto encerrado bajo la filosofía católica ni bajo el prisma escolástico –respondía el ya ordenado sacerdote–.

No había contemplado ningún rostro sin forma que le hubiese ayudado con sus estudios ni había encontrado a un

ser misericordioso. Para aquel joven con nariz ya curvada, la única verdad había sido una extraña visión que aún recordaba nítida y que todavía estaba buscando cuando fue destinado como cura a una pequeña parroquia de la capital.

Ya desde el principio se destacó como un “cura laico”, siendo en más de una ocasión criticado por algunos colegas por su visión crítica de la cultura católica, que –según él– desdeñaba las influencias de un pasado enriquecedor del que había mucho que aprender.

Las gafas le hacían respetable... Es una extraña tradición entre estudiosos con solera (no entre intelectuales aficionados), poseer un par de gafas con las que adornar opiniones y dogmas de fe.

Ocurrió una tarde en el seminario, envuelto en libros y con la vista fatigada. El muchacho con nariz ya curvada se restregó los ojos y vio unos anteojos que algún compañero se había dejado olvidados. Se los puso pero su vista no se aclaró... Sin embargo, se sintió preparado y distinto, como cumpliendo con la imagen que su sombra le susurraba.

Desde entonces no pudo contemplar los rostros con claridad, porque el hombre al que había hurtado los anteojos tenía una grave afección ocular (que pronto heredaría el sacerdote de nariz curvada).

-Con estos anteojos el mundo se contempla más claro... distinto –dijo un día en la homilía.

El hombrecillo sonreía y miraba cada día en su espejo y vestía sus ensueños de sombras y sus sombras de reflejos pálidos.

-Más allá, la sombra me espera –dijo irónico a un feligrés que le requería.

-Es usted un excéntrico, Padre –contestó el fiel, ya acostumbrado al extraño humor del sacerdote.

-Si existiesen más excéntricos en la Iglesia quizá los fieles no tendrían que inventar historias.

-¿Y qué le ha dicho la sombra, Padre?

-Que he pecado –concluyó envuelto en aquellos anteojos que nunca más abandonó.

Mientras sus compañeros pasaban las horas en compañía de prostitutas y alcohol (porque un seminario era todo menos una ofrenda a la castidad), el jovencillo con nariz curvada investigaba entre los viejos volúmenes de la universidad, tratados antiguos y condenas de la Inquisición. Todo cuanto se refería a la brujería o formas antiguas de cultos le interesaba. Las condenas se basaban en estupideces supinas, pero había sin embargo casos dignos de estudio, sobre todo algunos que se enclavaban en la zona norte.

-¡Y dicen que la historia eclesiástica no es divertida! –exclamaba con fuerza y provocación cuando sus compañeros llegaban, quedos, al seminario tras una larga noche de diversión-. Los inquisidores no causan precisamente insomnio, sobre todo cuando se ensañan con herejes menores... como quizá sois vosotros, mis lascivos y lujuriosos compañeros.

Todos reían las ocurrencias del excéntrico estudiante que, por el contrario, trataba de no entrar en conflicto con sus maestros.

-Mi madre siempre dijo que el más sabio de los hombres es siempre el más idiota –un gesto teatral acompañado ahora por una leve sonrisa-. Quizá por eso se casó con el más idiota de los hombres: mi padre.

Los otros le observaban con conmiseración, pero siempre había que tener en cuenta la opinión de un hombre con gafas, aunque fuese hijo de un sabio.

-Dios es uno como nos enseñan las escrituras, porque Dios lo es todo y el todo es uno –decía otro compañero con marcado acento sueco.

-¿Acaso tiene menor valor la intuición de cientos de hombres que la novela de otros cuatro?

-Eres un ateo, amigo mío. ¿Qué haces aquí si no crees que nuestro Señor vino a redimirnos de nuestros pecados?

-¿Sabes en qué consistía “la pera”? Fue una tortura bastante extendida. Se trataba de un instrumento en forma de pera que terminaba en varias puntas para así desgarrar mejor a la víctima... introducían “la pera” en algún conducto femenino –claro está, dependiendo de la imaginación del torturador- y una pequeña llave agrandaba el instrumento, produciendo así desgarros fatales. Es lo que hacían a aquellas mujeres acusadas de copular con el diablo o con ángeles... Eso amigos míos, es lo que nuestra Iglesia hacía a las que se quedaban embarazadas sin la intervención de varón, ¿os suena la historia?

El resto de los estudiantes reía a carcajadas.

-¿Contarás tus “averiguaciones” a los feligreses?

-Desde luego, pero antes.... ¡tendré que quitarme las gafas!

Aquella noche el hombrecillo con nariz aguileña tuvo un sueño. ¿Estaba enamorado? Ella tenía un largo y lacio cabello negro que caía sobre sus hombros. Vestía coqueta porque ése era su oficio. Esperaba a un marinero y el hombrecillo entraba. Rápidamente sus facciones envejecieron y su rostro se tiñó anciano.

-¿La absolución? –preguntó el sacerdote-. Estás maldita, mi niña: has visto al diablo.

-¿Soy bella, Padre?

La contempló de nuevo y tras el espejo pudo ver su verdadero rostro y su historia. Cercana, había una cuna con un bebé que lloraba.

Se despertó sobresaltado. En un par de horas sería ordenado.

Pasó su última noche como estudiante envuelto en tratados antiguos, mucho más morales que la ley mosaica y mucho más reales que los principios tomistas. El Sol ya alumbraba, entre relatos maravillosos de muerte y vida y

renacimiento humano: ésas eran las verdaderas narraciones del hombre, las que buscaban en su interior la fuerza para crecer y volver a nacer, las que buscaban esperanza y vida... no a un dios muerto al que adorar y en quien depositar nuestras aburridas miserias. Llámese Osiris o Jesucristo, nacido de los pedazos de un ave muerta o de una diosa travestida en campesina, los verdaderos personajes de la historia que estaba a punto de contar seguían allí, esperando una respuesta a través del espejo.

Del sueño recordó su nombre: Sara Rivera.

Ocurrió una tarde de mayo, según creía recordar. Las confesiones suelen ser bastante aburridas (y dignas de evitar) en la vida de un sacerdote. La señora tenía una voz dulce y algo ronca... entre otras estupideces habló de cierta tía suya que se había vuelto loca y había dejado cientos de páginas escritas sobre sus dos hijos (un niño y una niña). Se trataba de una señora llamada Sara Rivera que había perdido la cordura cuando su marido murió de una indigestión —más tarde confesaría que le asesinó ella, pero la policía no la creyó, tomándola por lo que era, una loca-. Hablaba constantemente de una partida y de un lugar llamado Pontelóstrego (nuestro hombrecillo no lograría jamás encontrar la ubicación del citado pueblo)... también de un hombre que tenía la facultad de que todo lo que escribía en su libro se cumplía... y de la portadora de la cruz de “La Santa Compañía” (se refirió a la comitiva con su nombre completo). Después, la mujer se marchó sin haber confesado un solo pecado (este tipo de señoras tan respetables son intachables hasta en la confesión, no vaya a ser que el cura se vaya de la lengua).

El hombrecillo con nariz torcida se tomó el asunto a broma, pero más tarde decidió hacer averiguaciones: en efecto Sara Rivera había terminado sus días loca diciendo que La Compañía existía realmente en un extraño lugar en el que no corría el tiempo, en un pequeño pueblo costero

en el que los muertos y los vivos convivían una vez cada siete años contando la misma historia con diferentes variaciones. Llamaron en los periódicos a esta extraña historia: “El Puzzle”, y llegó a ser noticia destacada durante varias semanas en los diarios locales (más debido al nombre de la señora que a la calidad periodística de la fábula).

Fue un pariente de los Rivera quien le dio todo tipo de facilidades para acceder a los escritos de Sara (por primera vez en su vida comprendió que el alzacuellos tenía sus ventajas):

-¿Qué problema habría? –dijeron al otro lado del teléfono-. Mi tía estaba loca, y el asunto ya ha sido aireado suficientemente. Si pretende escribir un libro sobre ella, le recomiendo por su bien que abandone semejante idea. Es una historia sin valor, sólo los papeles de una demente... pero si insiste, puede leerlos, aunque no encontrará en ellos más que sandeces.

Se personó en la casa y las puertas de la mansión decimonónica se abrieron de par en par (definitivamente era una suerte haber sido destinado a un lugar con gran tradición católica).

-¿Los quiere? Son suyos por el tiempo que desee. Es más, Padre, si se extravía no crea que los echaremos de menos –dijo la señora, aún sin confesar su nombre-. Toda esta historia ha hecho muchísimo daño a nuestra familia, y es ya hora de que la olvidemos.

Así que el hombrecillo con nariz curvada dejó la casa y se dispuso a pasar las siguientes semanas sumido en la confesión de una chiflada, no sin antes echar un vistazo a la fabulosa colección de puzzles que gobernaban las paredes de la casa cual tapices.

Del sueño recordó el nombre del fantasma que camina: Sara Rivera.

Sara Rivera decidió culparse de la muerte de su marido y elaborar una farsa: escribir cartas a su hijo de parte de su padre muerto y fingir que aún seguía vivo. Pronto, su hijo (Eduardo) se dio cuenta del engaño y comenzó a recomendar el internamiento de su madre... dicen las malas lenguas que para hacerse también con su herencia. Eduardo cuidaba de un faro y estaba casado con una mujer llamada Amanda que desapareció un buen día estando embarazada sin dar explicaciones.

Sara tomó tanto cariño a Amanda que la llegó a considerar hija suya, aunque en sus relatos recomendase a Eduardo su truculento asesinato y final.

El fúnebre Wilson —que parecía corresponderse con la tradición del Estadea— incita y escribe en su libro la solución a todo el enigma.

Lo curioso del caso es que, junto con las cartas y diarios (casi podríamos hablar de relatos novelados en este caso), el sacerdote encontró una extraña foto del que parecía ser el verdadero Wilson. Se trataba de un daguerrotipo antiguo de un caballero con capa y sombrero (pasado de moda incluso para la época en que fue realizado) y estaba también junto a él, como relataban sus escritos, la sombra que se cernía sobre el hombre, la sombra del otro Wilson. El semblante... los gestos, la expresión, todo se correspondía con la descripción que Sara Rivera hacía en sus diarios.

Wilson fue, probablemente, un estudiante que arribó en un puerto importante de la zona norte. Es allí donde conoce a una mujer llamada Sara, prostituta y mujer desechada. Cuando el marinero se convierte en Wilson-Estadea la deja embarazada de Ana e Isabel Rivera, dos gemelas que parecen guardar aún más secretos.

Por primera vez desde los tiempos del seminario, el hombrecillo con nariz ya curvada encontró un verdadero relato sobre La Santa Compañía, que había sido su pequeña y secreta obsesión desde sus ya lejanos días de infancia:

¿qué había llevado a una dama de buena posición a elaborar una ficción tan sombría?

Los relatos se tejían poco a poco sin llegar a plantear nada que se pareciese a una estructura coherente: sin forma aparente, con la única regla del caos, con frases repetitivas y constantes que funcionaban a modo de melodía. Al hombrecillo de nariz torcida nunca le había gustado la literatura y aquellos textos —más allá de sus pretensiones— se volvían confusos y abyectos y tenía que hacer un esfuerzo para poder seguirlos sin perder detalle (por no hablar de las constantes incoherencias que el relato planteaba a forma de acertijos).

Sin embargo, allí estaba y no podía encontrarlo. No era la primera vez que leía el nombre, Pontelóstrego, que significa “el puente del rayo”, en clara referencia al fenómeno meteorológico que había configurado el carácter y leyenda del lugar: un rayo había terminado con toda la población en tiempos inmemoriales y desde entonces esperaban su segunda llegada.

Pontelóstrego figuraba en las cartas y los relatos de Sara Rivera, sí, pero también en otras muchas obras medievales y en algunas novelas. Los conocimientos de su amigo Benjamín en este sentido fueron de gran utilidad.

Era Benjamín un laico de aspecto amable y sincero que, de no ser por sus extrañas aficiones hacia los bajos fondos, podría pasar por una persona casi intachable, incluso sincera. Era conocido en la ciudad como “el tahúr” por su gran destreza en las cartas y no había noche que no probase suerte en alguna taberna y birlase el dinero a algún turista inocente... y es que nunca jugaba con nadie de la propia ciudad (es la ley del tahúr: nunca te juegues los cuartos con tus amigos o dejarán de serlo). Cuando no jugaba, Benjamín devoraba novelas y literatura... degustaba cada libro que caía en sus manos con rapidez —que no siempre con atención— y era capaz de hacer un resumen de la narrativa con sólo leer algunos extractos del mismo... es

lo que tienen los intelectuales de medio pelo y sin gafas: demasiadas novelas, poca cultura.

-El pueblo –decía Benjamín da Luz- es un enclave imaginario, algo así como la ciudad mítica de tu amigo San Agustín... Claro está, salvando las distancias entre la fe cristiana, siempre tan higiénica, y las andanzas de unos aldeanos que disfrutaban practicando torturas. Dice la leyenda que, una vez cada siete años, el tiempo se detiene y se compacta. Se crea un bucle y nuestras concepciones pierden todo sentido y todo sucede a la vez como en un sueño.

Sin tiempo, sin espacio, sin sentido, Pontelóstrego era el lugar donde moraba La Compañía entre historias deformadas y repetidas unas sobre otras.

-Así, mi estimado sacerdote –y es que el señor da Luz tenía mucho retintín heredado de las frecuentes partidas de póquer- es el lugar al que sólo se llega desde la condenación.

-¿El infierno? –preguntó el cura.

-Llámallo como quieras, pero digamos que no sería un buen sitio para un sacerdote.

-¿Y cómo se puede llegar allí? –ya no podía disimular su entusiasmo, aunque se tratara de una novela creada por una mente un tanto (digámoslo así para no herir sensibilidades) “poco centrada”.

-Pues tienes varios caminos, amigo: en tu caso, puedes envenenar las hostias consagradas o matar a unos cuantos monaguillos... o no sé –decía ya gesticulando, con un marcado acento gallego- ¿qué te parece hacerte judío? ¿Cabrearías con eso a tu Dios? Tranquilo, amigo, el infierno es un lugar grande, pero Pontelóstrego es un pequeño pueblecito en el que apenas hay sitio para unas cuantas viejas amargadas y siete almas en pena aburridas.

El hombrecillo con nariz curvada pidió algunos de los libros que da Luz citaba en sus explicaciones y se tomó los dos meses siguientes para leerlos a conciencia. No eran los

tratados de brujería que había podido consultar en el seminario, sino “opúsculos” sin ningún valor que mezclaban fórmulas mágicas con tradiciones antiguas que el escritor parecía desconocer. Es lo que tiene la cultura popular, basada en fuentes cultas que sus autores ignoran. El resultado es un maremágnum de sinsentidos más o menos atractivo.

Sin embargo, en una especie de tratado sobre los demonios figuraba el nombre del Estadea como el heredero del Ángel Caído, el más bello de entre los que Dios tenía a su servicio pero que se volvió soberbio, desafió a Dios y fue castigado sin remedio..., (no debía estar desencaminado Milton con su celebérrima frase). Allí, se citaba también a una tal Sara, hija de demonios, como la concubina de éste.

Aquella noche el sacerdote se retiró los anteojos y se miró fijamente al espejo. Despacio sintió crecer sus cabellos un poco más.

¿No era acaso el mal un reflejo del bien? Jesucristo en su ayuno contempla al demonio, y el enfrentamiento de los contrarios transforma el sentido de sus oraciones. En su extraña búsqueda y aún en el seminario, el recién ordenado sacerdote había entrado en contacto con ciertas artes cuasi- adivinatorias: la cábala. Era tenida por el arte de combinar letras y números para adivinar algo, aunque era algo bastante más complejo y espiritual. Se trataba de un intento por alcanzar la imagen de Dios a través de los diez atributos de la divinidad y así explicar la experiencia humana de redención.

-¿De cuántos textos consta ese relato de la loca?

-Diez.

-Porque diez es el número de Dios.

-Son curiosas las historias –dijo Benjamín-, cuanto más se repiten, más reales se vuelven. ¿Has pensado en la leyenda del Golem? El rabino Low crea un hombre sin alma mediante letras y nace el caos. Es la mayor aspiración

del ser humano: dar vida, convertirse en Dios. ¿No sería maravilloso tener ese poder?

Reza un viejo dicho que Dios sólo pudo convertirse en Dios cuando creó el mundo, porque sólo así tuvo un espejo en el que poder mirarse.

Aquella noche el sacerdote ya no miró el espejo. Volvió a soñar con ella de nuevo, volvió a soñar con una prostituta que buscaba la extremaunción.

El hombrecillo con nariz curvada comenzó a urdir su plan durante la sacristía: podía ya repetir las palabras sin siquiera prestar atención y era mejor no alargar demasiado el sermón si se quería mantener un cierto número de feligreses. Aquel “podéis ir en paz” sonó esta vez pacífico y alentador, como si otra persona desde otro lugar y en otra época lo pronunciase. Después, se quitó el hábito y se dirigió a sus habitaciones. Junto a los textos garabateados de Sara Rivera cogió una hoja en blanco y se dispuso a escribir.

Aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido: Eduardo mantenía la mirada fija, encogida tras lo que creía adivinar como una victoria segura; da Luz sonriente siempre; Horacio sudaba; el hombrecillo tenía suficiente con evitar que los demás jugadores se fijaran en su aguileña nariz, que ya desde los tiempos del seminario había tratado de disimular con unos anteojos.

Wilson sonreía, y es que el Estadea siempre sonríe al que se atreve a mirar.

Alguien interrumpió, despacio, como si hubiese estado esperando largo tiempo.

—¿Quién es? —preguntó el hombrecillo de nariz curvada, ya seguro de la respuesta: silencio.

El sacerdote abrió maquinalmente la puerta, como hacen los hombres serenos y de ciencia, como hacen los cabales hombrecillos de aguileñas narices y gestos torcidos.

-¡Para que entren los fantasmas y las musas! —dijo no sin saña, no sin ironía ni miedo, ante los manuscritos de una loca, ante los delirios de un niño que, inocente, un día creyó ver una legión de muertos acechando.

Ahora se mira en el espejo y deja entrar las sombras.

Y recordó el sacerdote otra vez las comidas en el seminario y los alborotos y los burdeles y las noches blancas todas y una novela dentro de una novela que se escribe en otro lugar y en otro tiempo. Y se recordó un día con unos compañeros y se deslizó también entre sus cuencas ovaladas y sus recuerdos culpables en las noches de verano malditas.

-¿Soy bella? —preguntó coqueta la anciana enferma.

-¿Te parezco bella? —preguntó la conocida prostituta Sara Rivera desde el espejo de la coqueta.

-¿Qué ha sido de tu hija?

-Vive feliz en otro lugar, muy lejos de aquí —respondió la meretriz-. Tiene otra vida y otra historia y otra caja también. Un sacerdote se la llevó hace tiempo y nunca más he vuelto a saber de ella.

-Dicen que tiene una hija llamada Anabel.

-¿Cómo es? Puedo imaginarla sencilla, con largos y negros cabellos que penden y se deslizan lacios sobre su rostro esbelto. ¿Cómo es? Puedo imaginarla jugando al borde del mar con los pececillos y sus pies están desnudos y sus ojos son sinceros porque nunca ha conocido el poder de La Tiniebla.

-¿Quién es? —preguntó el sacerdote mostrando la foto de Wilson.

-Apenas le recuerdo. Fue un marinero que me solía visitar hace tiempo. Se marchó para nunca más regresar, tomó el barco y sus cosas y olvidó que, una vez, en un pueblecillo costero llamado Pontelóstrego, se juega una partida cada siete años. Cinco son los condenados y cinco los jugadores que juegan hasta que sus conciencias pierden

el sentido y hasta que La Compañía ya se marcha, hasta que el rayo verde, por fin, rompe la oscuridad.

-Eres bella, pequeña Sara Rivera.

El sacerdote tomó la sagrada forma y, despacio, escuchó la confesión de aquella prostituta, madre de una niña llamada Amanda, que enferma pidió la extremaunción. Dicen los sabios que había contemplado el rostro del diablo y que nadie puede sobrevivir a sus rasgos, que todos mueren.

-¿Me querrá dar el sacramento, Padre?

-Estás maldita, mi niña: has visto al Estadea.

Cuenta la leyenda que un sacerdote fue requerido para velar las últimas horas de una condenada. Tan grande fue la pena que sintió que decidió perdonarla y concederle el último de los sacramentos, quedando con esto eternamente condenado. Ya sabía el sacerdote de la existencia de la pecadora porque era en todo el pueblo conocida, porque caminaba entre dos mundos y dos espejos y palabras quebradas... Conocía también la historia de un hombre que, debido a su desmedida sed de conocimiento, se vio absorbido por una historia que no le pertenecía y de la que entró a formar parte.

-Y se sienta una vez cada siete años a jugar una partida que está condenado a perder y repetir –dijo Sara.

Y cada siete años perdona las lágrimas de una prostituta convertida en santa y diosa.

Se sentó el hombrecillo con nariz curvada en la esquina de la cama, ya Sara estaba postrada, esperando al fin la muerte.

-¿Soy bella, Padre?

-Lo eres, hija, lo eres.

-Sé que miente, pero esos no son la clase de pecados que nos llevan al infierno. ¿Me dará la absolución?

-Estás maldita, mi niña: has visto al diablo.

Desde el espejo, el hombrecillo escuchó el susurro de Lilith, en gestos y rostro iguales a los de Sara... pero ya no

era ella sino otra mucho más joven, sin rastro de la enfermedad, ya Lilith.

Regresó Sara Rivera desde los confines de Azilut y así habló desde su reflejo pálido de sombra blanca:

-¿Y si diese la solución a su puzle, Padre?

-¿Y si le confiase el secreto? —dijo el coro de ancianos.

-Soy un hombre que busca la salvación, sólo eso.

¿Y la ha encontrado en su dios? Responda sin pudor, no olvide que sólo es una novela.

El hombrecillo podía reconocerla en sus recuerdos de niño: al fondo de la comitiva, dos mujeres... Sara era una de ellas. Cercana a ésta caminaba Amanda... madre e hija por fin juntas en el sueño de los vivos.

-La absolución, Padre, la absolución...

El hombrecillo levantó las manos e hizo la señal de la cruz. Yo te perdono. Y miró fijamente su rostro de risas y llanto y vio en sus ojos los remolinos y los hijos nacidos muertos y los desgarros y el tiempo y el mar en calma. En el nombre del Padre. Y miró también las últimas horas que pasó con su marinero y los últimos compases que le ofreció cuando su cuerpo ya se pudría otra vez por dentro y otra vez cuando el cielo se llenó de estrellas y deseó que el momento nunca terminase. Y del Hijo. Y esperó a que el tiempo se detuviese, ¿qué puedo hacer para ir más allá del espejo, mi diosa? Y del Espíritu Santo. Y el hombrecillo con nariz curvada se sentó frente al espejo y tomó algunos papeles dispuestos junto al tocador y se miró y se vio en otra vida y en otro tiempo junto a un amigo llamado Benjamín da Luz.

-Busca -dijeron los susurros, dijeron los muertos.

-Yo te perdono —dijo finalmente el hombrecillo de nariz curvada-. Yo te perdono.

Y tomó la almohada que sostenía la débil cabeza de Sara Rivera y apretó fuerte y sintió cómo gemía y susurraba llantos de gozo porque mientras agonizaba también ella obtuvo placer. Disfrutó el momento y encontró la puerta

hacia el pasado y su ilusión, y por el saber se entregó y la mesa aún tenía un sitio entre Wilson y Quiroga en el lugar de los condenados. Apretó más fuerte y casi desfalleció el hombrecillo de nariz curva pero siguió y Amanda lloraba desde su cuna, a apenas un par de metros del lecho de la prostituta.

-No llores –dijo el sacerdote-. Yo cuidaré de ti.

Y apretó y escuchó una música y desde el espejo Lilith sonrió y alargó los brazos y supo que estaba cumplido.

Y desde entonces sólo Lilith tiene cabida en su corazón.

Y desde entonces se repite la historia sin tiempo.

Y desde entonces el puzle está abierto.

Y desde entonces Sara Rivera camina entre dos mundos... condenada por el Estadea y salvada por un sacerdote.

Y por eso Sara venció a dos muertes y entre La Tiniebla y el texto camina, condenada.

Su destino aún no ha cumplido.

CAPÍTULO IX

Da Luz

Quiero probar ese néctar y quiero embriagarme y quiero poder saborear la eternidad. Los ojos de mi sombra están atemorizados porque conocen mis intenciones y saben que ya no pertenezco a este mundo sino al otro...

Y que nunca apartaré mi mirada de la suya hasta que la posea, hasta sentir el terror reflejado en mi sombra desnuda.

Su rostro se ha perdido y el mío permanece. Estoy aquí pero también allí. Si se vuelve, estará perdida y habré vencido en el duelo y estaré al otro lado y viviré aunque muerto y viviré aunque dormido en el sueño de otro ser que espera también su sombra.

Ansío entrar en ese infierno y quiero sentir soledad y miedo y reserva y ese pánico que sólo los ojos de los niños reflejan y sólo los ojos de un niño temen.

Pretendo verte llorar, sombra, pretendo verte pedir perdón porque ahora soy un dios entre los hombres despiertos, porque ahora soy un dios entre vosotras, porque ha transcurrido un instante y sé que nunca ya podré escapar de este momento que me absorbe.

Eres mía y te invoco.

Eres mía y te absuelvo.

Eres mía y te condeno a morir entre los vivos porque ahora reconozco mi sueño eterno.

“Dicen que en manos del Estadea hay un libro que todos los secretos contiene.

La teoría de juegos es un área de la matemática aplicada que utiliza modelos para estudiar interacciones en estructuras formalizadas de incentivos y llevar a cabo procesos de decisión.

Si existe un conjunto de estrategias tal que ningún jugador se beneficia haciendo un cambio mientras los otros no lo hagan también, entonces ese se ha conseguido un equilibrio.

Se denominan “juegos de suma cero” a aquéllos en los que el beneficio total del juego suma cero: el póquer pertenece a este grupo.

La “teoría del juego” estudia y explica procesos de decisiones óptimas en casos aplicados. Es un hecho sabido que cada jugador pretende minimizar las posibilidades de éxito de sus rivales, con independencia de las ganancias de dicha acción.

Me llamo Benjamín da Luz y soy jugador.

La “teoría del juego” resume toda la tradición de psicología social.

La vida del ser humano es un juego de suma cero con posibilidades finitas no cuantificables y jugadores infinitos pero determinados. Aquello que algunos llaman “libre albedrío” yo lo llamo falta de cálculo y eso que llaman “Dios”, yo lo llamo matemática.

No es Benjamín mi verdadero nombre. Creo que alguien en otro lugar más allá del espejo lo conoce, yo lo ignoro.

Solo hay dos clases de personas: las que juegan y las estúpidas. Este segundo tipo cree que no juega, se equivocan: juegan pero no realizan apuestas (de esta manera se garantizan un beneficio cero al final de la partida). No pierden ni ganan y han logrado un lastimoso equilibrio.

En la vida, sólo las personas que apuestan son interesantes y han merecido mi atención.

¿Siempre he ganado?

Vencer en cualquier juego es simple, se trata tan solo de encontrar las reglas que rigen el funcionamiento del sistema y, de acuerdo con el método de observación, inferir

las probabilidades de éxito para los distintos tipos de jugadas.

Existen miles, millones de juegos.

Juego: póquer. Número de jugadores: cinco. Posibilidades de éxito con aplicación matemática del método: setenta por ciento.

Es un juego arriesgado, ya que depende de procesos de lógica difusa como el grado de implicación y la experiencia personal. Deducir el sistema de apuestas puede ser en muchos casos (especialmente para un jugador poco experimentado) poco menos que imposible, ya que depende de un gran número de variables que no pueden ser tomadas como constantes (se trataría de establecer ecuaciones y conformar con ello sub-sistemas referenciales que llamaríamos “modos de juego” de cada uno de los integrantes en el sistema general).

Los mejores instrumentos de un jugador de póquer son el tiempo y el dinero. Sólo se trata de deducir el sistema de apuestas que los contrincantes emplean y realizar la jugada en torno a ello aplicando el sub-sistema de jugadas. Por esto se dice que es más importante la experiencia que las cartas... por eso se encuentra dentro de los llamados “juegos psicológicos”.

En realidad, un buen jugador nunca apostaría en el póquer ya que no requiere ningún tipo de habilidad matemática y la medición del éxito es simple, de ahí su gran difusión social.

Benjamín siempre había adorado aquellas noches cubiertas por densa niebla, noches blancas salpicadas de estrellas, tan frías y tan cálidas entre las construcciones esbeltas que anunciaban duelos y prometían emociones.

En la cabaña, la luz estaba iluminada, ya la Luna se pone y el pozo espera el cadáver de dos hermanas.

Se había dirigido hacia la casa, ante aquella puerta de madera quemada que tantas veces había visto. Introdujo la

llave y entró despacio, esperando no despertar a la hermana Isabel. Tras ella apareció Ana, la bella Ana de largos cabellos negros y ojos rasgados, de fino talle y ojos cansados y muertos.

Ana sonrió.

-¿Venciste? –preguntó.

No hubo que esperar una respuesta: Ana se abalanzó sobre él y depositó sobre cada centímetro de su rostro miles de caricias y besos, Benjamín contestó con un contenido arrumaco... Ella, con un movimiento de cadera, separó los rostros unidos por el engaño.

-¿Dónde está? –preguntó da Luz sumido en la tiniebla.

-Descansa –respondió Ana, hermana de la muda Isabel.

-Te mataría sin pensarlo dos veces.

Ana le besó de nuevo en la frente, esta vez maternalmente.

-¿Y si mi hermana trata de impedirlo?

-También la mataría a ella –respondió Benjamín.

Desde la habitación cercana, se escuchaba la respiración cansada de la hermana maltrecha, que se afanaba en escuchar alguna parte de la conversación de los dos amantes.

“Dice el libro que todos los secretos contiene que, escondidos en una cabaña, reposan los cadáveres de Ana e Isabel Rivera”.

-¿Y qué sería de nosotros, Benjamín?

-Al fin seríamos libres, querida... ¿Has sentido alguna vez que tu existencia no es tuya?

-Como si estuviéramos atrapados en la vida de otra persona y camináramos entre sombras... Sí.

Benjamín partió rumbo a la partida en el pequeño pueblo costero de Pontelóstrego. Y es que eran aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido. Las cartas no le eran propicias por el momento, pero esperaría su oportunidad.

-Todo ha salido mal, Ana –repetía Benjamín-. Lo tenía hecho, todo estaba bien atado, sólo una mala mano en el último minuto y se terminó... Pero Ana, ahora he de pagar mi deuda, te ruego me ayudes... ¡Será de veras la última vez!

La partida se dilataba más de la cuenta, mientras Eduardo no hacía más que tener la mente distraída en cualquier cosa: de no estar obsesionado con su madre, quizás hubiese llegado a ser un buen hombre, una verdadera lástima. Los otros tres eran el sacerdote, Horacio (inspector de policía del pueblo) y un tipo llamado Wilson, demasiado elegante para poder vencer.

Portaba Wilson un libro que contenía esta misma historia.

Benjamín da Luz siempre había sido jugador. Ya en su primera infancia había comenzado a sentir ese inefable placer por el juego bien hecho, no se trataba de dinero o ganancias sino de buscar la belleza de la expresión. Un jugador no vence rápidamente como lo haría un profesional o trabajador cualquiera, sin alardes ni trucos... un jugador verdadero hace arte y engaña, porque el juego es matemática del excelso arte del embuste. ¿Recordaba aquella partida? Estuvo exquisito. Le llevaba cada mano y le desgataba lentamente, como en un combate medieval..., poco importaba ya si pudo haber perdido con un full de doses.

La técnica con un jugador experimentado debe ser diferente a la que se emplea con un novato. Éste es un ignorante pero aquél conoce todas las estrategias y trucos. Con él hay que hacer un engaño sobre un engaño, una mentira de dos caras. He ahí la esencia del juego.

Cuando dejaba los naipes, Benjamín leía libros extraños y novelas complicadas. Tampoco en el terreno de la ficción podía abstraerse del mundo del juego. Los textos se apelmazaban unos sobre otros, a veces siguiendo caminos oscuros, otros con una claridad exquisita... da Luz gustaba

de tomar un capítulo de allí y de aquí y reordenarlos en su mente, a la manera de un puzle, componiendo con ello una nueva novela, un nuevo juego.

Cada mañana leía cuentos que transformaba a capricho y nunca recordaba tal y como eran: ¿dónde está el sentido de leer siguiendo un orden? Volvía sobre un párrafo y saltaba un par de páginas para descansar un momento y hacer un solitario... en secreto tomaba una copa de coñac a las doce de la mañana y esperaba la llegada de la noche... a veces paseaba entre el bosque e incluso se acercaba por las inmediaciones de la casa del pozo.

-¡Aún no ha salido Anabel! –gritaban los niños.

-Ya viene, ya viene. ¡Corred! –contestaban otros.

A Benjamín le gustaban las habladurías y los chismes, aunque nunca creyó en ellos. Macabra historia la del pozo: ¿qué clase de persona puede inspirar una historia así? Más de una vez se asomó y, en secreto, escrutó más allá de sus confines, más allá de la leyenda.

-¿Estás ahí, Anabel Rivera?

-Esperándote estoy, mi pequeño, siempre esperándote.

Ecos sin respuesta en la oscuridad... la partida se aproximaba.

Fue una noche sencilla: Eduardo y da Luz se repartieron los beneficios a partes iguales, ya habría tiempo de “desplumar” al crío. Le había tomado cariño después de todo, no era más que un chico de buena familia envuelto en un ambiente al que no pertenecía. Quizá, cuando el juego terminase y regresase a casa, tendría una buena historia que contar.

A veces, casi sin quererlo, da Luz postergaba la partida más de lo debido, como un cruel gato que jugase con su ratón recién capturado y disfrutase viéndolo retorcerse antes de ser devorado. Así, dejaba ganar bazas que no debía para que el oponente se recuperase, añadiendo algunas horas más a la noche... Benjamín entonces estaba perdido

y el arte se escapaba de entre sus dedos, como una novela que se aplaza sin sentido: el jugador retomaba fuerza y una extraña clase de suerte recorría sus manos hasta otorgarle la victoria. Y es que Benjamín da Luz perdía en más ocasiones de las que vencía.

—¿Acaso importa? —Decía casi melancólico—. Mañana volverá confiado. Siempre hay tiempo para ganar, amigo mío... siempre hay tiempo.

—Esta vez será la última —se repetía Benjamín da Luz ante el espejo del salón de Ana Rivera, que ya regresaba con el dinero.

—¿Será suficiente, mi amor? —el fajo parecía escaso.

—Lo será, mi pequeña, seguro que lo será —respondía Benjamín antes de besarla. Cada vez era más desagradable. Ni siquiera su blanco rostro evitaba que sintiese náuseas.

Da Luz tomó los billetes y se sentó un momento en el sillón. La cabaña de las hermanas Rivera estaba al lado del pozo y emanaba un penetrante olor a ciénaga podrida. ¿Merecía la pena todo aquello? Las cartas habían sido malas pero mantenía la confianza del jugador curtido en mil batallas: ya había superado una racha como aquella y lo volvería a hacer. Pronto tendría dinero suficiente para marchar, tal vez a otro pueblo, tal vez a la capital.

Siempre supo que era jugador. La primera vez que entró en una sala de apuestas sintió que pertenecía a aquel lugar de gentes perdidas y miradas ausentes. ¿Qué mejor oficio que el que tiene por trabajo su pasión? A veces, deseaba ser como uno de aquéllos que apostaban con matemática y obtenían pequeños beneficios aunque seguros. Podría tener una vida tranquila, una mujer e hijos... huir por fin de Ana Rivera, su maldición. Unos segundos más tarde, la ficción marchaba y volvía a su realidad y su sueño consumado.

Evitaba que lo viesen con ella en público y evitaba también mencionarla, aunque todos en Pontelóstrego

sabían de su existencia y de la procedencia de los fondos que da Luz tan disipadamente gastaba en la taberna. ¡Qué difícil es escapar del destino que uno mismo se ha granjeado y ama! La veía triste y sola, cada día un poco más quebrada y melancólica. Da Luz conocía perfectamente las habladerías del pueblo aunque intentase no prestar atención: aquellos pueblerinos siempre critican lo que no conocen y, desde luego, no conocían a Ana Rivera... Decían que portaba una maldición y que, cada siete años, se juntaba con su hermana Isabel... decían que juntas realizaban un conjuro que las transformaba en un terrible monstruo que devoraba a las ovejas y al ganado... decían que portaba desgracias y muerte. La miraba y no podía creerlo, aunque la náusea no desaparecía y tenía que reprimir las arcadas: ¿era éste el futuro que había imaginado? No, desde luego que no, pero sí era el camino hacia ese momento de gloria que siempre Benjamín ansió.

La miraba y era como un ángel, la miraba y sentía náuseas. La miraba y deseaba morir junto a ella.

-Dime, cariño -dijo Ana, interrumpiendo los pensamientos de da Luz-, ¿volverás esta noche después de la partida? Te estaré esperando despierta. No me importa que sea ya muy tarde.

-Volveré, bien sabes que volveré porque yo también deseo estar a tu lado y sufro con tu ausencia

Ana sabía que mentía pero se acercó a Benjamín y se retiró los negros cabellos para dejar entrever sus preciosos ojos: ¿cómo alguien así le podía causar tanta aversión? Debajo del aspecto desdibujado y de las manchas de hollín, había bella mujer que le quería... nunca se puede estar seguro del amor femenino. ¿Por qué no huir con ella? Trataba de esquivar los comentarios pero éstos le herían cada vez más y, sin quererlo, le hacían perder también en la mesa de juego:

-¿Qué tal está tu querida, Benjamín? -le preguntaban con sorna cada noche en la taberna.

-Me han contado que cada día un poco más loca – añadía siempre algún deslenguado.

-¿Ha terminado ya de hablar con la Luna? –susurraban los más maledicentes.

Las cartas se esfumaban y una buena mano se convertía en una jugada cantada que los otros jugadores descubrían rápidamente... apostaba sin pensarlo en las manos malas tratando de engañarlos... siempre le descubrían.

Aquella noche, de nuevo, lo volvería a perder todo y cuando regresase a la cabaña, sentiría náuseas y arcadas..., y aquellos conocidos labios secos sobre su boca falsa.

-Te quiero, Ana: mil gracias por el dinero... Cuando vuelva, traeré una botella de vino y juntos celebraremos las ganancias. ¿Qué te parece?

Y Ana sonreía y le besaba y callaba porque sabía que mentía de nuevo: ¿qué se puede hacer con los hombres sino esperar que cambien? Quedaba ya muy poco dinero y menos aún cuando Benjamín regresase, porque volvería. ¿Qué podía ella hacer? Sí, se lo volvería a dar..., esa noche y la otra y la siguiente y una tercera y, ya en la cuarta, la hucha estaría vacía y Benjamín no tendría otro remedio que quedarse con ella para siempre porque los hombres actúan por instinto y comodidad. Esperó unos momentos antes de hablar.

-Ve y gana –dijo Ana, siempre mentirosa, siempre femenina-... no hay otro jugador mejor que tú y nunca lo habrá.

Y aquella noche venció, al menos al principio... y aquella noche las cartas corrían raudas y aquella noche da Luz pudo volver a sentir entre sus dedos la magia y el sentimiento de una jugada auténtica, aquélla que se fragua poco a poco y se convierte en realidad, aquélla que se descompone y vuelve a aparecer a través del pozo siempre, porque todas las leyendas surgen de ese abismo sin fin.

Desfilaban las cartas veloces, sin detenerse, y ya la imagen de Ana desaparecía. Quizás ahora da Luz podría

huir de aquel lugar de miseria y podredumbre al que parecía condenado. ¿Qué habría más allá del pueblo? Se recordaba como inducido por el sueño de otro, en una pesadilla escrita por un mal narrador. Cuando la besaba sus labios se deslizaban también a veces, sintiendo algo parecido al amor... ¿Cómo se puede amar a alguien así? Sabía que las leyendas eran inciertas pero, ¿cómo puede escapar un jugador de la imagen que se refleja certera en el espejo? Cada noche, su mecenas le hacía perder el dinero que ella misma le entregaba y cada noche volvía con las manos vacías a su regazo... Duerme, mi pequeño, duerme... mañana vencerás y el tiempo cambiará y las cartas volverán a correr entre tus manos y juntos podremos escapar de este lugar anciano.

—Ésta es mi mano —dijo Benjamín da Luz aquella noche. Wilson sonrió, porque el diablo siempre sonríe.

—¿Nos conocemos, señor Wilson? —preguntó da Luz.

—También me suena su cara, es curioso —dijo con aire inocente mientras encendía otro cigarro.

Ambos se acordarían si hubieran perdido, ¿cómo no recordaba a aquel hombre tan curioso y elegante? Da Luz soñaba con proverbios que su madre le había contado cuando era aún un pequeño:

“Cuando las almas se encuentran perdidas no recuerdan ni los lugares ni los tiempos que vivieron”.

“Las almas perdidas sólo recuerdan el momento, porque la única salvación es el olvido”.

Aún la veía en sueños, aún la miraba mientras las cartas corrían sin dilación. Miró el gesto de Horacio mientras se secaba el sudor: le quedaban unas pocas fichas con las que poder ganar la partida... pero sus cartas eran terribles, y no hacía más que apostar en todas las jugadas. Creía recordarle de antiguo, como un rostro familiar o una frase dormida.

Benjamín da Luz tenía la sensación de llevar una eternidad jugando aquella misma partida.

Más de una vez se encontró en aquella selva oscura que llevaba a su alma: ¿de dónde vienes, Ana? Ella fumaba distraída y reía alegre como hacen todas las que reniegan de su pasada condición.

Dice la leyenda que la que lleva la cruz olvida cada noche los sucesos terribles que han secado su alma.

Reza la leyenda que cada noche yace un poco más pálida.

Gime la leyenda que cada noche el manto que recubre sus recuerdos es un poco más pesado.

-Hemos estado aquí desde siempre –dijo alguien en la mesa. Todos callaron y Wilson anotó algo en su libro.

-¿Qué apuntas ahí? –preguntó.

“Y el que olvida, mi pequeño, también recuerda de otra manera y resuena en cosas que no sucedieron e historias sin sentido”.

-Nada interesante, amigo mío –respondió Wilson sin darle importancia.

“Y él en el libro apunta y olvida porque todo se escapa y queda sólo la leyenda de lo que ha de permanecer”.

Eduardo Quiroga se retiró esperando una mejor jugada.

“Existe un libro que todas las historias contiene y todas las jugadas y todos los movimientos y todas las cosas”.

Póquer clásico de cinco cartas. Se apuesta para el descarte. Dos ases marcaron el fin. Benjamín da Luz se sentía en calma, sin náuseas, igualando simplemente las apuestas.

“Y aquél que sus frases conoce tiene el poder sobre el tiempo y el movimiento”.

Mi querida Ana, mi querida Anabel Rivera... despierta hoy, despierta.

“Dice el libro que, cerca de una cabaña, dos hermanas que eran una vivieron y dos hermanas que eran una despiertan hoy, porque es el día en el que todos olvidan y sólo el libro recuerda todas las respuestas”.

Un as más, la suerte estaba echada. ¿Se recostaría y se mostraría confiado? ¿Guardaría su jugada? Eso sólo lo hacían los aficionados: cualquier pequeño gesto está calculado de antemano en el póquer, y hasta una mano en falso marca el desarrollo de la partida.

“Dice el libro que ya se acercan los niños y ladran los perros, dice el libro que la partida ya vuelve a comenzar”.

-¿Qué va a ser, da Luz? —preguntó William Wilson-. Otra vez solos, mi nuevo amigo.

“Dice el libro que tres ases marcaron el fin del jugador como tres mujeres marcaron el fin de los tiempos”.

Tres ases tenía Benjamín da Luz cuando apostó tranquilo, sin precipitación... intentando recoger el máximo de ganancias, mostrándose tan cauto como osado: no hay mayor atrevimiento que el del que poco promete, no hay mayor temeridad que la seguridad.

“Dice el libro que una partida será celebrada cada siete años y que se detendrá el tiempo en el que los asesinos regresan”.

Wilson hizo una anotación más: “Tres ases tenía Benjamín da Luz cuando apostó tranquilo, sin precipitación”. La suerte estaba echada.

“Manda el Estadea sobre el libro que todo lo predice y todo lo miente, porque no hay coherencia en el movimiento que regresa y se retuerce”.

William Wilson miró tranquilo a su oponente antes de asestar el golpe que aún recordaba.

“Y es por eso que, cada siete años, la partida se repite sin pausa sobre las mismas apuestas, sobre las mismas jugadas y sobre los mismos pecadores que vuelven sin poder recordar”.

Fue en aquel momento cuando da Luz supo que estaba perdido; los años de experiencia no engañaban.

-Querida mía, hoy seremos felices porque estaremos juntos por siempre, siempre jamás.

“Y desde el pozo, ella grita porque nadie más puede oírla, porque su amado está lejos jugando una partida para salvar su alma”.

-¿Apostamos, da Luz? –preguntó Wilson.

-¿El alma?

-¿Qué si no?

Y Benjamín da Luz depositó los billetes irónicos sobre el tapete de la olvidada taberna de Pontelóstrego. No necesitaba mirar para conocer la jugada, no necesitaba mirar para saber que la suerte estaba echada. Horacio Martín se desplomó sobre el brazo derecho.

-Ánimo, amigo, ánimo.

“Dice el libro que el infierno es circular porque todo lo que arde vuelve y todo pecador regresa al lugar del delito”.

Wilson mostró las cartas tranquilo antes de dar otra calada a su cigarro. El aroma impregnó la habitación de excelente tabaco cubano.

-¿Pagaré esta vez, da Luz? –preguntó Wilson tranquilo.

Da Luz tiró las cartas boca abajo, dándose por vencido.

-La partida aún no ha terminado –respondió da Luz precipitado.

“Y dice el libro que deseaba besarla y verla antes de que la muerte reinase sobre el pueblo y las siete almas en Cielo”.

“Y dice que su suerte está a punto de cambiar porque soñaba con sus besos y con ella soñar”.

Y calló Anabel Rivera y gritó con la fuerza de mil lamias y esperó un momento antes de que sus uñas se rasgasen todas y que de su boca manara sangre y de sus labios deseo y furia y miedo y ambición por portar la cruz que todos temen. Aullaba como un lobo antes de alcanzar el primero de los ladrillos y los perros callaron.

-Ha llegado La Compañía –dijeron los viejos.

“Y dice el libro que, una vez cada siete años, Anabel Rivera sale del pozo a buscar a su amado”.

Y ascendió vestida de blanco peldaños supuestos y sus uñas se desgarraron pero sus dientes se aferraron a las negras paredes del pozo oscuro y se podían escuchar sus gritos en todo el poblado y, ahora, ahora llegaba ya el rayo verde que cubría la inmensidad del cielo, ahora llega el Leviatán por fin y el mar ruge y la tierra tiembla porque ya su amado perdió la partida y ya Benjamín da Luz sonríe porque se ha cumplido.

Y calla Eduardo Quiroga en la sala porque su hija esta surgiendo del Caos y Anabel Rivera calla y se aferra con sus pies desnudos a la muerte en vida.

-Lo tenía hecho –repetía mentiroso Benjamín da Luz-, ahora he de pagar mi deuda.

Y los negros cabellos de Anabel Rivera se enredaron entre las comisuras de los ladrillos mal cimentados del pozo negro que la aprisiona y, entre las sucias grietas, había dientes de mil generaciones de lamias y cabellos raidos y muerte y una sonrisa que espera y una luz a la que ya se acerca y sonríe y sonríe porque ya los muertos esperan y ríen.

CAPÍTULO X

La Compañía

Ya no hay luces ni sombras porque estoy dentro. He olvidado mi tiempo y mis sentimientos y mi religión y mi búsqueda y lo que un día fui. Ahora sólo sueño que sueño un lugar en el que sólo existe la oscuridad eterna y son pálidas mis noches y verdes mis despertares porque son los tuyos.

Ya nunca más volveré a mirarme en el espejo porque, tejido en miseria y muertos y almas en pena, ahora soy dios entre los hombres y mi eternidad es la tuya y mis sueños te atemorizarán y mis pesadillas serán tus consuelos, lector cambiado.

Yo, tu sombra, te espero al otro lado... porque cuando esperes ante el espejo ahí estaré, porque cuando te mires no serás más tú y yo estaré al otro lado, esperándote desde mi sueño en el infierno.

La Luna iluminaba su rostro, en el pequeño pueblo costero de Pontelóstrego.

-Ha vuelto La Compañía –dijeron los ancianos.

-Se ha cumplido –anunciaron los sabios.

Aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido.

La partida había finalizado y da Luz, Quiroga, Horacio y el hombrecillo con nariz aguileña estaban agotados. Mientras, Wilson se acicalaba elegante ante el espejo. Hizo una breve anotación en su libro, ya nadie le prestaba atención... ya se anunciaba el amanecer.

Cuando la profecía se haya cumplido, un rayo verde bañará el pueblo y todo será convertido en cenizas.

William Wilson encendió un cigarro y la habitación se llenó de humo, estético y melancólico; Benjamín da Luz se

puso la americana, dispuesto a volver con Ana, su novia; Horacio Martín permaneció callado en una esquina, ¿qué podría hacer ahora que todo había terminado?; el hombrecillo tomaba aliento, una nueva jornada le esperaba, vuelta a la realidad de su pequeña iglesia; Eduardo Quiroga aguardaba paciente alguna señal.

Una buena partida que termina cuando ya despunta la mañana y el sueño se rompe; una gran partida, de las que no se repiten..., aunque todos tenían la sensación de que volverían a verse.

Una buena partida, sin duda... cuando ya se acerca el fin ya se acercan más al principio los jugadores..., gira la rueda y vuelven en una partida que no tiene fin.

Porque dice el libro que los cinco jugadores eligieron su destino y sellaron su sentencia de eternidad.

Mientras, el Sol despunta, el rayo verde se aproxima: los cinco dejan sus sillas y esperan su llegada.

Callan los perros y sólo uno de la jauría regresa. Ahora despierta milagrosamente recuperado de sus heridas mortales.

-Aún es un cachorro: vivirá.

Yo, tu sombra, te espero al otro lado...

El jugador ha llegado, envuelto en seda y sueños.

Porque cuando esperes ante el espejo ahí estaré.

Porque cuando te mires no serás más tú.

Ya los cinco jugadores salen.

Y yo estaré al otro lado, esperándote desde mi sueño en el infierno.

Y Anabel espera junto a su madre Amanda y su abuela Sara.

No han parado de manar sangre las heridas de Sara, que aún espera a su marinero.

No han dejado de manar sangre las heridas de Amanda, que aún llora por sus gemelas, Ana e Isabel Rivera, condenadas a llevar la cruz de La Santa Compañía.

Una vez entregó su alma a su amado, y el marinero se la llevó por siempre. No puede recordar al marinero porque fue condenado a portar un libro por la fama, a escribir por siempre en sus páginas historias que no recuerda... al olvido en una noche blanca, en un lugar que no consigue olvidar.

Cuentan que William Wilson perdió su alma ante el espejo en una noche buscando la inspiración en una mujer y que la encontró en un reflejo en una noche cercana.

William Wilson condenó por siempre a Sara Rivera, la siempre amada a la que no recuerda.

Sara Rivera ha olvidado también su rostro y sólo ha buscado en las páginas perdidas de un puzle la historia de un marinero que un día encontró a una mujer que se llamaba como ella y tenía el mismo rostro... pero no era ella. La vio reflejada en las paredes de una gran mansión que sólo reflejaba lo que no había sido: una gran señora con tiempo que perder y una extraña afición, los puzles.

Recuerda Sara Rivera una historia sobre un terrible reino de remolinos del que nadie puede escapar si no posee “la palabra de cuatro letras”. Ya no es ella sino Lilith, una lamia nacida demonio que se volvió humana cuando un día amó a un marinero que prometió versos y rosas y un poema de miel y llanto.

¿Qué fue de tu hija, Sara?

-Anoche tuve un sueño: extraía a mis nietas de sus entrañas.

Y Ana e Isabel Rivera también esperan al jugador que pierde, porque está escrito en el libro, porque así lo dicta La Ley de La Tiniebla.

Son hijas Ana e Isabel Rivera de Amanda, que con su propio hermano yació sin saberlo. Se llamaba Eduardo y fue engañado también por la rueda que le prometió una esposa y una razón por la que su madre buscaba puzles y soñaba con una prostituta de negros cabellos que se miraba ufana en el tocador mientras recibía a su marinero.

-¿Qué buscas? —preguntó ella.

-La eternidad —respondió la sombra.

Y la eternidad obtuvo pero ya no puede recordar porque la eternidad es una rueda que gira y vuelve y las cartas se reparten en una partida que no tiene fin.

-Miradle, ya respira —dijeron algunos del pueblo contemplando al pequeño cachorro.

-Vivirá —dijo Amanda Rivera.

Ya salen los condenados y ya el rayo verde surca el cielo y los habitantes de Pontelóstrego se ocultan para no mirar a los siete integrantes de la comitiva que ya se forma en el cielo.

Cerraron puertas y ventanas y se hizo la noche en el día y sonaron las campanas.

-¡Ya llega La Compañía!

Anabel Rivera alzó la cruz con su fuerza descomunal y calló porque su boca está sellada con finos hilos.

Caminaban madre e hija, Amanda y Sara, con blancos camisones manchados de sangre y rosas y miel y recuerdos olvidados.

Y tras ella tres jugadores más y el Estadea llamado William Wilson que un día fue marinero y amante y asesino y traidor y muerto.

Son siete porque un jugador escapó, son siete porque la rueda no se detiene y los números no mienten. Cada vez que el círculo gira, un jugador huye para nunca más volver a mirar las aguas del mar ni las fauces del Leviatán ni el pozo en el que sollozos y gritos y muerte se escuchan callados.

Ya se levanta el cachorro despacio y sonríe porque ayer miró a la muerte y hoy vuelve el Sol. Sufren los habitantes de Pontelóstrego y lloran y se refugian en sus hogares para que la luz del astro rey no les queme sus ojos cansados, acostumbrados a las tinieblas.

-Porque no amanece ya en Pontelóstrego...

-¡Evitad mirar la luz del Sol, os quemará!

El cachorro busca y olisquea entre los restos y empuja con su pata la puerta entreabierta. Nadie trata de impedirlo, porque todos en el pueblo saben que morirá y todos ocultan su rostro a la muerte que mira de frente.

Un rayo verde se filtra por entre las rendijas y, tapados con mantas para evitar mirarlo, varios lugareños se encierran en la rueda que todo lo puede y en la eternidad que ya reluce sobre el cielo... y el cachorro se queda fuera sin poder escaparse de la luz del día.

-Ya no hay esperanza, todo está perdido... el perro ha de morir porque así está escrito.

Avanzaba el perro y corría. Ya no recordaba que, la noche anterior, fue atacado por almas vestidas de blanco. Trepó por un peñasco y ascendió por la montaña buscando un escondite, esperando que nadie lo viera. Algún curioso se asomó a la ventana y dijo ver al cachorro corriendo hacia La Santa Compañía. Ya en lo alto de la cima se contemplan las siete almas en pena que cada siete años juegan una partida de cartas. Ya por las verdes laderas avanzan los condenados y los perros callan porque las leyendas ya susurran quedas.

El jugador se miró en el espejo y pudo ver su sombra de nuevo: ¿existo más allá de estas palabras que ahora me poseen? ¿Piensa mi sombra exactamente lo mismo que yo pienso? Me miro en el espejo y ya no soy yo porque he dejado de existir. Soy un reflejo y cuanto más tiempo me contemplo más pánico siento porque más cerca estoy de ella, la que me atenaza y susurra tiempo y miedo y desliza palabras en mis oídos y me dice:

-Es ésta tu historia y es éste tu fin, lector sin rostro. ¿Te atreves a entrar más allá del espejo?

Mi sombra es siniestra porque ya no la conozco pero sé que su historia es la mía y sus pensamientos sólo existen porque yo los pienso y los siento y los poseo y son mis letras las que ahora describo, Estadea maldito.

-¿Has visto a Lilith? Dicen que ahora se llama Sara y que es una mujer respetable que juega a fingirse loca y componer puzles de mil piezas con los que decorar el interior de su secreta morada. En sus muros, quedan éstos enmarcados y así ella puede jugar con sus sombras desde el otro lado del espejo.

Desde este lado también compone su sombra sobre el tocador y sobre los textos, porque en una noche blanca de burdel llegó un marinero y decidió entonces vengarse del amor y escribió el más triste poema de miel y llanto y el más trágico final de humo y esperanza:

Condenó Lilith a vagar mil días y mil noches al marinero y encontrar su sombra y vivir más allá del espejo y su espejo era Wilson y Wilson su reflejo. Cuando el cigarro se apagó, el pacto estaba sellado en el Cielo, y ya jamás el marinero despertó y en su libro mágico compuso un último poema de amor.

Condenó Lilith a su amado, lo condenó al olvido y él ya no pudo nunca recordar y debió reescribir la misma historia mil días y mil noches y tuvo así que girar con la rueda e imaginar muerte y asesinatos y tristeza y una hija que nació muerta: Amanda Rivera.

La noche era clara y el hombrecillo de nariz aguileña tomó la última confesión de Sara y ésta le dijo que su vida había sido triste pero que había amado y había sufrido y sentido el punzón en sus carnes y que ya nunca volvería a temer a la muerte ni al infierno.

-El espejo está roto, Padre -dijo Sara Rivera antes de morir.

-El espejo está roto, querida hija.

Descansa en paz.

Y sobre su cuna, Amanda lloraba miedo y el sacerdote se la llevó y la crió y nunca jamás le habló de una mujer que fue prostituta y amó y esperó mil días y mil noches a que su marinero regresase y mil decepciones llegaron y mil barcos partieron y mil recuerdos huyeron.

Porque William Wilson ya no puede recordar quién es, porque ya la maldición está cumplida y porque ya nunca más reconocerá su sombra más allá de estas palabras que como una leyenda se agolpan y rebotan y vuelven como las cartas se reparten y las gemelas se unen.

Así estas mis palabras son tuyas lector y mías en nuestro sueño.

Y ahora comprendo que todo era un espejismo y en mi aislada torre no existe la paz porque mañana se juega una partida de póquer y tú y yo estamos invitados y habremos de jugar.

-Vence –dijo antes besarle-. Porque no existe otro jugador mejor que tú y porque nunca más existirá.

No miremos al espejo, lector infiel, no miremos al espejo que refleja pesares y miedos y penas e historias caducas y lúgubres.

Hubo un jugador que, al finalizar la partida, fue llamado por su sombra..., ya en otro mundo sale el Sol y Pontelóstrego es sólo un sueño del que cuatro no quieren despertar porque los sueños, aunque tristes, forman pequeños trozos de ése nuestro espejo roto.

Horacio Martín yace con su hija muerta por toda la eternidad: acaricia sus cabellos y la toca suavemente para no despertarla. ¿Acaso está prohibido?

-No en tus sueños, Horacio... no en tus sueños.

Y Horacio sonríe y bebe la sangre de Lilith en celo y ésta lo permite porque no importa... jamás dejará de brotar porque nació demonio bajo la ley de La Tiniebla y su cuerpo está cubierto de escamas y muerte y palabras secas.

Espejos, espejos.

El hombrecillo con nariz espigada está feliz y también ha olvidado que un día conocimiento buscó y en su más profundo sueño cayó... La eternidad vivida en un instante.

El mar golpea con fuerza la costa y Ana Rivera espera a su amado..., quizás esta noche habrá triunfado y juntos

podrán escapar de este tiempo y esta maldición que los posee y corrompe. A lo lejos espera el pozo... ya la figura se acerca, tampoco ella quiere comprender que no existe y que su sombra hace mucho tiempo que se ha ido. Retiraron Ana e Isabel Rivera todos los espejos de su cabaña porque tampoco querían mirar directamente el rostro de la muerte.

-Ha nacido muerta –le habían dicho a Sara cuando le extrajeron el feto de su hija.

-Se llamará Amanda, ¿qué le parece?

La miraron con extrañeza.

-Está muerta, Sara.

-Vive, Amanda vive –dijo entre lágrimas de alegría al ver a su hija en el espejo del tocador-. En un reino en el que no existe la oscuridad ni el horror ni el pánico ni los muertos porque todo es eterno... allí vive Amanda Rivera, mi hija.

-Llamad a un sacerdote –dijo otro-. Está agonizando y se aproxima su última hora.

-No os la llevéis, os lo ruego. Comprendo vuestros sueños. Respetad los deseos de esta moribunda descarriada.

Dejaron el cadáver de Amanda y dicen que entonces comenzó la maldición y, desde ese día, una partida se ha celebrado cada siete interminables años en un lugar, Pontelóstre, al que nadie sabe cómo llegar... del que escapan sólo los locos que escuchan espejos que reflejan palabras que suenan opacas y dulces como la sangre fresca.

Bebe una vez más, lector infiel, bebe una vez más y no mires más allá de ese espejo que promete siempre regresar.

Humo.

Despertó el jugador cansado..., había sido un extraño sueño. Anabel se despezó cerca de él: quizá la amaba, después de todo. Encendió despacio el cigarrillo y el humo seco reinó sobre las paredes de la habitación, decorada con motivos franceses.

-¿Estás bien? –preguntó Anabel.

-Estoy bien –respondió el jugador-. Sólo ha sido un mal sueño.

-¿Qué hora es? –preguntó ella.

-Cerca de mediodía. Luce el Sol.

-¿Jugarás esta noche?

-Tengo que hacerlo, querida. ¿Te imaginas seguir así, dentro de esta rueda, eternamente?

La mujer callaba y sonreía. Miente ella y enciende también un cigarrillo falso y fuma sobre las paredes de la habitación descompuesta. Anabel Rivera está ahora embarazada y aunque lo presiente, aún el jugador lo desconoce. Ella habla y miente, como siempre:

-Ganarás, esta noche ganarás. Creo que es el destino. ¿En dónde es la partida de hoy?

-Creo que se trata de un lugar apartado al que se llega por unos senderos extraños. Me vendrán a recoger sobre las ocho.

-... ¿Sobre las ocho? –susurró ella.

-No todos los jugadores pueden participar en esa partida. ¿Te imaginas lo importante que es? Es una oportunidad, Anabel, una oportunidad para escapar los dos juntos.

Anabel le besó y algunos de sus largos cabellos negros se enredaron entre las manos del jugador, que los tocó con suavidad. Olía a fresas y oscuridad, a muerte y vida e imagino sin saberlo un pozo callado. La miró una vez más: los párpados caídos y los ojos ausentes. Una calada más.

-Tengo que prepararme –dijo el jugador.

Tomó el jugador el retrato de su madre que frente al tocador de Anabel Rivera pendía.

Teme siempre a los jugadores, hijo, teme siempre a los jugadores.

El jugador sonrió antes de dar la última calada al cigarrillo. Se miró en el espejo y contempló su rostro ajado y anciano. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la

última vez? Quizá demasiado, pero aquella noche el cielo se teñiría de rojo y las cartas correrían tranquilas y todo sería como un sueño en el que el mal estaba en calma y la Luna iluminaba su rostro.

El jugador se puso la camisa, siempre blanca... todos los jugadores tienen extrañas supersticiones, y es que dicen que el blanco es el color de los muertos y cuando se va de blanco no hay que temer a La Santa Compañía... Introdujo en los bolsillos dos paquetes de cigarrillos y un anillo de oro, el único recuerdo que le había dejado su madre.

—¡Vence! —exclamó Anabel antes de caer rendida y cerrar de nuevo sus profundos ojos.

Rayaban las siete y media y un automóvil acudió a recoger al jugador. Tres hombres más constituían la comitiva.

—Nos esperan —dijo el chófer.

El jugador entró en el coche y se sentó en la parte de atrás.

—¿Cómo se llama el lugar a donde vamos? —preguntó el jugador.

—No tiene nombre —respondió el chófer—... está cerca de la costa, al lado de un pueblecillo llamado Pontelóstrego. Ya sabes... muchas leyendas y ancianas, nada que temer. Podréis jugar toda la noche y, cuando ya despunte la mañana, sólo habrá un vencedor.

En el trayecto se hizo la noche... llegaron rápido tras recorrer un gran bosque que sonaba hueco. A lo lejos, se escuchaban las leyendas y los ecos de los cuentos de las ancianas.

—Dicen que por aquí ven a La Compañía, una legión de muertos que, si la miras, pierdes la vida en menos de un año.

El jugador sonrió, demasiado supersticioso para olvidar las historias de su madre.

La noche se cerraba, envuelta en humo y miel. A lo lejos, se podía escuchar el leve sonido del bosque cercano

y el reflejo de una luna llena. Algunos perros ladraron con rabia.

-Los están esperandl –concluyó el chófer-. Mucha suerte, amigos, la van a necesitar.

Se despidieron con una sonrisa. Sus tres compañeros estaban nerviosos... demasiado que perder. No se puede jugar al póquer con miedo: sólo es un juego de cinco jugadores con cinco cartas, ¿qué habría que temer?

-Cuando juegas con verdaderos jugadores –dijo su madre-, te arriesgas a perder tu alma.

Cuentos de ancianas, leyendas y mitos. El jugador sonrió ante el espejo que presidía la entrada de la taberna... creyó haber visto algo, una extraña sombra que se precipitaba desde el fondo... permaneció inmóvil y continuó mirando: ¿era ése su rostro descompuesto? Era él pero no era él... trató de recordar sus rasgos y la expresión de sus ojos, eso que llaman “la mirada”, ¿qué es? Mis cabellos caen ligeramente sobre el rostro, como si fueran a desprenderse. ¿Si observo el tiempo suficiente podré ver cómo crecen? Lo intentaré, pero mi mente es débil y mi pensamiento se dispersa hacia otras esferas, como si ya no me perteneciese, como si estuviera dentro de ese espejo que ahora refleja a otra persona.

No puedo dejar de mirar, lector... se trataba de una taberna oscura, al otro lado del bosque. Se podían escuchar las olas romper cercanas y el rugido de la serpiente que los mares gobierna, en el pequeño pueblo costero de Pontelóstrego.

El ser del espejo es, definitivamente, otro. ¿Qué pecados ha cometido para ahora tener que mirarse en mí? El jugador sintió una extraña sensación y, cuanto más intentó huir de ella, más cercana le pareció. El hombre ante mí tiene mis mismos rasgos y mi misma complexión, pero su mirada se aleja por momentos, como queriendo ocultar su crimen. ¿De dónde vienes? El ser tras el espejo

permanece callado y frío, como un alma en mármol congelada.

Allí está otro y estás tú, ¿qué diferencia hay? Tiene mis ojos y mi rostro y mis labios secos y mi cabello que crece y amenaza con devorarme. Existe y me mira como yo mismo ahora lo miro, como me leo en estas líneas que brotan sin conocerme y configuran mi alma. ¿Existo más allá de estas palabras?

El jugador sintió una mano que lo despertaba del sueño pero no pudo apartar la mirada del espejo que le llamaba.

—¡Procedamos, señores! —dijo alguien desde el fondo de la sala.

El jugador se frotó los ojos y se volvió, olvidando la sombra que desde el espejo le llama con insistencia, que desde el espejo le reclamaba. Encendió un cigarrillo y lo paladeó tranquilo... el sabor había desaparecido y un gusto amargo emergió desde sus entrañas.

Aquella noche eran Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz curvada y gesto torcido.

No apagó el cigarrillo y el humo brotó de entre sus labios carnosos. El tapete estaba dispuesto y el jugador presintió que aquélla era su noche. Olvidó el espejo y las supersticiones y, antes de comenzar la partida, se giró un momento hacia la ventana... Ladraban los perros y una comitiva de almas condenadas vestidas de blanco surgió en lo alto de la montaña.

—¡Mirad allí! ¡Vuelve uno!

Un perro pastor se precipitó corriendo. Volvía jugando, feliz y tranquilo. Abrieron las puertas de la taberna y el cachorro entró y empezó a saludar y dar abrazos y lametones y a olisquear todo. El jugador lo miraba con atención... parecía que sonreía.

—¡Ha venido a ver la partida! —exclamó uno de ellos.

Cerraron las puertas y encendieron cigarrillos y puros y una pipa desde el otro lado del espejo. Aquella noche eran

Eduardo, da Luz, Wilson y Horacio y un hombrecillo con nariz espigada y gesto torcido.

Wilson repartió las cartas y, en un momento que duró una eternidad, el jugador supo que estaba perdido.

Sonrió, entre humo y rosas frescas.

Se había cumplido.

Humo.

